

PSICOLOGÍA DE LO MASCULINO

EN LA SEXUALIDAD DEL HOMBRE
EL AFECTO ES PRIMERO

DIRECTORIO DEL INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL

DR. JOSÉ ENRIQUE VILLA RIVERA
Director General

DR. EFRÉN PARADA ARIAS
Secretario General

DR. JOSÉ MADRID FLORES
Secretario Académico

DR. VÍCTOR MANUEL LÓPEZ LÓPEZ
Secretario de Extensión y Difusión

ING. MANUEL QUINTERO QUINTERO
Secretario de Apoyo Académico

CP RAÚL SÁNCHEZ ÁNGELES
Secretario de Administración

DR. MARIO A. RODRÍGUEZ CASAS
Secretario Técnico

ING. LUIS ZEDILLO PONCE DE LEÓN
Secretario Ejecutivo de la Comisión de Operación
y Fomento de Actividades Académicas

ING. JESÚS ORTIZ GUTIÉRREZ
Secretario Ejecutivo del Patronato
de Obras e Instalaciones

ING. JULIO DI-BELLA ROLDÁN
Director de XE-IPN TV Canal 11

LIC. JUAN ÁNGEL CHÁVEZ RAMÍREZ
Abogado General

LIC. FERNANDO FUENTES MUÑIZ
Coordinador General de Comunicación Social y Divulgación

LIC. ARTURO SALCIDO BELTRÁN
Director de Publicaciones

DIRECTORIO DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN
EN PSICOLOGÍA CLÍNICA Y SOCIAL, A.C.

DR. JOSÉ DE JESÚS GONZÁLEZ NÚÑEZ
Presidente Honorario

DR. CARLOS CAUDILLO HERRERA
Presidente Electo

DRA. REBECA OÑATE GALVÁN
Secretaría

DRA. ALEJANDRA PLAZA ESPINOSA
Tesorera

DRA. SUSANA ZARCO VILLAVICENCIO
Comisión de Enlace con la SEP

DR. JOSÉ DE JESÚS GONZÁLEZ NÚÑEZ
DRA. JAEL ALATRISTE GARCÍA
Comisión de Desarrollo Científico y Editorial

DRA. ADRIANA GONZÁLEZ PADILLA
Comisión de Difusión y Divulgación

DRA. PATRICIA RIZO MORALES
Comisión de Conferencias

DRA. MARÍA EUGENIA PATLÁN LÓPEZ
Comisión de Talleres

PST. MAGDALENA GARCÍA LÓPEZ
Comisión de Relaciones Intersocietarias

DRA. MARTHA SALAS MÁRQUEZ
Comisión de Medios Audiovisuales

MTRA. MARÍA ANTONIA PÉREZ VIZCAYA
Comisión de Acervo Bibliográfico

DRA. MA. FERNANDA VALLES CORCHERA
Comisión de Eventos

DRA. VANESSA NAHOUL SERIO
Comisión de Enlace Internacional

DRA. MA. DE PILAR RODRÍGUEZ CORTÉS
Comisión de Membresías

DRA. MARILÚ PANDO
DRA. MA. TERESA PADILLA VELÁSQUEZ
DR. FEDERICO DE TAVIRA Y NORIEGA
DR. ALVARO ELÍAS IBARGÜENGOYTIA
DRA. ALEJANDRA PLAZA ESPINOSA
Claustro Activo de Expresidentes

PSICOLOGÍA DE LO MASCULINO

EN LA SEXUALIDAD DEL HOMBRE
EL AFECTO ES PRIMERO

Compiladores:

Doctor José de Jesús González Núñez
Doctora Jael Alatríste García
Doctora Vanessa Nahoul Serio
Doctora Susana Zarco Villavicencio

INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL
—MÉXICO—

Psicología de lo masculino
En la sexualidad del hombre el afecto es primero

Primera edición: 2005

D.R. © 2005 INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL
Dirección de Publicaciones
Tresguerras 27, 06040, México, DF

ISBN: 970-36-0251-7

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ÍNDICE

Prólogo	11
1. En la sexualidad masculina, el afecto es primero. Doctor José de Jesús González Núñez	15
2. Relaciones íntimas y sexualidad en la adolescencia. Doctor José de Jesús González Núñez	31
3. En la bisexualidad masculina, el afecto es primero. Doctora Ma. Teresa Padilla Velázquez	47
4. Amor e insatisfacción sexual masculina. Doctora Jael Alatríste García	63
5. La moratoria masculina en el noviazgo ante el matrimonio. Doctora Adriana González Padilla	77
6. Amor, sexualidad y paternidad. Doctor José de Jesús González Núñez	89
7. Dependencia materna y sexualidad. Doctora Susana Zarco Villavicencio	107
8. Psicoanálisis del amor y del erotismo en la obra de Jaime Sabines. Doctora Vanessa Nahoul Serio	119
9. En la sexualidad masculina, la gratitud es primero. Doctora Ma. Del Pilar Rodríguez Cortés	135
10. El adulto mayor y su sexualidad. Doctora Ma. del Carmen Gamietea Domínguez	147
11. Bibliografía	159

PRÓLOGO

El presente libro sobre psicología de lo masculino tiene como finalidad mostrar al lector la importancia de conocer a profundidad las conductas del hombre, tanto en su sentir interno como en el externo, es decir, cómo se maneja en el medio ambiente a través de su forma de pensar y actuar, y qué impacto tiene esta manera de ser en sus relaciones interpersonales.

El escribir sobre psicología de lo masculino es una línea de investigación que ha creado el doctor González Núñez, la cual se ha mantenido vigente mediante la investigación sistemática del autor y de un grupo de entusiastas colaboradores que armonizan en esta línea por demás interesante y necesaria en la sociedad actual.

Cabe señalar que el doctor González Núñez ha sido un interesado en conocer a profundidad la mente del hombre; él mismo ha sido un promotor de la salud mental, en su labor como psicoanalista y psicoterapeuta, y ha motivado a que parte de sus colaboradores se transformen en profesionales auténticamente interesados por investigar acerca del tema.

La psicología de lo masculino es un estudio vigente, impactante, interesante y necesario no sólo para el conocimiento del hombre, sino para que la mujer reconozca el papel fundamental que tiene en el existir del mismo, ya que en los inicios de la existencia de un hombre siempre interviene una mujer y será el manejo adecuado de su maternaje el que apunte su destino hacia una salud mental sana o hacia una psicopatología.

Es la mujer la piedra angular en el existir del hombre y de la propia mujer, por lo que este libro es un documento indispensable que necesitan leer tanto hombres como mujeres. Y es la mujer quien permite o no que intervenga el padre, y quizás los hermanos, en la existencia de cada individuo.

Si la mujer envuelve como una extensión de sí misma a su hijo varón, es casi ineludible que éste será un hombre temeroso de las mujeres, pues las vivenciará como todopoderosas y dirigidas de su destino. Sin embargo, es necesario aclarar que muchas veces, sin ser la madre una mujer

avasallante, el hombre asume la vivencia como destructora, lo que propicia una desconfianza para acercarse a ella.

Este libro enfatiza también el importante papel que tiene el padre en la vida del hijo, pues si se reflexiona sobre lo dicho acerca de la madre, el padre tiene que intervenir de una manera decidida, comprometida y valiente para que el hijo pueda identificarse con su padre como hombre y pueda manejarse como tal con las mujeres, pues el padre es un modelo para el hijo en el trato protector, responsable, cálido y sensual hacia ellas.

No es fácil llevar a cuevas el papel de madre o padre, es una función y un compromiso tener en las manos la vida de un bebé para que se convierta en un adolescente y luego en un hombre valorado, satisfecho y agradecido por la vida que tiene y por los padres que lo formaron y educaron. Por eso es que se vuelve necesaria la lectura de este libro.

No es de sorprender tanta psicopatología que ronda en las sociedades actuales por la falta de información profunda del estudio del hombre desde los inicios de su vida. Es un compromiso conocernos, comprometernos y modificar o corregir nuestras conductas inadecuadas.

Y no es posible hablar de la psicología del hombre sin hablar del amor. Estos son dos temas que no se pueden separar uno del otro.

Desde tiempos inmemoriales, el hombre siempre ha hablado, discutido, vivido y tratado de vivir con toda intensidad el amor. Desde que el hombre es hombre, se ha reproducido como cualquier ser biológico. Es por eso que en un principio, en la ciencia apareció como doctrina metodológica el dualismo psicofísico que divide al hombre en cuerpo y alma. Las épocas pasaron y se llegó a la conclusión de que no somos una dualidad sino un monismo. El ser humano ya no es dos, cuerpo y alma forman un solo ser.

Y el amor reside en el alma. Ya desde Platón su preocupación era el amor, el cual le daba armonía al ser humano; Platón era hasta ecologista, el amor era la armonía interna del hombre con su propio ambiente, esto es ser ambientalista. Pero entonces el cuerpo estaba subordinado a los

dictados del alma, lo importante era que los más altos valores y sentires se desarrollaran, porque se encuentran y se alojan en el alma. El amor todo lo prestigia, todo lo vuelve digno.

Un educador que hace un trabajo con amor es muy prestigiado; un médico ginecólogo o cirujano que realiza su labor con amor, es muy prestigiado; un sacerdote que ama a Dios y a sus feligreses es un sacerdote también amado; un político que ejerce el poder con amor, es un guía; un deportista que hace por amor el deporte y no por dinero, se vuelve un ídolo; un psicoanalista que ama su profesión, a sus semejantes neuróticos, es un buen psicoanalista.

Como se ve, el amor todo lo embellece y lo prestigia, por amor se perdona una agresión, un desprecio o una infidelidad. En fin, el amor todo lo perdona.

Y ahora hablemos de la sexualidad, esa de la cual todos procedemos, porque no procedemos de un acto de amor platónico ¿verdad? Nuestro descarnado y desafectivizado origen es un acto sexual, revestido de amor, aunque haya quien nació simplemente de un acto carnal. Empero, la sexualidad ha sido satanizada, reprimida, hecha tabú. La sexualidad ha sido desprestigiada. Imagine un educador que incluye en sus actividades pedagógicas a la sexualidad, es un educador desprestigiado; un sacerdote involucrado sexualmente, ya sea hetero u homosexualmente con sus feligreses, ¡que se vaya al infierno! No es difícil imaginar el poder unido a la sexualidad. Muchas veces es motivo de desprestigio; pregúntenle a Kennedy, pregúntenle a Clinton y a muchos otros jefes de estado. Un deportista que usara su habilidad deportiva para seducir mujeres u hombres, no importa que no sea un ídolo, lo más seguro es que sería un deportista hábil pero desprestigiado; un psicoanalista que une psicoanálisis y sexo es un psicoanalista perverso y muy malo.

Así la sexualidad que no está revestida de amor nada prestigia. La sexualidad no perdona la agresión, a menos que sea masoquista; la sexualidad no perdona el desprecio ni la infidelidad. La infidelidad y la sexualidad son génesis de locura, motivo de destrucción y muerte. Muchos han muerto de eso.

El amor es motivo de felicidad, satisfacción, dicha, seguridad. La sexualidad es motivo de satisfacción, dicha, placer y voluptuosidad.

El amor es protección, generosidad, compartir ternura. La sexualidad es necesidad, celos, envidia, egoísmo, exclusividad.

La satisfacción del amor la comparte la sexualidad. El placer de la sexualidad lo comparte el amor, son una unidad. La sexualidad también es identidad, procreación y placer; también suele ser autocurativa, física y mentalmente. La saciedad sexual mejora las relaciones interpersonales deserotizadas.

En estos términos, el fracaso en el amor produce dolor, el fracaso en la sexualidad también, pero además produce rabia. La libido se une a su igual pulsional la agresión y el dolor se transforma en rabia y destrucción. Cuidado con la sexualidad que no se acompaña de amor.

En situaciones de crisis se pretende que siempre triunfe el amor y cuando no, Dios nos libre de esos asquerosos impulsos humanos. Por eso amor y sexualidad dan felicidad, son dos actividades inherentes al ser humano que deben ser estudiadas a fondo, deben ser consideradas en la vida de dos personas. Se tiene entonces la certeza de que el amor precede a la sexualidad masculina.

Doctor Carlos Caudillo Herrera
Doctora Alejandra Plaza Espinosa

EN LA SEXUALIDAD MASCULINA EL AFECTO ES PRIMERO

Doctor José de Jesús González Núñez

El hombre siempre ha estado preocupado por el conocimiento de sí mismo y por su educación; con una conciencia clara de que es la educación lo que le permitirá conocer una mejor forma de trabajar. Si sabe trabajar, sabrá vivir. Si sabe vivir será más feliz. La educación parte del hecho de que para lograr sus metas se necesita una doma de las pulsiones básicas en él, la doma de la agresión y de la sexualidad.

Domar no quiere decir inhibir ni destruir; domar significa educar adecuadamente su descarga, en tal forma que se vea beneficiado el propio sujeto y al mismo tiempo, la sociedad en que vive.

La energía vital proviene de esas dos pulsiones y su educación está dirigida precisamente a lograr una adecuada distribución de esa energía que permita al hombre usarla creativamente para ser feliz. Esa doma, esa distribución adecuada de la energía pulsional, se lleva a cabo mediante el fenómeno educativo que “consiste en la transmisión de las pautas culturales, de los hábitos, de las ideas, etcétera, de un determinado grupo social. Este proceso inevitable se lleva a cabo de manera recíproca entre sus integrantes, los cuales se encuentran vinculados por la convivencia. Todo individuo, por tanto, recibe educación y ayuda en el proceso de educar a otros [...]. El proceso de educación está determinado por niveles de transmisión verbales y no verbales” (Monroy, 1981, p. 15). En este sentido, la educación sexual queda insertada en la educación general del ser humano. Actualmente se hace apremiante la educación sexual masculina en vista de la gran explosión demográfica y porque cada día existen más hombres infelices y enfermos sexualmente debido a una mala educación sexual.

La vida sexual, si bien es cierto no es el área más importante para ser feliz, en alguna forma sí matiza y colorea la mayor parte de la existencia de una persona. Por lo tanto, si fue educada en el aspecto sexual, su vida familiar, social, emocional, laboral, recreativa, etcétera, será más pla-

centera y más productiva; si no es así, el sujeto presentará dificultades en la satisfacción plena de la vida misma. Esta idea se basa en el hecho de que si existe alguna disfunción en alguna de las áreas de funcionamiento de la personalidad, la sexualidad tiende a ser uno de los aspectos que más desequilibran la salud mental del individuo. De ahí pues, que en las últimas décadas estemos tan preocupados por impartir una eficiente educación sexual.

Teoría psicosexual: las pulsiones

El nacimiento determina el inicio del funcionamiento mental, pues a partir de éste se desarrolla el aparato psíquico sin negar que exista una posible actividad mental durante el embarazo. Es importante saber que aquello de lo que nos damos cuenta son elementos conscientes, que lo que mediante un esfuerzo de atención podemos traer a la conciencia son elementos preconscientes, y que los elementos inconscientes son aquellos que influyen en nuestra conducta, pero de los cuales no nos damos cuenta. La sexualidad es el área sobre la cual ejerce más su influencia dinámica el aparato psíquico, y dado que en ésta es donde se dan más aspectos dolorosos y vergonzosos para el Yo, los mecanismos de defensa ejercen su mayor actividad.

El aparato psíquico posee tres instancias, denominadas: Ello, Yo y Superyo. En el Ello se encuentran las pulsiones a domar, el Yo es la instancia psíquica que funciona mediante el principio de realidad y el Superyo es la instancia psíquica que funciona mediante el principio del deber. Así, el Ello representa el principio del placer; el Yo, el de realidad, y el Superyo, el del deber.

Desde este punto de vista estructural, la educación sexual se debe ejercer sobre el Yo, o sea sobre el principio de realidad, tanto en sus partes conscientes como inconscientes. Muchas veces, educación y psicoterapia se unen y su objetivo es hacer consciente lo inconsciente a través del Yo.

Siguiendo la teoría psicoanalítica del desarrollo, es necesario impartir una educación sexual esmerada desde la fase oral, en la que poseen primordial importancia las actitudes alimenticias de los padres; luego,

durante la fase anal, tiene importancia sexual la forma en que se le enseña al niño el control de esfínteres; la tercera fase, fálica, requiere una educación especial alrededor del complejo de Edipo, época de una fuerte actividad cognoscitiva de sí mismo. La actitud de la madre y del padre son determinantes para el desarrollo de la conducta sexual normal o anormal de la persona.

La normalidad o anormalidad del desarrollo empieza a gestarse desde el nacimiento y hay que diferenciarla de la normalidad o anormalidad biológicas. La educación sexual de personas normales desde el nacimiento no es la misma que la de personas invidentes, sordas, inválidas, etcétera, dado que el organismo no se encuentra en condiciones normales.

Entre la fase anal y la fálica del desarrollo del niño, o sea entre el año y medio y los tres años, corre paralela la aparición de las llamadas *pulsiones parciales*, sobre las que queremos hacer énfasis.

Se parte del planteamiento de que el psicoanálisis fue y sigue siendo una teoría centrada en la conducta humana.

Rapaport (1962) nos dice:

Su característica exclusiva, es la clase de motivación que postula: pulsiones que arrancan de la biología del organismo. Estas pulsiones son: sexuales y agresivas en el sentido amplio que el psicoanálisis utiliza esas palabras. Se caracterizan por su urgencia y su íntima conexión con distintas clases de conducta corporal, tanto en función del propio cuerpo como del ajeno y porque actúan en forma un tanto extravagante, al ser observadas bajo la luz de la motivación consciente ordinaria.

Estas pulsiones, que arrancan de la biología del organismo, en este caso las sexuales, tendrán que sufrir una acomodación con el medio ambiente (Gómez, 2004) que rodea a ese ser humano que acaba de nacer, para descargar y satisfacer las necesidades que plantean. Así, lo que el mismo Erikson (1959) dice de las neurosis, se podría decir de la conducta sexual del ser humano: es una conducta psico y somática, psico y social e interpersonal. Los componentes secundarios de las pulsiones sexuales

son: el deseo de mirar y su contraparte, el deseo de exhibirse. Otro componente suele hallarse relacionado con la uretra y la micción, denominada de *erotismo uretral*. Las sensopercepciones cutáneas son parte de la vida sexual, como lo son también las del oído, las del gusto, las del olfato y hasta las del dolor, siempre y cuando el Yo tenga la posibilidad de vislumbrar, a través de su función sintética, entre otras, que va a ser posible evitarlo. Posteriormente vendrá el placer a sustituir el displacer que produce, aparentemente, el dolor.

La superficie de la piel, así como todas las membranas mucosas, tienen una función de zonas erógenas. Toda estimulación de la piel, sobre todo la de temperatura, constituye una estimulación erógena placentera tierna o erotizada y cuando la gratificación de esta necesidad se ve entorpecida, ya sea por factores internos o externos, puede dar origen a fuertes conflictos.

La temperatura, como necesidad, se puede combinar con cualquiera de las modalidades mencionadas en primer término, en especial con las orales y dar como resultado una sexualidad receptiva, primitiva y arcaica en sentido evolutivo.

Todas estas pulsiones parciales, ya subordinadas a la genitalidad, andan en busca de su descarga, o sea su gratificación, y si esto sucede, alcanzan su meta y producen placer; también estas pulsiones buscan objetos en dónde descargarse, y al conseguirlo se obtiene placer, para lo cual es necesaria la colaboración del medio ambiente que permita tal satisfacción.

En nuestra sociedad, para conseguir tal gratificación emocional, en forma Yoica y con la anuencia del Superyo, el adulto tiene que amar a su pareja y ser casado y monogámico. El concepto legal de matrimonio consiste en que es un contrato que tiene la finalidad de permitir la unión del hombre y la mujer para la integración de la familia. Representa además, la forma en que socialmente se acepta que el hombre y la mujer satisfagan sus necesidades de afecto y de reproducción dentro de las normas establecidas por el grupo social, para así alcanzar el placer.

La educación sexual como componente del desarrollo en el hombre

Durante la etapa de latencia, que es una latencia en cuanto a metas y no a efervescencia sexual, la sexualidad tiene que reprimirse para permitir el paso al aprendizaje. Es la época de aprender a aprender, que constantemente puede verse interferida por la sexualidad; podríamos decir que para los niños que se encuentran en la etapa de latencia lo importante es ayudarles a aprender y a poner en segundo término la sexualidad. Si la educación durante las fases oral, anal, fálica y de las pulsiones parciales no fue efectiva, es al final de la latencia donde se presentarán los primeros síntomas de anormalidad sexual.

La entrada a la adolescencia marca un periodo de intensa educación sexual. Época de un nuevo nacimiento, para llamarla metafóricamente, ya que *nacen* las glándulas sexuales, esto es, maduran en su funcionamiento y con esa maduración viene una visión distinta de la sexualidad, del psiquismo y de lo social; es en ese sentido que la adolescencia es un nuevo nacimiento emocional.

La educación de la sexualidad en el adolescente tiene que implicar el conocimiento de que no existe una adolescencia, sino varias, aunque se les denomina etapas de la adolescencia. Se distinguen una preadolescencia, una adolescencia temprana, una adolescencia propiamente tal, una adolescencia tardía y una postadolescencia; por tanto, se considera que la educación sexual debe darse de acuerdo con cada una de esas etapas. En la preadolescencia debe tomarse muy en cuenta la relación que se tiene con la madre; en la adolescencia temprana tiene mucha importancia la bisexualidad; en la adolescencia propiamente tal tiene mucha importancia el proceso de identidad; en la postadolescencia se vuelve primordial la jerarquización de intereses. Esta distinción ayuda a dar una visión de la sexualidad muy importante.

En la madurez se reflexiona acerca de los errores cometidos por una mala educación sexual o los aciertos debidos a una buena educación sexual. Entre los problemas que se plantean figura el desempeño del rol materno o paterno como una forma de educación sexual. Desde la adolescencia más temprana, se recomienda con mayor ahínco el uso de

anticonceptivos, con el objeto de prevenir los problemas de madres solteras, madres muy jóvenes y muchos otros conflictos nacidos de una mala educación sexual durante la adolescencia. También se recomienda a los jóvenes que guarden una ética ante su sexualidad, preservando su jerarquía de valores en forma congruente y eficiente. Por ejemplo, en el caso de una adolescente que cree que debe llegar virgen al matrimonio y se esfuerza por hacerlo, pero se involucra en un medio que la presiona para que deje de serlo, es conveniente que ella preserve su propia jerarquía de valores en vez de que se deje llevar por las opiniones aparentemente más gozosas y más libres que le ofrece su ambiente. No es lo mismo ser moralista que procurar que los valores se conserven y se respeten; si se quiere se puede hablar de una moral sexual natural que implica un profundo respeto y comprensión entre los sexos. En México, desde hace varios años, se combate el machismo para que tanto la mujer como el hombre no se conviertan únicamente en objetos sexuales, sino que se desarrollen y evolucionen a una plenitud integral. Por ejemplo, un adolescente varón que cree en la fidelidad debe preservar esa creencia y no dejarse llevar por las circunstancias hacia la infidelidad.

La vejez también necesita de una buena educación sexual. Los jóvenes tienden a devaluar la vida sexual del anciano, y los ancianos, a su vez, se sienten avergonzados con mucha frecuencia de su propia vida sexual. Sin embargo, las investigaciones frecuentemente reportan que los ancianos poseen una vida sexual activa que debe ser educada para ejercerla sin culpa y que además enriquezca su vida personal afectiva y de pareja.

Masters y Johnson (1966) reportan seis factores responsables de la pérdida de potencia sexual durante la vejez:

1. La monotonía y falta de alicientes, que se traduce como aburrimiento con la pareja.
2. Preocupación por los logros económicos.
3. Fatiga física o mental.
4. Debilidad física o mental de cualquiera de los cónyuges.
5. Exceso en el comer o beber.
6. Temor al fracaso, asociado o resultante de cualquiera de las categorías antes mencionadas.

Se quiere destacar que la educación emocional es primordial y paralela a la educación de lo que se llama ejes transversales (problemas propios de la niñez, de la adolescencia, de la juventud, de la edad madura y de la vejez) y longitudinales (problemas acarreados de la niñez a la adolescencia, de la adolescencia a la juventud, de la juventud a la edad madura y de la edad madura a la vejez). Tomar en cuenta todos estos factores es hacer una educación sexual integral. Por último, se desea destacar el papel del lenguaje en la educación sexual. Las palabras clave de la educación sexual no son más de 50, divididas entre hombres y mujeres. Si se educase en el uso de palabras con carga sexual, sería posible llegar a un consenso de uso siempre con la misma carga de significado, así: pene y vagina, por ejemplo, podrían ser utilizadas a cualquier edad y por cualquier sexo, en cualquier situación familiar o social, sin alterar los valores y la confianza del sujeto. El lenguaje necesita un reacomodo en la educación sexual, así como una acción directa que permita esa educación integral de la que tanto se ha hablado.

La educación sexual inadecuada, además de la explosión demográfica, trae consigo problemas de diferente índole: aborto, hijos no deseados, madres solteras o muy jóvenes, matrimonios prematuros, divorcios, relaciones extramaritales, enfermedades venéreas, desajustes psicosociales y emocionales, perversiones sexuales, disfunciones psicosexuales, falta de confianza y respeto entre los sexos, etc. La falta de confianza y respeto son algunos de los problemas más estereotipados (Monroy, 1981).

Por todo esto, se hace necesaria una educación sexual integral, que implica el concepto de una educación pulsional transversal en cada etapa de la vida, así como una educación sexual en un proceso continuo y constante que no termina en alguna etapa de la vida sino que, fluidamente, debe realizarse durante toda la existencia del sujeto.

El sentido transversal implica que desde antes de la concepción, los padres deben recibir una educación integral, esto es, deben ser educados en los aspectos biológicos, psicológicos —sobre todo emocionales— y socioculturales del sexo sobre aspectos previos a la concepción. Cuando ocurre el embarazo, los padres deben ser educados sobre aspectos propios de esta situación. Si el sujeto se encuentra en la adolescencia, también

debe ser educado integralmente, para conocer los aspectos anatomofisiológicos, psicosociales y culturales propios de la sexualidad en esta etapa.

La educación sexual, la sociabilidad, la relación interpersonal profunda, ya sea con el mismo o con otro sexo, están determinadas e influidas por lo sexual. Este aprendizaje social-sexual se inicia y desarrolla dentro del grupo primario, es decir en la célula social elemental: la familia. Por lo tanto, la función sexual desde el punto de vista social, es mantener al sujeto en contacto social e íntimo con sus semejantes.

Para todas las parejas maduras, tengan 21 o 90 años, la interacción sexual debe ser una expresión de toda la personalidad de cada individuo. Además del coito, el apetito sexual puede hallar expresión en la necesidad de intimidad continua, amor y armonía, y en un permanente interés cultural e intelectual en el erotismo o en algún romance en la vida (McCary, 1976).

La educación sexual social, se insiste, debe ir acompañada de la educación emocional. Una separación de estos aspectos afecta directamente a la educación integral que se desea dar.

En el eje transversal es conveniente no descuidar los aspectos estrictamente culturales. ¿Qué significa y cómo se expresa la sexualidad en las diferentes culturas? La literatura, la pintura, la escultura, el cine, la música, etcétera, son determinantes culturales que influyen en la sexualidad, de manera diferente según las distintas edades de las personas.

La forma de ejercer la sexualidad depende mucho de cómo se expresa. Por ejemplo, en la literatura, en 1975 impactó el libro de los 7 minutos de Irving Wallace, y en el año 2003 se considera muy importante la obra de Paulo Coelho de los 11 minutos, que especula el hipotético real de que la duración del coito es de siete minutos en 1975 y once minutos en 2003. Claro que Coelho sigue nuestra línea de que el afecto determina la satisfacción en el orgasmo, pues se considera que éste es más satisfactorio entre personas que se quieren que en las que sólo representan una

descarga pulsional. Así, la relación interpersonal profunda está determinada por esos siete u once minutos.

En los años sesenta se nos transmitía una imagen del sexo en el cual la desnudez de la mujer era muy cuidada y más platónica, mientras que en la actualidad parece que hubiera un mayor descuido en la desnudez femenina. La mujer puede expresar su sensualidad, sexualidad y desnudez con la seguridad de seguir preservando sus valores. No se transmite la idea de que pierde su dignidad porque realiza ese tipo de actividades. Otro ejemplo puede representar el impacto cultural que se tenía, y que ahora ha cambiado, acerca de las edades de los miembros de la pareja, ya sea de ella o de él. Es por eso que afirmamos que el siglo XXI tiene cara de mujer. Muchos hombres tendrán que cambiar su mentalidad y desearán adoptar actitudes femeninas; femeninas, no homosexuales.

La religión es otro aspecto cultural que conviene no descuidar. Muchos tabúes religiosos provocan aspectos anormales de la sexualidad. Muchos mitos intervienen en la forma en que un sujeto que practica una determinada religión la ejerce.

En el aspecto biológico, la anatomía y fisiología de los órganos sexuales, al igual que su interrelación con todo el aspecto corporal y su funcionamiento, es el objetivo a transmitir. Un adecuado conocimiento del funcionamiento hormonal permite al sujeto poseer una visión global de su cuerpo, lo cual favorece en él la seguridad y el disfrute sexuales.

Dentro de lo fisiológico, el sujeto deberá conocer la respuesta sexual propia de su género, para comprender las diferentes fases de la respuesta sexual que son: excitación, meseta, orgasmo y resolución (Masters y Johnson, 1966).

Como es sabido, en lo biológico aparecerán en la adolescencia los caracteres sexuales secundarios, sin dejar de tomar en cuenta que la anatomofisiología sexual del hombre es distinta a la de la mujer, en las diferentes edades, y sin perder de vista que después de la adolescencia la reproducción es la meta sexual humana desde el punto de vista biológico.

El aspecto emocional de la sexualidad

Dentro de lo psicológico, la sexualidad es muy importante para la personalidad; son muchas las funciones que cumple en su formación. Primero, porque nos permite poseer la sensación de placer, función fundamental en la vida del ser humano, y esto no se refiere exclusivamente a lo sexual, sino a la sensación de placer general que proviene de la energía libidinal y que recubre toda la personalidad y todos los actos humanos. En la niñez se siente placer en todo el cuerpo, ya sea al mamar, defecar, orinar; se siente placer de toda estimulación corporal suave y no dolorosa, a veces hasta dolorosa. Reafirmar la personalidad es también una función sexual. A través del sexo el sujeto se reafirma como hombre o como mujer, y obtiene una sensación de plenitud, ya sea masculina o femenina. Una inadecuada educación sexual no permite que el sujeto se identifique con su propio sexo y por tanto no habrá plenitud en lo que se desarrolla o se hace. La falta de identificación cuando se es niño produce una gran confusión cuando se llega a la edad adulta.

La educación de los aspectos emocionales corre paralela a la educación sexual general. Si existe un divorcio entre biología y emoción, estamos haciendo una educación sexual inadecuada, igual que si educamos los aspectos sociales del sexo y no sus componentes emocionales adyacentes. Resulta, así, que la educación emocional es un aspecto fundamental en la educación sexual. Aunque ya quedó asentado y claro que se busca una educación integral. La reafirmación de la personalidad y la identidad psicosexual no son las únicas tareas psíquicas dentro de la sexualidad; también podemos mencionar que la sexualidad plena ayuda a la conservación y desarrollo de las potencialidades del sujeto; le ayuda al mantenimiento de su pareja, al crecimiento emocional individual y familiar, y le da seguridad y metas, entre otras.

En el ámbito social, el comportamiento sexual es diferente según el estrato al que se pertenece. Es decir, si bien por lo biológico y por lo psicológico la sexualidad cumple con sus funciones generales, es la clase social la que enseña ciertos tipos de satisfacción más particulares. La reproducción no tiene el mismo significado en una cultura que en otra o en una

clase social que en otra. La sexualidad promiscua del marginado no es la misma que la sexualidad distante de la persona de otra clase social-singular.

La cultura de la sexualidad

La cultura es una creación humana que evoluciona. Los productos culturales de una época no son los mismos que en otra; al igual que los rituales religiosos, aunque más estereotipados, sí cambian. Esos cambios en la cultura y en la religión influyen en alguna forma en el ejercicio de la sexualidad de quienes pertenecen a esa cultura o a esa religión. A su vez, la sexualidad muchas veces influye en la cultura.

Los cambios en la educación sexual van a producir cambios culturales y hasta religiosos. Hay una retroalimentación constante en toda la educación integral del sujeto con un sexo, clase social, religión y cultura específicos.

Desde el punto de vista longitudinal que toma en cuenta todo el ciclo vital, la educación sexual tiene que cubrir: condiciones anatomofisiológicas de los organismos en el momento de la cópula, el embarazo, el nacimiento, la infancia, la latencia, la adolescencia, la juventud, la edad madura y la vejez.

Para que el acto sexual cumpla su cometido, es importante que los sujetos (hombre y mujer) se encuentren en buenas condiciones de salud física y sobre todo de salud emocional. Organismos enfermos, drogados, en estado de alcoholismo o bajo ansiedad y estrés, no responden igual que en un estado saludable.

Muchos son los cambios biológicos y las fantasías psicológicas de la embarazada, al igual que también muchas las expectativas sociales. De la manera en que esta mujer enfrente sus cambios, sus fantasías y las demandas sociales, dependerá el grado de comodidad física y psíquica que posea durante el embarazo. Los cuidados en este periodo determinan el nacimiento. El grado de relajamiento, de seguridad, de asepsia, condicionan las actitudes ante el futuro niño; la resolución de fantasías

de muerte o de otro tipo y la aceptación del sexo del recién nacido, coadyuvan a la futura educación sexual que se le dé y reciba.

Necesidades y dificultades en el hombre y la mujer

Cuando dos personas se unen, esperan encontrar respuestas a sus necesidades a través de la demostración recíproca de cariño, afecto, comprensión y entendimiento mutuo, comunidad de intereses, un ritmo de vida parecido, una actitud semejante ante la vida desde sus puntos de vista sexuales, morales, religiosos, políticos, socioculturales, con gran interés de alcanzar metas semejantes en algún sentido. Sin embargo, observamos matrimonios que se acoplan sexualmente, pero no coinciden en otros aspectos y, por el contrario, existen muchas parejas que no tienen satisfacciones plenas desde el punto de vista sexual, pero que coinciden por diferentes mecanismos y formas en una adaptación en otros aspectos; las investigaciones acerca de los problemas en el matrimonio, como las causas de separaciones, divorcios, etcétera, proporcionan datos que se refieren a que son los problemas sexuales los aparentemente causantes de tales conflictos.

Al hacer conciencia de los conflictos sexuales que con mucha frecuencia producen dificultades en la pareja, no hay más que recordar las quejas de las esposas respecto de sus cónyuges varones en el sentido de que éstos practican la psicología *del gallo* en su vida sexual; esto es, casi sin ninguna preparación previa y en muchos casos sin dar tiempo a la lubricación vaginal, realizan el coito rápidamente con una tendencia a la eyaculación prematura, para de inmediato abandonar a la mujer sin más, sin nada posterior, por lo cual ellas, naturalmente, quedan insatisfechas, frustradas y enojadas.

A cualquier analista varón le gustaría, como anhelo contratransferencial, que todos sus pacientes hombres —y también los que no lo son— abandonaran la psicología *del gallo* y aceptaran su esencia humana, para que tuvieran mujeres satisfechas como ellos.

Ser masculino es sentir la diferencia de lo femenino a través del contacto con el cuerpo; ser hombre es sentir fuera lo que es femenino y que nos

haga resonancia con nuestras partes internalizadas femeninas. La ternura no es nada más femenina, también existe ternura masculina, que nuestra cultura no enseña a diferenciar. Los hombres tenemos que permitirnos la ternura, vivirla, lo que implica sembrarla y cultivarla para que dé frutos en futuras generaciones; que el hombre sea fuente de placer, no nada más abastecedor en lo económico y a medias (González Núñez, 1978).

A su vez, los hombres se quejan de que muy pocas veces son buscados activamente por la esposa y menos acariciados como ellos lo desearían. Claro que esto refleja sus primeras relaciones de objeto. En lo que se hace énfasis es que estas parejas casadas, con todo el permiso de la sociedad, llegaron al matrimonio sin educación emocional ni sexual y con una deformación social que no les permite desinhibirse y gratificar sus pulsiones.

Un analista recordaba con tristeza a una pareja donde el marido relataba cómo realizaba sus relaciones maritales; decía no obtener gran satisfacción y mucho menos placer en el acto sexual y que más bien lo realizaba como una forma de descarga biológica, mas no afectiva y decía: “Mi esposa no se quita el camisón de dormir, lo tenemos que hacer debajo de las sábanas, no la puedo destapar para verla porque dice que le da frío y se puede resfriar, se lubrica bien, pero a la hora de que la penetro no me acaricia y no permite que yo lo haga y cierra fuertemente los ojos y yo nunca he sentido que ella tenga orgasmo, aunque nunca me lo ha reclamado; cuando terminamos, en silencio, nos separamos y nos dormimos”.

Cabe señalar dos aspectos importantes de este caso: en primer lugar la falta de caricias —táctiles, térmicas, dolorosas, olfativas, gustativas, visuales, auditivas— se asemeja mucho a una situación de privación sensorial; y lo segundo, cerrar fuertemente los ojos como para separarse del mundo real y conectarse con sus objetos internalizados; posteriormente el paciente le solicitó a su analista que entrevistara a su esposa, ya sea para que la tomara en tratamiento o la refiriera. Era una mujer que, además de que no permitía el contacto, poseía una fuerte falla Yoica en la prueba de realidad y resultaba que ese fuerte cerrar de ojos, efectivamente le permitía estar fantaseando con una figura familiar, que oscilaba

entre el padre y el hermano mayor, y que por lo tanto no le permitía tener ningún orgasmo.

A través de las investigaciones terapéuticas, con otro terapeuta, se logró, en pocas sesiones, que esta mujer permitiera al esposo verla, tocarla, gustarla, olfatearla y *calentarla*. A su vez ella se atrevió a ver a su marido, no lo conocía corporalmente y mucho menos conocía su pene, reportando que había llegado al primer orgasmo y reportando el esposo su satisfacción no sólo orgásmica sino también afectiva; lo que ya no fue tan fácil de corregir en ella fue la falla en la prueba de realidad en otros aspectos de su relación con los objetos.

En ese sentido, como reporta Fenichel (1974), tener contacto cutáneo con la pareja y sentir el calor del otro cuerpo es y seguirá siendo un componente esencial de toda relación amorosa, porque para muchas personas lograr calor es lograr cariño.

Existen hombres congelados que se descongelan cutáneamente, aceptando también, en ese momento, una regresión. Pero las parejas tienen derecho, porque así lo han decidido y conseguido, a regresarse, porque en ese sentido se cumple también la lejana meta infantil en la relación de objeto: tener y entregarse a alguien que representa una figura del pasado deseada, pero a quien se entrega ahora no es a esa figura del pasado en la realidad. Por lo tanto, un acto sexual, sentido como sensación de piel y calentito, es lograr la meta adulta, la satisfacción de las pulsiones libidinales y las pulsiones parciales, a la vez que satisfacer la meta infantil: poseer el objeto deseado en el pasado.

Vivir, sentir, actuar, poner a funcionar cada terminación nerviosa libre y los demás receptores sensoriales, es satisfacer pulsiones normales, tanto en las denominadas pulsiones parciales como necesidades narcisísticas, que a la vez se ponen al servicio del *partenaire*, porque sintiendo toda esa plenitud no es posible que el *partenaire* deje de sentir.

La posibilidad de dar salida, permitir la regresión al servicio del Yo en la pareja, es entregarse, es dar y darse, lo cual propicia la sublimación en otras áreas de la conducta, donde la sociedad no nos permite hacer

regresiones; no podemos estar haciendo sexo las veinticuatro horas del día, hay que tener tiempo para producir, para crear.

Favorecer que las pulsiones parciales se expresen en la relación sexual, es cumplir con nuestras motivaciones —tanto primarias como derivadas—, es ayudar a nuestro organismo, a nuestra sociedad, a que sean más plenas, más creativas. Si la pareja ha de estar en competencia, pues que compita; pero que ésta no consista en quién recibe más, sino en quién da más; así salen ganando los dos.

RELACIONES ÍNTIMAS Y SEXUALIDAD EN LA ADOLESCENCIA

Doctor José de Jesús González Núñez

Ya terminó la niñez, ya terminó la latencia, ahora está presente la adolescencia con todo lo que es inherente a ella. Las metas pulsionales infantiles y de la latencia son las mismas y han llegado a su fin. Ahora existen nuevas metas pulsionales porque ha llegado la adolescencia.

El vocablo adolescencia procede del verbo latino *adolescere*, que significa: crecer, desarrollarse. La adolescencia tiene una ubicación ontológica entre la niñez y la adultez; según su significado etimológico, es una etapa de la vida cuyo elemento sustancial y característico es la aparición de cambios notables, tanto morfológicos como funcionales. Los morfológicos están relacionados directamente con el crecimiento corporal y los funcionales con el nuevo funcionamiento glandular. Las gónadas han iniciado su funcionamiento dándole al sujeto una nueva fisonomía corporal, sexual y emocional.

Las metas de la niñez y de la latencia han cumplido su cometido, ahora en la adolescencia hay nuevas metas pulsionales. Las metas pulsionales infantiles y de la latencia son más bien pasivas, tienden a conseguirse tratando de que el objeto que gratifica obtenga la satisfacción al darlas. La madre debe sentirse satisfecha de tener ese hijo y darle lo que necesita sin tener que recibir nada, los maestros de la infancia deben obtener satisfacción por dar sus enseñanzas sin recibir nada a cambio y por el hecho de que su alumno aprenda.

Pero la nueva meta pulsional, la capacidad de procrear, requiere para su satisfacción una serie de prerequisites que deben satisfacerse, paralelamente, en el mundo interno y propiciarse desde el mundo externo. Existe ahora un imperativo biológico: acabar de crecer; un imperativo sexual: reproducirse; un imperativo emocional: evolucionar; un imperativo social: adaptarse; un imperativo familiar: independizarse; un imperativo económico: ser autosuficiente; un imperativo vocacional: realizarse en una ocupación; un imperativo existencial: adquirir una identidad; un im-

perativo axiológico: poseer una escala de valores, organizados y jerarquizados, que se vuelva sólida e irreversible.

En casi todos los aspectos de la personalidad, es una época de crisis, es, metafóricamente dicho, época de un nuevo nacimiento: se nace corporal y funcionalmente por efecto biológico-sexual; se nace emocionalmente, no porque haya nuevas emociones sino porque existen ahora nuevas intensidades (Mahler, 1975). Se nace social y psicológicamente, se adquiere la identidad, y se nace axiológicamente, se consolidan y jerarquizan los valores.

Ha terminado la relación de objeto pregenital y también, la sexualidad pregenital; ahora, en la adolescencia, la relación de objeto y la sexualidad deberán ser genitales, aunque su evolución implique una regresión a la pregenitalidad (Blos, 1975). Ahora la genitalidad, el logro de la adultez, requiere en forma inexorable de una actitud dispuesta a la relación de objeto. Las pulsiones demandan un objeto para su satisfacción. La personalidad toda exige relaciones interpersonales que permitan llegar a la genitalidad y a la adultez que el adolescente desea para sí mismo y que su aparato psíquico requiere. Ahora en la adolescencia, las relaciones de objeto (con personas y cosas; con objetos animados o inanimados que tengan importancia psicológica para el sujeto) son más conscientes. Estas relaciones por lo general son íntimas, porque son profundas, esenciales, confidenciales y secretas, que ponen a prueba la esencia del ser, enriquecen al *self*. Son relaciones que en la infancia y la latencia se dan de por sí con la madre si se tiene capacidad y, de forma inconsciente, si se tienen las condiciones. En la adolescencia adquieren una gran apertura: van a existir relaciones íntimas (aunque comunmente se entiende por relaciones íntimas aquellas que se tienen sexualmente con la pareja, aquí se está hablando de relaciones de cercanía afectiva) con la madre, con el padre, con los amigos, con la novia, con compañeros, con jefes, etcétera.

La libido es la energía pulsional que acerca y, como una cuerda invisible, amarra a los objetos. La agresión en un principio todavía no sublimada, aleja a los objetos mediante fantasías destructivas. Esa libido que ata a los objetos y los mantiene unidos, en un principio es pregenital, es inmadura, funciona mediante el proceso primario, es infantil, es amorosa, es

tierna, podríamos decir que hace placentera la vida difícil del niño, lo motiva e impulsa a vivir. Tomando en cuenta la agresión, la vida es para el niño como un Olimpo griego, lleno de pruebas y de peligros, y no es sino de la fusión de la libido con la agresión que se llega a la adolescencia para continuar viviendo en medio de otros peligros. Por eso, en un principio, el niño busca en la relación sexual con sus objetos: protección, cariño, ayuda, amor. Esta motivación no la perderá durante toda la vida, no la cambiará; lo que sí va a cambiar es la meta y la forma de conseguir sexualmente a sus objetos. Desde la infancia, los productos pulsionales y lo reprimido van a constituir lo más profundo de la persona; de las pulsiones se derivan pensamientos, sentimientos, acciones —sublimes y perversas, creativas y destructivas— y también los afectos —tiernos y agresivos— y de lo reprimido se derivan contenidos mentales y fantasías que pueden ser placenteras o dolorosas, pero inconfesables.

Así, los pensamientos, las emociones y acciones sexuales se vuelven parte de lo más íntimo del ser, porque son profundas, inconscientes y vergonzosas a la conciencia del que las vive. Pero no nada más lo erotizado es íntimo, sino también lo agresivizado.

En la adolescencia, dado el crecimiento general de la tensión pulsional, y de la sexual en particular, lo sexual es prioritario y fundamental, aparentemente. Es prioritario por esencial y por defensivo. Esencial porque es el centro del cuerpo y de la mente; la morfología corporal está cambiando dramáticamente y las gónadas inician su pleno funcionamiento. Ni el cuerpo ni la mente pueden apartarse de ese proceso vital. Es defensivo porque el Yo se ve debilitado, tanto como el Superyo del adolescente, dado el embate de las pulsiones del Ello. Y aprovechando ese debilitamiento, lo reprimido tiende a aparecer con más facilidad. Al aparato psíquico no le queda otra sino que invertir mucho esfuerzo, mucho tiempo y mucha energía para controlarse.

Así se decide la función prioritaria del aparato psíquico. Su meta es enfrentarse a todos los vaivenes sexuales que difícilmente tiene que sortear, ahora con una nueva meta y una nueva modalidad, pero aunque ésta sea la meta y eso sea lo primero, el psiquismo adolescente no olvida las metas infantiles; ahora ya tiene oportunidad de sublimarlas y obtener su

gratificación más realista, con objetos originales, sustitutos o nuevos, aunque estos últimos no sean más que sombras de los originales.

Es así como el adolescente forma con la madre relaciones íntimas, sexuales, de índole pregenital, que van a ser núcleos de fantasías posteriormente inconfesables y vergonzosas: se transformarán en permanentes fantasías de dependencia, ya sea oral, anal o fálica. O narcisistas, simbióticas y de reengolfamiento, que pueden producir una patología incestuosa durante la adolescencia. Hacia el padre también se tienen fantasías íntimas, profundas e inconscientes que se forman fundamentalmente alrededor de la época fálica; no es difícil descubrir en el niño y en el adolescente los deseos de identificación y a la vez de rivalidad con él. Al mismo tiempo se presentan fantasías hacia el padre de castración con un contenido libidinal y culpígeno. Éstas fantasías, por lo regular profundas, pueden posteriormente condicionar la conducta sexual del adolescente. Pero estas fantasías de identificación, de rivalidad, de castración, no anulan el deseo íntimo de contacto emocional con el padre. El deseo de una relación íntima y cercana con él siempre está ahí, en el Yo y en el Superyo. Dado que ésta es la base de un adecuado autoaprecio en la adolescencia, si no se tiene, se tendrán muchos sentimientos de inadecuación. Y en esos deseos de relación íntima con el padre hay placer, hay deseo, hay sexualidad: hay amor.

Con los hermanos siempre se está compitiendo por el amor de los padres, siempre se les tiene celos, envidia, y deseos secretos de que desaparezcan; pero también hacia ellos se tienen fantasías incestuosas intensas, sobre todo en la adolescencia. Los hermanos son los antecedentes directos de los amigos íntimos deseados. La relación con los hermanos representa la mejor oportunidad de aprender y socializar. En muchos casos, si la relación íntima fracasó con los padres, se tiene en los hermanos la posibilidad de realizarlas y rehacer esa relación no lograda con los padres. El vínculo con los hermanos está matizado de sexualidad, pero deserotizado.

Con los amigos también se tienen relaciones íntimas. Casi todos los adolescentes poseen uno o más amigos íntimos, con los que se explayan y comunican lo incomunicable a los demás. Con el amigo íntimo se tienen lealtades a veces más fuertes que con la familia. Las amistades en

la adolescencia ganan en intensidad, importancia y estabilidad; proporcionan parte del apoyo emocional que antes brindaba la familia. Porque el amigo íntimo es el que entiende, el que comprende y hace sentirse comprendido al adolescente. Los amigos íntimos han sido objeto de novelas, de películas y de obras de teatro, porque es una relación sublimada y sublime para el adolescente. No hay nada más sublime que juntarse con el amigo íntimo y platicar de los padres, de los hermanos, de las frustraciones escolares, amorosas o de cualquier índole. Es a él a quien se le pueden platicar los secretos más íntimos, es quien sabe y conoce de las peores conductas y fantasías que se hayan tenido y sin recibir a cambio ningún juicio o reproche. El amigo íntimo, al igual que los hermanos, puede acompañar al adolescente durante toda la vida.

Existen episodios homosexuales durante la adolescencia temprana y durante la adolescencia propiamente tal (Blos, 1975). Son episodios generalmente inconscientes, que si se volvieran conscientes acabarían con esas amistades. Muchos adolescentes no tienen amigos íntimos por el temor a que aparezcan dichas fantasías inconscientes reprimidas por el Yo y despreciadas por el Superyo.

Como vemos, existen en el adolescente muchas relaciones íntimas que se forman antes de llegar a poseer una relación íntima heterosexual. La relación sexual con una mujer viene a culminar el proceso de desarrollo que se inicia con el nacimiento. Tener relaciones sexuales con una mujer da la oportunidad de procrear, consolidar e incrementar la personalidad y obtener placer. Aparentemente, para el adolescente obtener placer es prioritario, pero es más importante llegar a poseer una relación emocional profunda, discreta, abierta y sincera, que llegue hasta el interior de la pareja en tal forma que al tocarse con el afecto se sienta la plenitud del placer. Este por sí mismo permite la descarga de la pulsión, pero el Yo no queda plenamente satisfecho si no tiene un verdadero contacto íntimo, inconsciente con el otro.

El cuerpo y su apariencia juegan un papel central en la relación interpersonal, en la interacción social, en el funcionamiento psíquico, en la salud y en la sexualidad. El hecho de tener un cuerpo en proceso de cambio atrae inevitablemente la atención del Yo del adolescente. El cuerpo

de éste cambia en su morfología rápidamente, dando el estirón y varía también en sus cualidades esenciales. Ya Dimock, desde 1953, señalaba que la fuerza muscular en los varones adolescentes se duplica entre los 12 y los 16 años. Y aunque éstos se encuentran en plena efervescencia sexual, el aumento de fuerza tiene obvios efectos psicológicos de carácter íntimo. Las modificaciones corporales que se dan en el adolescente son incontrollables y demandan nuevas conductas, sobre todo para adaptarse a la convivencia familiar y social. Estos cambios corporales incontrollables "son vividos al principio como una invasión" (Aberastury, 1978, p.31).

Y mientras se adapta a su nuevo cuerpo, en lo profundo de su *self*, el adolescente vive un duelo por su cuerpo infantil perdido y sufre muchos temores ante lo que fantasea que puede ser su nuevo cuerpo. Éste, ya con todas sus potencialidades, con los órganos genitales adultos en proceso necesario de incorporación a la nueva imagen corporal, va a perder la relación de dependencia con sus padres y tendrá que decir adiós a esa forma de conducta establecida durante la niñez. La autoimagen corporal o autoconcepto físico no se reduce a una representación mental objetiva de la propia realidad corporal, sino que es una construcción compleja de carácter bio-psico-social determinada por elementos corporales, personales y sociales (Rierdan y Koff, 1997). Dicho con una cierta crudeza: el cuerpo es un accesorio de un estilo de vida (Giddens, 1991; Hancock, 2000).

Juan Manuel, adolescente de 17 años, alto, fornido, fuerte, bien parecido, es el tercer hijo de una familia de cuatro. El padre, un hombre también fuerte, es "injusto", poco tolerante, que fácilmente humilla a Juan Manuel por cualquier cosa que no sale como la pide, diciéndole que es un inútil cuando las cosas no salen como él las ordena, y él personalmente las realiza. La madre, guapa, inteligente, ama de casa, cumple la función de estar protegiendo a Juan Manuel y a sus tres hijas como mejor puede, tratando de evitar conflictos entre los hijos y el padre. Juan Manuel creció mucho de repente, pero a la vez en forma automática también le aparecieron dolores de cabeza. Cuando se sintió fuerte y capaz de enfrentar al padre, aun físicamente, porque éste le pegaba dejándole moretones y en más de una ocasión sangrando de la nariz, se puso a estudiar karate para devolverle al padre los golpes. A esta labor enojosa

se dedicó Juan Manuel durante más de dos años, alcanzó en el karate el grado máximo que podía alcanzar por sus años de estudio. Como mandado a hacer, un día su padre lo envió al banco a realizar unos trámites, de los cuales Juan Manuel hizo mal uno. Cuando el padre se dio cuenta, como siempre, lo insultó y se le fue a los golpes. Ante esta situación Juan Manuel volvió a tener moretones y a sangrar por la nariz. En su sesión psicoterapéutica el terapeuta le preguntó:

—¿Y tú le pegaste a tu padre?

—No. El karate me sirvió para defenderme. No pude atacarlo —decía con una sonrisa de triunfo— pero mi papá ya sabe que si Yo quiero le puedo pegar más fuerte. Tengo la impresión de que ésta fue la última vez que intenta pegarme.

El nuevo cuerpo de Juan Manuel le sirvió para enfrentar en forma defensiva al padre, dándole a la vez la seguridad frente a él. Curiosamente, las relaciones entre ellos mejoraron. Juan Manuel, estudiante de arquitectura, hijo de arquitecto adinerado, empezó a conseguir dinero del padre, adecuado a su edad, para iniciarse en los negocios que el propio padre le recomendaba que hiciera. Los dolores de cabeza de Juan Manuel disminuyeron desde aquél penoso incidente. La agresión de Juan Manuel se estaba traduciendo en una preocupación permanente, porque verdaderamente estaba decidido a pegarle al padre. Ante la renuncia de hacerlo, sus dolores disminuyeron y las relaciones entre ellos mejoraron.

Vemos así cómo el aumento de fuerza muscular posee efectos bien claros: al adolescente le da una conducta más enérgica, que le transmite más confianza en sí mismo. Le permite también actividades más espectaculares ante sí mismo y ante los demás, ya puede igualarse al padre física y sexualmente y muchas veces superarlo. Esto da como resultado, junto con otros hechos, que el adolescente vea modificada la imagen del padre como una persona más real y no como el ídolo lejano que él sentía que era. El padre a su vez tiene que modificar la idea del hijo.

Los padres ante este hecho espectacular del crecimiento de su hijo no pueden dejar de mostrar su admiración. Tienen ante sí una maravilla natural de singular belleza: ante el cuerpo de los hijos adolescentes —y aquí no importa que sea hombre o mujer— los padres no dejan de

mostrarse agradablemente sorprendidos; es un hecho aparentemente inadvertido por el propio adolescente, que posee un cuerpo en forma natural más bello que probablemente llegue a tener toda la vida. Infructuosos resultan a veces los consejos de los padres ante los embates de la sexualidad y la fuerza de la pulsión, para que esos hijos sepan conservar sanos sus cuerpos y sus mentes.

Es la nueva imagen corporal, con mayor estatura, mayor peso, con más sensibilidad en el olfato, el gusto, el tacto; con amplias modificaciones en la piel y con los amenazantes y vergonzosos granos de acné, que en el decir de los adolescentes no son otra cosa que la manifestación clara de una sexualidad no ejercida pero sí sentida. Con la aparición clara de las características sexuales secundarias y un desarrollo pleno del aparato genital, también como muestras evidentes de una sexualidad ya madura. Y por si fuera poco, la aparición de la primera polución que es incorporada a esa nueva imagen corporal. Ya se tiene noticia de lo que es el semen y lo que esto significa. Significa que el cuerpo ya está capacitado para la reproducción.

El siguiente paso de Juan Manuel era conseguir una relación con una mujer que lo aceptara. Antes las chicas fácilmente aceptaban sus invitaciones o ellas lo invitaban a sus casas, pues era un muchacho decente, pero no volvían a invitarlo, porque era muy brusco en su comportamiento. Esto le entristecía y le hacía pensar que a lo mejor no era suficientemente hombre (no tenía erección, suficiente semen, no era suficientemente guapo como para que lo quisieran). Y en estas intimidades sexuales andaba pensando cuando le platicaron sus amigos de la masturbación, y él por curiosidad, llegó a casa y lo hizo. Por supuesto le gustó y por supuesto, lo angustió. No recuerda haberlo hecho en la niñez. Sus primeras masturbaciones le hacían sentir muy mal y malo; su familia era católica y hasta le habían dicho que era pecado y por lo tanto, tenía que confesarse para que la mamá no se diera cuenta. Tampoco se daba cuenta de que su ropa interior quedaba sucia. La masturbación lo hacía sentirse más alejado de las chicas, menos aceptado por ellas, menos hombre. Temía que ellas descubrieran por el acné muy escaso que ya tenía actividad sexual. Temía que esa actividad sexual lo alejara del cariño que él quería conse-

guir y de la satisfacción profunda de que una muchacha se enamorara de él y él de ella. Esto último era para él lo más inconfesable.

Es inevitable que el adolescente mediante la masturbación descubra o redescubra algunas gratificaciones pulsionales específicas (Osterrieth, 1980, p.31):

“... éstas tienen un sentido, como lo atestiguan las fantasías eróticas o las imágenes más o menos precisas que comienzan a acompañarlas y que, como lo han señalado varios autores, en cierto modo orientan al joven de una manera anticipatoria hacia la búsqueda de una pareja sexual. Además, estas prácticas y fantasías son inseparables de la adopción de una posición moral, de un juicio acerca de uno mismo: o bien se las tolera y hasta se las busca, con toda clase de justificaciones, o bien suscitan sentimientos de culpa e indignidad que, como sabemos bien, perturban la adaptación socioafectiva del adolescente.”

También es inevitable que la masturbación provoque fantasías regresivas que lo atormentan; a su vez el Yo recibe ayuda en su crecimiento mediante la masturbación y se reorganiza genitualmente; si lo logra, se ayuda también en el proceso doloroso de la pérdida del cuerpo infantil, superando las defensas maniacas que frecuentemente aparecen durante esta edad.

A su vez, la masturbación ayuda al Yo a aceptar su rol sexual y a luchar contra la tendencia a consumir el incesto (Aberastury, 1978). En esta labor de lucha contra el incesto, los adolescentes cuentan también con la fantasía. La mayoría se masturba con alguna imagen o pensando en alguien; en aquellos que no lo hacen la fantasía o la imagen están reprimidas y corresponden casi siempre a una figura incestuosa (Juan Manuel se masturba sin imagen o fantasía de alguien).

La actitud que tiene el adolescente hacia la masturbación es un presagio de lo que será su futura vida sexual. Un moderado uso de la masturbación como mecanismo equilibrador de las tensiones, sobre todo sexuales, parece permitir también un goce sexual adecuado durante la vida adulta. La excesiva represión de la masturbación o una actitud negativa hacia

ella predicen casi lo mismo, si es que no se presentan situaciones capaces de cambiarla. La masturbación compulsiva, incontrolable, crónica, a su vez presagia poco control y futuras dificultades sexuales.

En los adolescentes, junto con el incremento de la pulsión sexual (Blos, 1975; González Núñez, 1986) aparece una íntima relación de objeto en movimiento: de una dependencia hacia la madre, con características ambivalentes, pasando por una posición bisexual y homosexual transitoria, con características narcisísticas, hasta llegar al logro de la identidad y aclarar una relación de objeto heterosexual, no incestuosa, como posición última para depositar el amor y el sexo.

Es muy crítica la situación emocional de los jovencitos en la preadolescencia, cuando la madre es la depositaria de sus fantasías incestuosas que tanto los atormentan. Las madres no entienden por qué sus hijos son tan cambiantes con ellas. No alcanzan a ver que su Yo se debate con una terrible ambivalencia que no los dejará estar en paz.

Juan Manuel fue un preadolescente que durante esta época sentía que su mamá le molestaba. “Me caía mal” y “era tal mi odio por ella que hasta bajé en mis calificaciones”. Luego se le fue quitando esa preocupación porque él siempre había asegurado que quería a su madre más que a nadie.

Ya en la adolescencia, después de haber resuelto dicho problema, aparece en él la fantasía secreta y el temor de ser mujer; no hay momentos más ofensivos en la vida de un adolescente, cuando en esta edad sus coetáneos dudan de su masculinidad, en la época en la que hay que probar el grado de hombría haciendo competencias de masturbación —quién aguanta más o quién llega más lejos el semen—. Los insultos más vergonzosos y dolorosos es cuando les dicen “maricas”, “adiós, cuñado”. La ofensa de “adiós, cuñado” tiene la connotación de “pásame a tu hermana”, que no quiere decir sino que “pásame tus partes femeninas”. Y se vuelven verdaderamente celosos de sus hermanas, las defienden efectivamente como a la parte femenina personal. Juan Manuel no olvida cómo perdió a su primer amigo íntimo cuando tenía 14 años, pues a éste

se le ocurrió decirle “qué buena se está poniendo tu hermana” y eso fue suficiente para que Juan Manuel no le volviera a hablar.

Los amigos íntimos representan un paso más en la adolescencia, son el primer objeto que no se elige de manera narcisística, aunque la propia elección del amigo íntimo sea narcisista, pero ya se sale de ese engolfamiento del *self*, para llegar al otro, al amigo íntimo, hacia el cual se conserva una posición bisexual, deserotizada, pero hacia quien se siente una amistad segura y comprensiva. En este momento de la vida las mujeres son “seres de ideas cortas y cabellos largos”, son unas inútiles, unas dependientes, unas interesadas. Y como lo que subyace en esta posición bisexual es un estado paranoide, no es de extrañarnos que lo que dicen de las mujeres no sea otra cosa que una mera proyección. Los pleitos con las hermanas no se hacen esperar: se les envidia y se desea su dependencia a la madre y hacia los hombres en el futuro cuando se casen. Porque ellos, como hombres, tendrán que mantener económicamente a una mujer y además “cumplirle sexualmente”. Esto es verdaderamente persecutorio e íntimamente preocupante.

Una hermana de Juan Manuel, según él mismo y sus amigos, es guapa, amigüera y “uña y mugre con la madre”, es su favorita. Para Juan Manuel esto es verdaderamente insoportable. No tolera verlas juntas, se pone de mal humor y despotrica contra la hermana como si ella le hubiera hecho algo. La hermana no entiende la actitud de Juan Manuel y, a decir verdad, ni él mismo la entiende. Reflexiona y dice: “Qué de malo tiene que mi mamá y mi hermana Patricia se lleven tan bien, si son las más parecidas en lo físico y en la forma de ser; además no dejo de reconocer que mi hermana es guapa y buena hermana. Cuando mi papá me maltrata, ella ha sido la que más veces ha ido a consolarme y a ayudarme a que se me baje el coraje contra él”. Juan Manuel no entiende su intimidad, no tiene noticia de su proceso bisexual e incestuoso. Quiere ser como la hermana para permanecer cerca de la madre pero, a la vez, el sufrimiento del incesto lo envuelve. Por supuesto, pelear con la hermana es una forma de vengar su cercanía con la madre y una forma, a su vez, de resolver sus sensaciones no reconocidas de tipo incestuoso.

Pero pronto llega la adolescencia como tal; ahora existe la exigencia de lograr la identidad. Fierro (1996) señala que la noción de identidad (su génesis, construcción y proceso) puede servir de columna vertebral de circunstancias y procesos varios que son propios de este momento evolutivo. Para comprender el mundo del adolescente que está en situación de cambio hay que tener muy en cuenta que su desarrollo acontece en el ámbito de una sociedad cambiante y variada. La sociedad puede ayudar a la formación de la identidad si los valores que ofrece siguen siendo útiles y si ofrece estructuras y costumbres que faciliten la transición a la edad adulta (Hoffman, Paris y Hall, 1996).

También en esta etapa renacen los residuos edípicos y se hacen presentes más claramente los problemas con el padre, pero sobre todo aparece el deseo sexual con toda su potencia y exigencia, como un imperativo categórico que ha de cumplirse en una persona no incestuosa del sexo opuesto. Ya no se le puede dar vuelta al asunto, salvo el peligro de caer fantasiosamente en la homosexualidad. Ante la difusión del rol personal, familiar, social, interpersonal, el Yo débil, junto con el Superyo, también débil, tiene que resolver esta encrucijada desde una perspectiva Superyoica. Es el momento en que se debe decidir la identidad. El temor a la homosexualidad es un hecho, aún hay vestigios bisexuales, por lo tanto existen elementos homosexuales. El adolescente proviene de una familia donde existen hombres y mujeres, tiene una madre y tiene tías y hermanas y necesariamente hay formas de identificación con ellas (González Núñez, 1987) amén de la estructura orgánica de las células, sobre todo germinales. Se poseen genes X y se poseen genes Y. A sabiendas, sin embargo, de que "anatomía es destino" y que actualmente se supone que existe un hígado, un riñón, un estómago masculino y otro femenino —se caracterizan los órganos por el tamaño mas no por el funcionamiento—. Pero la estructura homosexual temida por el adolescente no tiene nada que ver con eso. Esa situación es realmente inconsciente, lo que sí tiene manifestaciones psicológicas inconscientes —fantasías, sueños, temores, etc.— es la homosexualidad que se hace necesaria reprimir. El ascetismo, la intelectualización (Freud, A. 1975) y el conformismo (Blos, 1975) no son mecanismos suficientes para ayudar a reprimir estos temores. Tampoco la manía (Aberastury, 1978) calma la ansiedad flotante al

respecto. Sólo una cosa lo resuelve: la aceptación amorosa de una pareja y que ésta después ambos acepten la voluptuosa sexualidad que se posee.

Un adolescente se siente más seguro cuando ha conseguido, como consiguió al amigo íntimo, una pareja que, aunque sea provisional, dé cabida a sus fantasías masculinas. Si la pareja se presenta para hablar con ella de esos temores homosexuales disfrazados y de las envidias masculinas por la dependencia femenina, ayuda al de piel dorada (el adolescente) a solucionar los problemas. Lo más difícil para el adolescente en nuestra cultura es que tiene que probar, no se puede quedar con la primera, tiene que saber escoger, y se pregunta: "¿Si ésta me acepta y me quiere, acepta mis deseos sexuales, no me ve como perverso porque alcanza a entrever que la deseo, soporta que la desee y que quiera tener relaciones sexuales con ella a su tiempo, ¿por qué tengo que buscarme otra?" El adolescente no entiende esa demanda social familiar, aunque no la vive desde fuera de su Yo, sino como suya.

Juan Manuel también tuvo temores homosexuales: ¿Existen homosexuales de nacimiento? ¿Si se tiene un amigo homosexual, se puede volver uno homosexual? ¿Si se masturba uno mucho, se puede volver homosexual? ¿Es cierto que Rock Hudson se volvió homosexual por andar con muchas mujeres? Son éstas muchas de las preguntas que Juan Manuel tuvo que responderse para quedar tranquilo. Y después de tener cuatro o cinco intentos fallidos de acercamiento con muchachas que fueron dolorosos, pues fue rechazado por su brusquedad, finalmente, en una fiesta del club se fijó en la reina de la primavera de ese año; consiguió quién se la presentara y empezó una tortuosa conquista que le llevó más de un año lograr. Modificó ciertos modales bruscos, no todos, pero se sintió satisfecho. Recordemos que junto con esta conquista, estaba mejorando su habilidad como karateca para enfrentarse al padre. Resulta obvio que la conquista de una novia fue posterior al último pleito con el padre, pues ya poseía un Yo más fuerte, más controlado y un Superyo capaz de favorecer al Yo, brindarle autoaprecio y una buena autoimagen y autoconcepto de sí mismo. Juan Manuel nunca buscó más a otra mujer.

La ansiedad que produce la necesidad de tener la primera relación sexual es muy intensa. Habrá adolescentes que no la sientan porque sus mecanismos defensivos y el medio en el que se desarrollan dificultan su aparición, pero en realidad, siempre existen las dudas: ¿cómo penetrar a la mujer?, ¿no le haré daño, no la lastimaré?, ¿no me lastimaré al penetrarla? A pesar de que el adolescente sabe que el órgano sexual femenino es flexible, en realidad no lo sabe y a pesar de que sabe en dónde está ese órgano, en realidad no sabe dónde está, y teme hacer el ridículo si intenta tener relaciones sexuales y no resulta eficiente. Y luego, si a pesar de los anticonceptivos embaraza a la muchacha, qué va a hacer, él no quiere casarse todavía, no tiene con qué hacerlo. Bueno, si no la embaraza la puede volver una prostituta y él será el culpable. Quedará como un violador, como un ser lleno de maldad que perjudicó a una chica inocente que lo quería. Porque generalmente las mujeres hacen el amor con un hombre si ellas lo quieren. Los hombres adolescentes también piensan así, aunque esté muy camuflajeado por la sociedad y se entienda que para él el sexo es lo primero.

Estas son algunas de las muchas dudas que el adolescente tiene que resolver acerca de la primera relación sexual. En muchos casos ésta será el precedente de la vida sexual futura, tomando en cuenta el pasado adolescente. El joven no quiere que los padres se enteren que desea tener relaciones sexuales o que ya las tuvo, pues no obstante ser hombre, siente vergüenza, aunque en el fondo sienta satisfacción. La satisfacción se da, más que nada, porque hubo alguien que aceptó su pulsión sexual sin hacerlo sentirse malo. Y como los adultos sólo percibimos el morbo y la voluptuosidad de la sexualidad, le atribuimos al adolescente la capacidad de hacer el amor sin afecto, por puro placer. Juan Manuel no tendría relaciones sexuales con su novia hasta que ella estuviera segura de su afecto y él del de ella. Pero eso sí ¡qué preocupación si alguien los veía dándose un beso! porque iban a pensar que él “se la estaba trabajando” para tener relaciones sexuales, mas no porque fuera una expresión amorosa de ambos. Pero ése era el precio que su Yo tenía que pagar hasta que se casaran, porque si se escondían no eran los demás los que iban a pensar mal, sino ellos mismos, o sea que no salían del problema de su propio Superyo, que desde lo más profundo les avergonzaba y les hacía sentirse mal.

La adolescencia no ha terminado sin pasar la época del amor platónico. Ya fue ese Romeo incomprendido por un gran amor en el cual puso en forma desplazada y en el mejor de los casos sublimada, los ideales quiijotescos y altruistas más sublimes, promovidos por la relación incestuosa con la madre o con las hermanas. Por eso el amor platónico es tan necesario para el desarrollo del adolescente —vivido en cualquier fase de la adolescencia, generalmente no se olvida. Si no se ha tenido en lo íntimo del ser un amor platónico, no se ha vivido plenamente la adolescencia, o sea, no se ha dejado de ser adolescente. Pero esta etapa no termina aunque ya se haya vivido ese amor platónico que a tantas novelas y relatos íntimos ha dado lugar, porque el adolescente sabe que tiene que realizarse como hombre, en una vocación y en una ocupación. Llegó el momento de decidir si el dinero, la fama, el poder, el servicio, el arte o la ciencia, son lo más importante en la vida.

¿Cómo gritar que se quiere ser rico y tener todas las comodidades del mundo, pero que también se quiere “ser”? ¿Quién es más feliz, el que tiene o el que es? Respondámosle al adolescente tardío o postadolescente. Digámosle qué es lo que vale más. Y ante la mujer amada digámosle qué es más importante, si el amor de ella o toda su ambición de cualquier tipo —dinero, poder, sociabilidad, fama: deportiva, política, artística, religiosa. ¿Qué es más valioso?

Juan Manuel decidió volverse arquitecto e ingresar a las huestes políticas porque secretamente ambicionaba el poder. Eligió seguir el camino del papá y hacer dinero. Pero en su interior, se decía, nunca iba a descuidar a su esposa e hijos. Se predecía que si él no le daba prioridad a esos valores, en su carrera política iba a estar vacío y con dolores de cabeza, sin ser él si no respetaba su propia jerarquía de valores personales y su propia filosofía de vida. El poder político que parecía que iba a lograr, porque escolarmente lo había demostrado a pesar de los conflictos antes mencionados, y el dinero que parecía iba a tener, aunque fuera por herencia, no iban a tener sentido. Su pregunta era si se podía lograr eso, seguir amando a su esposa, teniendo relaciones sexuales satisfactorias con ella, llenas de placer y encanto, amar a la familia, respetar a sus padres y además tener poder político y dinero. ¿Se podrá en ese orden, vivir y ser feliz? Él, desde lo más íntimo de su ser, lo dudaba, porque

temía que su pulsión sexual y su ambición lo perdieran y lo llevaran a caminos más contaminados e íntimamente insatisfactorios. Es imposible dejar de reconocer el embate de la sexualidad durante la adolescencia, pues es un proceso que la caracteriza. Pero también es importante reconocer que si bien por esencia y por defensa, la sexualidad matiza a la adolescencia, es la búsqueda de la intimidad, de la tranquilidad, de lo dulce, de lo cariñoso del objeto lo que verdaderamente se busca. Para un adolescente, tener relaciones sexuales sin afecto es insatisfactorio; lo deja famélico, no le alimenta. Hay que enseñarle a que antes de saber cómo tener relaciones sexuales, debe saber cómo tener relaciones tiernas, dulces, acompañadoras; esta es una labor artesanal. Qué bueno sería que los adolescentes aprendieran a confiar en los adultos y que éstos estuvieran disponibles para otorgarles esa educación artesanal, donde se les enseñara que el afecto es primero y después el sexo, para que se pueda ser y se pueda tener, como son los deseos de casi todo adolescente normal.

EN LA BISEXUALIDAD MASCULINA, EL AFECTO ES PRIMERO

Doctora Ma. Teresa Padilla Velázquez

En el siglo II, Polemo, en su *Pshisiognomonika* (referido por Thomas Laqueur en la *Construcción del sexo, Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, a partir del artículo de Maud Gleason: "The semiotics of gender: Physiognomic and Self-fashioning in the second century A.D.") estableció cómo la distinción entre sexos sólo podía darse de una manera sutil, a partir de la comparación entre algunos signos apenas visibles y de ahí la dificultad de oponer dos sexos únicos. De ello se desprende, nos dice Laqueur (1994: 104), que según el pensamiento de esa época no se concebía una relación directa entre género y deseo: el cuerpo masculino podía responder eróticamente a un sujeto atractivo, fuese un hombre o una mujer.

El interés de este trabajo es el de estudiar al hombre haciendo énfasis en la teoría de la bisexualidad masculina. Se presenta un caso para ilustrar dicha teoría destacando el ambiente familiar donde se llevan a cabo las identificaciones psicosexuales del hombre con ambos padres, que son las que permiten un desarrollo integral de la personalidad.

Numerosos autores han señalado que hablar de identidad supone la constitución del sujeto en sus dimensiones individual y social y, en esa medida, en una idea más o menos estandarizada que las personas tenemos de nosotras mismas. Sin embargo, la complejidad y variedad de nuestras sociedades implica procesos permanentes de reinvencción, donde las identidades no son las mismas ni permanentes de un ámbito a otro (Butler, 1997).

Los investigadores han dicho que las identidades son algo muy difícil de determinar. Por ejemplo, la identidad genérica "hombre" es en realidad muchas identidades que se ven atravesadas por una serie de atributos, entre los que se encuentra el que el hombre se sienta atraído por lo femenino, definido esto último no sólo o necesariamente en términos de sexo sino de debilidad, pasividad, sumisión o entrega.

Stoller (1974) ha propuesto que debido a la fusión inicial con la madre, el sentido de la femineidad está más finamente establecido en las mujeres que el sentido de masculinidad en los hombres. Ellos, como consecuencia de esa fusión con la madre (una mujer) podrían ser más vulnerables en cuanto a su bisexualidad y más proclives al desarrollo de perversiones.

Después del análisis completo de las fuentes pregenitales y genitales que suponían la envidia del pene y la aversión de sus propios genitales en la mujer, ésta regularmente encuentra una capacidad más temprana para el goce del erotismo vaginal, una afirmación del valor de su propio cuerpo junto con la capacidad para amar sin la genitalidad del hombre. No se cree que la sexualidad femenina normal implique la necesidad o la capacidad de renunciar al pene como genital más apreciado y opina que existen pruebas de que el miedo de los hombres a los genitales femeninos no sólo es secundario respecto de la angustia de castración edípica en los casos más severos, sino que ambos tienen raíces pregenitales. En síntesis, superar el miedo y la envidia al otro género representa, para hombres y mujeres por igual, la experiencia de superar las prohibiciones contra la sexualidad (Kernberg, 1995).

La patología predominante que interfiere en una relación estable y totalmente gratificante con un miembro del género opuesto es el narcisismo patológico por una parte y, por la otra, la incapacidad para resolver los conflictos edípicos en una identificación genital plena con la figura parental del mismo sexo. La patología narcisista es relativamente semejante en hombres y mujeres, la que deriva principalmente de los conflictos edípicos difiere en uno y otro género.

En los varones, la patología predominante de las relaciones amorosas que deriva de los conflictos edípicos toma la forma de miedo y la inseguridad ante las mujeres y formaciones reactivas contra esa inseguridad, como la hostilidad reactiva o proyectada hacia ella; esos factores se combinan de diversos modos con la hostilidad y la culpa pregenitales respecto de la figura materna. Los conflictos pregenitales, en particular los que giran en torno a la relación pregenital, están íntimamente condensados en conflictos genitales.

En los hombres la agresión, la envidia y el miedo pregenitales al sexo opuesto refuerzan los temores edípicos y los sentimientos de inferioridad respecto de ellas; la envidia pregenital a la madre refuerza la inseguridad, determinada edípicamente, de los hombres con respecto de las mujeres idealizadas (Blum, 1976, citada en Kernberg, 1995).

La naturaleza universal de la constelación edípica explica el resurgimiento de los conflictos edípicos en diversas etapas de la relación, de modo que las circunstancias psicosociales pueden inducir la reactivación de la expresión neurótica de los conflictos edípicos y otras veces pueden proteger a la pareja de esa reactivación. Por ejemplo, el fracaso del hombre descompone sus fuentes previas de afirmación narcisista que lo han protegido de una inseguridad edípica respecto de la mujer y de la rivalidad patológica con el hombre y que genera una regresión a inhibiciones sexuales y a una dependencia conflictiva respecto de la mujer, con reactivación de los conflictos edípicos y sus soluciones neuróticas.

La teoría de la bisexualidad ocupa un lugar importante en los postulados del psicoanálisis: todo individuo tiene un componente homosexual que el normal sublima, el neurótico reprime y el perverso asume como directivo de su conducta.

El poder definir quién y en qué momento es bisexual representa un reto ya que, como lo señalan Castañeda (1999) y Padilla (1991), esta cualidad es sumamente variable en un mismo individuo a lo largo del tiempo.

Se tiende a considerar la bisexualidad como un factor biológico y genérico que fundamenta la importancia de la herencia en la homosexualidad. Desde los *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905) Freud siempre admitió la herencia, pero sostenía que ella no daba cuenta por sí misma de los complejos fenómenos que presenta la clínica.

La bisexualidad como hecho clínico es indiscutible, pero es difícil decidir con precisión si debe entenderse como un factor exclusivamente biológico.

Tallaferro (1990) hace una descripción de la hipótesis de Freud sobre la bisexualidad inferida de los elementos anatómicos relacionados con la persistencia de caracteres sexuales del sexo contrario, en las que sostiene que existe en todos los individuos una disposición bisexual originaria que en el curso de la evolución se ha ido orientando hacia la monosexualidad, pero conservando algunos restos del sexo opuesto.

La afirmación de Freud se corrobora en los siguientes datos:

1. Embriológicos.
2. Anatomopatológicos (hermafroditas).
3. Celulares.
 - a) bioquímicos (hormonales) y
 - b) experiencias en vertebrados y mamíferos superiores.

1. Embriológicos.

El principal dato es la cresta genital embrionaria que es en sí indiferenciada, pero da origen a los canales de Wolf, donde se desarrollan los órganos masculinos y los de Muller, que originan los femeninos.

2. Datos anatómicos.

El clítoris de la mujer es un pene rudimentario y el utrículo prostático no es más que una matriz embrionaria, restos de los conductos de Muller en el hombre. Del mismo modo, las bolsas de los testículos corresponden a los labios vulvares y lo mismo ocurre con una serie de glándulas secretoras, que se encuentran en la uretra y también en las paredes vaginales y en las mamas.

3. Datos celulares.

Las investigaciones de Shaudín y Hartman, demostraron la coexistencia celular de elementos pasivos o femeninos y locomotores o masculinos en los monocelulares.

4. Datos bioquímicos.

La propiedad bisexual debe considerarse como uno de los caracteres comunes de casi todas las hormonas sexuales, aunque en algunas de ellas está poco diferenciada; existe una ambivalencia de las hormonas que se manifiestan, por lo que podría hablarse de "efectos cruzados". Asimismo en otras investigaciones se encontraron circulando en la sangre tanto hormonas femeninas como masculinas. González Núñez (1987) en la primera edición del libro "Psicología de lo masculino" explica la bisexualidad retomando a Jung, habla de dos tipos de arquetipos, que son universales y pueden ser culturales, son aspectos ancestrales que podemos traer y lo llama "inconsciente colectivo", uno de los cuales es el arquetipo anima-animus, masculino-femenino: anima-femenino, animus-masculino, donde toda personalidad humana se comporta con características masculinas y femeninas.

La ley de la bisexualidad dice que en todo hombre y en toda mujer, desde lo genético, hay un fundamento bisexual.

La verdadera unión de la pareja es la fusión de dos arquetipos: de la parte femenina del hombre que se une a la de la mujer y la parte masculina del hombre que se une a la parte masculina de la mujer, para hacer una sola unidad.

El otro arquetipo es la familia: el hombre nace dentro de una familia en la que tiene madre o un sustituto materno, hermanas, primas, tías, abuelas, donde los hombres se identifican con las características de las mujeres que les rodean, las asimilan y las hacen suyas.

En el ciclo vital del desarrollo individual se atraviesa por una etapa de homosexualidad que posteriormente se olvida a través del mecanismo de represión. Al paso del tiempo estos recuerdos tienden a surgir en el consciente. Al elegir a la pareja, la represión juega un papel decisivo, en el origen de la pareja y se ve reforzada por la elección del compañero (Padilla *et. al.* 1988).

La posición de la identificación inconsciente con ambos padres es defendida por Kernberg (1995), quien apunta que el gran énfasis social y cultural en la identidad de género nuclear (expresada como un *deber ser* niño o niña) se codetermina por la necesidad intrapsíquica de integrar la identidad personal, de manera que la de género nuclear aglutina el núcleo de la identidad Yoica.

Muy a menudo el compañero siente que ha sido elegido para acentuar la represión del otro y se utiliza con ese fin, puesto que para gustar, debe insistir en tal o cual característica personal. La pareja distribuye los papeles de tal manera que cada compañero debe oponerse al retorno de lo reprimido en su cónyuge.

Como lo señala McDougall (2002) la sexualidad humana es esencialmente traumática y por eso nos obliga a una eterna búsqueda de soluciones. Entre el despertar de otras manifestaciones pulsionales, la satisfacción de deseos sexuales latentes es muy importante. Son muchos los casos en que los componentes homosexuales no encuentran satisfacción dentro de la pareja y entonces cada integrante lleva su propia vida y establece sus amistades en el exterior, porque no existe esa amistad tan peculiar que es el ingrediente necesario de toda vida conyugal. Los componentes hetero y homosexuales buscan entonces objetos diferentes y el componente heterosexual define únicamente la elección del cónyuge.

El número de parejas que parecen estar satisfechas con una falta o una limitación considerable en el intercambio de relaciones heterosexuales es alto como si, al contrario de lo que podría pensarse, el elemento sexual constituye un aspecto secundario de la existencia de pareja. La elección llega entonces a quedar casi totalmente deserotizada y los compañeros tienen entre ellos relaciones casi fraternales (Estrada, 1992).

Debe tenerse en cuenta, por ejemplo, la omnipotencia infantil como importante factor psicológico en el deseo de abarcar los dos sexos, de ser a la vez hombre y mujer y lo mismo cabe decir para la envidia, que no acepta que otros posean lo que uno no tiene. Esta discusión se inserta en la realidad en un problema mucho más amplio, como es el de los modelos biológicos en psicoanálisis.

Atman (citada en Kernberg, 1995) ha señalado que en contraste con la permanencia del primer objeto en los hombres, el cambio de objeto en las mujeres puede ser una razón importante de que, por lo general, a ella les resulte más fácil comprometerse en una relación amorosa estable. Los hombres se inclinan a buscar eternamente a la madre ideal y son más proclives a los miedos y conflictos reactivos pregenitales en sus relaciones con las mujeres, lo que los predispone a evitar los compromisos profundos.

No obstante esta diferencia en el desarrollo de la capacidad para el deseo erótico y el amor sexual, hombres y mujeres tienen experiencias comunes que se derivan de la situación edípica como organizadora fundamental, tanto para los individuos como para todas las áreas de la interacción en la pareja.

Los varones tienen que cruzar el límite final de la identificación con el padre edípico en su capacidad para establecer una relación sexual con una mujer amada y para realizar las funciones de la paternidad y la generosidad en este contexto.

Un hombre y una mujer que descubren que se atraen y se anhelan recíprocamente, que son capaces de establecer una relación sexual plena que les procura intimidad emocional y una realización de sus ideales en la proximidad del otro amado, están expresando no sólo capacidad para circular inconscientemente el erotismo y la ternura, la sexualidad y el ideal del Yo, sino también para poner la agresión al servicio del amor. Una pareja que tiene una relación amorosa realizadora desafía la siempre presente envidia y el resentimiento de los otros excluidos y de las suspicaces agencias reguladoras de la cultura convencional en la que viven.

Así pues, desde su más tierna edad, el hombre sabe que para triunfar en la vida deberá librar combates muy diferentes a los del amor.

Si la pareja puede incorporar sus fantasías y deseos perversos polimorfos en la relación sexual, descubre y saca a la luz el núcleo sadomasoquista de excitación sexual en su intimidad, su desafío a las costumbres culturales convencionales puede convertirse en un eterno eje consciente de su

placer. El abandono conjunto de los tabúes de la niñez puede consolidar asimismo la vida emocional, cultural y social de la pareja.

Estar enamorado también representa un proceso de duelo relacionado con el crecimiento y la independencia, de dejar atrás los objetos reales de la infancia. Cuando se alcanza esta etapa evolutiva, es posible desarrollar la capacidad para transformar el enamoramiento en una relación estable que implique capacidad para la ternura, preocupación por el otro, una idealización más refinada de los niveles evolutivos más tempranos y la capacidad para la identificación y la empatía con el objeto de amor (Kernberg, 1995).

A continuación se presenta el siguiente caso:

Peter, un hombre de 35 años, universitario, lleva una vida que vista desde el exterior y superficialmente evidencia un éxito, tanto profesional como personal. Pero ya en lo profundo y en lo inconsciente, muestra conflictos en su identidad psicosexual al predominar un mayor desarrollo de su parte femenina, lo cual le ocasiona una disminución de sus funciones masculinas, inhibiéndose un funcionamiento dentro de su relación de pareja y en la educación de sus hijos.

Peter es un hombre que manifiesta una conducta bisexual en las diferentes áreas de su vida. El desarrollo de su parte femenina comenzó desde su niñez, ya que se fusionó con su madre, dando por resultado un mayor desarrollo de la feminidad y un estancamiento de la masculinidad.

Retomando lo que dice Stoller (1974), a causa de esta fusión los hombres son más renuentes a expresar su bisexualidad, por lo que pueden caer más fácilmente en una perversión.

A pesar de que el desarrollo de su parte femenina no le causó conflictos durante su niñez y adolescencia, ya que la mantuvo reprimida, sus recuerdos infantiles van acompañados de temores y miedos, lo cual hace pensar que la relación con su madre fue muy perturbada. Peter escuchó en muchas ocasiones durante su infancia y adolescencia que su nacimiento fue esperado con alegría y entusiasmo, principalmente por su

padre, mientras que su madre, desde una postura ambivalente, permaneció varios días en cama por el temor a perderlo. De pequeño casi siempre tuvo miedo cuando lo dejaban solo, lloraba cuando su madre lo mandaba a dormir, a hacer su tarea o simplemente a que saliera a jugar al jardín en compañía de sus juguetes.

De acuerdo con sus vivencias y los relatos que escuchaba, Peter describe a sus padres como una pareja amorosa, responsable y con deseos de superación constante (ambos poseen estudios universitarios).

Considera a su madre como una mujer con actitudes infantiles (como la de permanecer en casa cuando no tenía con quién salir diciendo que era aburrido) y que solamente toma decisiones en presencia de su pareja. La ve como una mujer que desde niña ha sido juguetona (sus juegos favoritos son los encantados y el juego de las cosquillas). Hace labor social en asilos y conventos mostrándose muy cariñosa con las ancianas y las monjas (las invita a comer a su casa, las abraza y besa constantemente, hecho que a Peter le llama la atención). Cuando se encuentra deprimida e irritable discute y regaña sin motivo, pero después se disculpa y se olvida del momento desagradable.

A su padre lo describe como un hombre corpulento, que habla pausadamente pero de un modo expresivo. Viaja constantemente por sus múltiples negocios. Es firme en sus negocios y muy disciplinado en las actividades laborales y familiares que establece. Le gusta reunir a la familia una vez a la semana y solamente ese día hace demostraciones de cariño (por ejemplo, se ríe). Cuando no salía de viaje, desayunaba en casa y si Peter no tenía clases o se encontraba de vacaciones, desayunaban juntos y platicaban de religión, por lo que el desayuno empezó a ser importante para ambos; éstos se hicieron más frecuentes puesto que su papá se mostraba tierno, atento, servicial y le decía que lo más importante en la vida era estudiar.

De acuerdo con la información que le proporcionó su madre, Peter narra que cuando tenía un año de vida fue contratada una nana para que ayudara en el cuidado y educación de los niños en sus primeros años. Al iniciar sus estudios de educación preescolar tuvo dificultades de aprendi-

zaje, por lo que su padre decidió contratar a una maestra de tiempo completo, la cual estuvo al cuidado de su educación. En opinión de la madre, tuvo dificultades para relacionarse con su padre y con sus hermanos mayores; la mejor relación la estableció con su hermana (dos años mayor que él).

Es obvio que las dificultades provienen de las identificaciones inconscientes que tiene tanto con su madre como con su padre. Ninguno de los dos ha mostrado una actitud tal que permita a Peter decidir su identificación psicosexual. Si quiere el afecto de la madre tiene que ser como ella y si quiere el afecto del padre tiene que ser como él, inhibiendo así su propia identidad.

Con un tono de voz triste y apagado Peter relata un suceso de su infancia: a los seis años cuando estaba cursando preprimaria, se peleó con su compañero golpeándolo tan fuerte que lo dejó sin sentido y lleno de sangre. Sus padres, al pasar desapercibido este hecho, no permitieron que Peter adquiriera control de sus pulsiones fuertes y agresivas, incontroladas, sin las riendas de alguna identificación, dado que ésta o el proceso de asemejarse a algo o a alguien en uno o varios aspectos del pensamiento o conducta (Brenner, 1968) posee un papel preponderante en la evolución del Yo.

Entre los seis y 12 años Peter fue flojo pues no recogía sus cosas personales (su ropa, sus libros, sus cuadernos, etc.). Le molestaba asistir a la escuela, pero sobre todo el que sus padres le obligaran a tener maestra particular. Llegó al punto de sentir que no podía tomar decisiones propias, que solamente las mujeres de su casa lo podrían hacer. De esta manera su hermana mayor llegó a desempeñar un lugar especial en su infancia, al acompañarlo a sus diferentes actividades deportivas, sociales y religiosas, se volvió también una fuerte figura de identificación femenina, ya que la identificación no es un proceso exclusivo de la infancia sino que se puede dar en cualquier época de la vida.

Alrededor de los 10 años empezó a tener curiosidad por la sexualidad. En un inicio compró revistas pornográficas, pero cuando los padres se dieron cuenta de este hecho se generó un desasosiego familiar y lo lleva-

ron con un sacerdote, el cual les dijo que a su edad eso era normal. A partir de ese momento la madre se volvió desconfiada y muy enérgica con Peter. Constantemente les pedía a todas las personas que le rodeaban (la servidumbre, la maestra, etc.) que cuidaran el cuerpo de Peter. Cuando éste no estaba en casa ella revisaba todas sus cosas, inhibiendo así nuevamente la sexualidad masculina de su hijo, pues consideraba que podría llegar a tener una perversión. La fantasía inconsciente de la madre sobrepasaba así la realidad de Peter.

A partir de la secundaria fue un buen estudiante, cumplido y atento con sus maestros y compañeros de la escuela. Casi todos los días invitaba a un compañero o compañera a comer para no hacer la tarea solo, lo cual continuó haciendo en la preparatoria y en la universidad. Formó su equipo de trabajo (ya se había instaurado el mecanismo bisexual, sobre la base de la amistad). Asexuado frente a las mujeres y asexuado frente a los hombres, subyaciendo simultáneamente tanto la homosexualidad como la heterosexualidad, pero predominando la actitud amistosa.

Peter y Alondra acuden a solicitar ayuda. Se presentan como una pareja de esposos acoplada y al expresar sus opiniones se muestran sonrientes y respetuosos de lo que dice cada uno de ellos. Durante las sesiones, hablan de sus rutinas establecidas, tanto por el trabajo de Peter como por las actividades sociales de Alondra y la escuela de sus hijos.

Peter es un hombre serio, educado, con actitudes refinadas, muestra los modales de todo un caballero: "Las damas se sientan primero". Habla únicamente cuando se le pide su opinión o se le indica. Hace mucho énfasis en los problemas que se han suscitado desde el nacimiento de su primer hijo y afirma que la relación de pareja es todo un desastre por la rigidez de Alondra; últimamente siempre están en desacuerdo. Para su gusto, ella es una madre responsable pero demasiado perfeccionista, pues todo quiere que se haga como ella dice y a la hora que lo manda. Considera que le pide demasiado: desayunar con los niños, hablarle por teléfono cuando no es localizable por los asuntos de su trabajo, sobre todo cuando va a llegar tarde, desea que la invite a divertirse (llevándola al cine, al teatro, a cenar o a salir con parejas de amigos) y también le pide dinero (para arreglar la casa, comprar ropa a los niños, cambiar el

coche, etc.). Expresa con mucho coraje que le pide cosas que él no puede hacer ni darle en ese momento.

Así entonces no sólo ha inhibido su heterosexualidad, sino que también ha perdido sus dones de compañero, es decir, su fantasía homosexual predomina ante el incumplimiento de su heterosexualidad.

Ambos expresan una gran insatisfacción como padres debido al gran problema que les presenta su hijo. Este es muy inseguro, a pesar de tener ya ocho años, por lo que los maestros opinan que quiere seguir siendo un bebé. No saben cómo ayudarlo a crecer, pues el mismo Peter no creció en su sexualidad ni en su capacidad de sublimación.

Alondra es una mujer que camina con paso firme y coqueta en su arreglo (trae ropa ceñida al cuerpo y el pelo muy bien arreglado, suelto y esponjado). Tienen dos hijos, un niño y una niña, desde su punto de vista, las dificultades y los pleitos constantes son por su hijo, por las frecuentes parrandas de Peter y porque se siente descuidada en todos los aspectos; como mujer y como madre de sus hijos, asimismo ve que Peter se aleja más de ella en la medida en que su hijo crece. Es como si a Peter se le dificultara diferenciarse de su propio hijo y distinguir a su esposa de su madre; prefiere que su hijo se someta, en vez de someterse él a las torturantes identificaciones maternas en el cumplimiento de su heterosexualidad.

Las identificaciones también participan en la formación del Superyo y del Ideal del Yo. Originalmente el Superyo consiste en las imágenes interiorizadas por identificación durante la fase fálica o edípica.

Se casaron a la edad de 25 años (hace 10). La relación que establecieron durante el noviazgo fue de cordialidad y deserotizada. Alondra era buena conversadora, Peter un hombre que sabía escucharla y cada uno realizaba sus propias actividades —trabajaban, tenían amigos y estudiaban—. Todos los días se veían únicamente para platicar y acompañarse en sus diferentes actividades hogareñas (comprar el súper, arreglar sus recámaras, hacer de comer, etc.). Rara vez iban juntos a fiestas, ya que Alondra no toleraba que Peter, al emborracharse, erotizara el ambiente

de forma indiferenciada y se convirtiera en el bufón de la reunión (sobre todo de los hombres), pues cuando tomaba se ponía a bailar solo y se quitaba el saco, la corbata y hasta la camisa; el sentir de ella era que lo hacía no para atraer a las mujeres sino a los hombres. En los primeros dos años de casados existió armonía, no hubo grandes pleitos. Se divertían una vez a la semana, los fines de semana comían con sus familias y podían realizar cualquier actividad siempre y cuando ésta se desarrollara deserotizadamente.

Su primera casa fue obsequio del padre de Peter y los muebles junto con la decoración fue un regalo de los padres de Alondra. Todo les fue obsequiado, ellos —al vivirse como niños— no pudieron obtener lo que necesitaban, requirieron de ambos padres para vivir con comodidades. Peter trabajó en un corporativo, pero al poco tiempo de casado su padre lo heredó, lo cual le permitió tener su propia empresa al asociarse con compañeros de la universidad. Entonces él y Alondra decidieron comprar una casa más grande pues ya habían nacido sus dos hijos y necesitaban más espacio. Peter se decidió a pedir un préstamo bancario para poder comprar la casa nueva, pero en esta ocasión sus padres ya no les ayudaron, por lo que al no tener el suficiente dinero para los arreglos de la casa, hicieron uso irresponsable de las tarjetas de crédito. A partir de ese momento, Peter empezó a tener problemas económicos tan serios que le pidió a su pareja que durante dos años únicamente dispusiera de lo necesario: comida, colegiatura y ropa (solamente para los niños) y que la nueva casa no se amueblara como ella deseaba. Alondra estuvo de acuerdo en todo y se disciplinó, pero la situación económica siguió deteriorándose a tal grado que tuvieron que hipotecar la casa.

Alondra expresa con tristeza que vivieron años buenos, que aunque peleaban y discutían siempre encontraban soluciones. Considera que Peter cambió desde que sus hijos dejaron de ser bebés, cambios que coincidieron con la compra de la segunda casa. Es como si nuevamente él no pudiera crecer, ni ser el padre responsable ni ella la madre cuidadosa. Su bisexualidad no le permite ejercer eficazmente su rol masculino, pues teme inconscientemente que si se comporta como padre protector, la madre se disguste y ya no lo quiera, a la vez que se angustia ante las amenazas castrantes del padre al pensar ejercer el rol materno. Luego,

Alondra le pidió que le ayudara a conseguir trabajo, ya que teniendo servidumbre en la casa las cosas podrían ir mejor. Sin embargo, Peter no puede dar más gasto pues la empresa no se lo permite; sus padres internalizados, con los que se identifica bisexualmente, no se lo permiten.

Dentro de su sexualidad también tienen desacuerdos, Alondra describe su vivencia sexual erótica como sigue: "Peter es un hombre tierno, cariñoso, muy amable y cuidadoso (el afecto es primero), pero todo lo quiere rápido. Yo quisiera que me abrazara, que me besara, que hubiera acción. Que lo sintiera con fuerza, con vitalidad y que se entusiasmara, pero creo que él es así. Ya no sé qué hacer, hago de todo, me compro la mejor ropa sexy, hago strip-tease, pero caray, pienso que no le gusto lo suficiente como para apasionarlo, aunque me deja satisfecha sin mayor excitación".

Peter puede erotizar a la madre-esposa. Durante la sesión de psicoterapia de pareja, él voltea y le dice a su pareja: "No entiendo lo que quieres —él siente que da a la madre lo que ella pidió siempre: que inhibiera su sexualidad—. Tienes una casa como la querías, los hijos que querías y los educas a tu manera. Yo no me meto en tus cosas, tú no te metas con las mías". Expresa con mucho enojo y desesperación que no sabe qué hacer, que ama a Alondra y que desea que sus malos entendidos se solucionen.

En la primera fase del tratamiento Alondra repite una y otra vez que a Peter le falta energía y fuerza, que cuando da una orden o sugerencia a sus hijos le falta entrega, por lo que no consigue que éstos le cumplan. Peter cuestiona su matrimonio por pensar que no desarrolla adecuadamente sus funciones paternas; duda de su masculinidad como esposo y piensa que quizá se equivocó de vocación al recordar la ocasión en la que sus padres lo llevaron con un sacerdote: "Ser sacerdote tal vez sería mejor" (todo en su fantasía se encuentra deserotizado). Consecuentemente continúan disgustándose hasta que en su desesperación propone el divorcio pues acepta que no puede corregir a los hijos, que se desespera con ellos y que no puede pasar mucho tiempo con su pareja, pero que los quiere mucho. Con esto da muestras claras de afecto pero también de falta de identidad, es decir, triunfó la bisexualidad.

Los constantes disgustos entre la pareja se deben básicamente a la pasividad (bisexualidad) por parte de Peter y a la desesperación (incomprensión del problema) por parte de Alondra. Ella lo que necesita es a alguien que la escuche en los momentos de confusión y con quien contar cuando los hijos presenten problemas de bajo rendimiento escolar, de lenguaje o de insomnio y lo único que recibe de Peter son regaños y malos modos como dejarle de hablar o irse de parranda con sus socios. Siempre terminan separándose y recriminándose mutuamente sus errores en la educación de los hijos, por lo que éste se ha convertido en el campo permanente para no hablar de sus propias carencias, insatisfacciones, miedos y afectos. Alondra no posee un inconsciente capaz de empatizar ni con los conflictos de Peter ni con los de sus hijos, pues gasta toda su energía en querer someter y erotizar a su pareja. Este último trata comúnmente de evadir la situación, por ejemplo, al tomar más trabajo (bajo la excusa de que necesitan el dinero) para sentirse exitoso y potente, o mediante conquistas y relaciones sexuales que lo hagan sentirse atractivo, pero sobre todo deseado y querido (como si otros empatizaran con su bisexualidad).

En la segunda fase del tratamiento, Peter y Alondra deciden trabajar sus miedos, su inseguridad y su timidez. Ambos expresan el amor que les despierta el otro, hablan de su masculinidad y de su feminidad. Peter menciona que a veces Alondra actúa como hombre por su forma de caminar, de hablar, por querer ser ella solamente quien mande y eduque y porque lo insulta y le grita, agregando que ya no quiere este tipo de relación. Alondra al asumir actitudes masculinas, no lésbicas, (socialmente temidas por su misma condición) entra en pugna con él por querer representar un rol predominantemente activo en las relaciones sexuales; pudiendo desplazar esa pugna a lo intelectual al tratar de ser más inteligente, saber más o ganar más dinero, inhibiendo así —al igual que la madre— la heterosexualidad de Peter. Por otro lado, la molestia de Alondra hacia Peter reside en la forma deserotizada de las atenciones tan finas que tiene con ella. El que sea educado y cuidadoso en su comportamiento lo hace ver como poco hombre y el que siempre esté acompañado de sus socios lo muestra como un hombre inseguro y miedoso. Una vez más, ella no tolera la bisexualidad latente en Peter.

Alondra decidió trabajar dado que la situación económica de su familia se encuentra en crisis. El hecho de que ella trabaje le permite a Peter sentirse seguro pues desde pequeño (en su infancia) lo apoyaron varias mujeres —su madre, su nana, su maestra, su hermana, etc.— y ahora su mujer también le hace sentir menos pesada la carga de proteger masculinamente el hogar, pues el que Alondra funja como papá le da la pauta para ejercer su bisexualidad.

Peter llega contento a la sesión y manifiesta que las cosas van mejorando, puesto que desde hace un tiempo a la fecha ha podido hacer ejercicio todos los días y ha llevado a sus hijos a la escuela. Menciona que en especial el día anterior se sintió bastante tranquilo, pues sus hijos iban jugando en el coche y de repente se empezaron a despeinar, les llamó la atención pero como no lo obedecieron quiso intervenir Alondra, sin embargo no la dejó y logró dominar la situación. Alondra expresa sonriente que fue agradable que en esta ocasión no haya habido ningún caos dentro del coche, con lo cual lo sintió cerca de ella. De esta manera, logró la cercanía afectiva tanto con el padre como con la madre internalizados: Alondra trabaja y él puede cuidar a los hijos.

Si bien fueron momentos dolorosos los que vivieron en psicoterapia, el amor que se sienten les proporcionó la fortaleza necesaria para modificar sus roles dentro del matrimonio.

Perversa o no perversa, reprimida o no reprimida, la bisexualidad es una realidad en donde se sacrifica la erotización ante el predominio del afecto, pero es preferible gozar de la aceptación y el cariño aunque se falle en la sexualidad u otras áreas.

AMOR E INSATISFACCIÓN SEXUAL MASCULINA

Doctora Jael Alatríste García

El complejo sexual de Peter

El amor surge espontáneamente cuando aparece ante nosotros algo o alguien que nos despierta ese hermoso sentimiento que nos hace vivir, sentir, hablar, pensar, caminar, amar y trabajar. En sí, nos moviliza con tal energía que nada puede detenerlo. Pero ¿qué sucede cuando esto no es así? ¿En qué momento de la vida aparece y cómo es que podemos expresarlo de tal o cual manera y hacerle sentir a los demás, mediante conductas verbales y no verbales, que los amamos, que los pensamos y los sentimos? Nuestra madre o la persona que nos ha cuidado desde el momento en que nacimos nos enseña, a través de su cuidado y su trato, la forma como hemos de amar y relacionarnos en el futuro. Y es así que mientras más amor surja en el intercambio interpersonal, más plenos nos sentimos.

Sin embargo, cuando ese amor materno traspasa los límites hacia un exceso o hacia una carencia, es cuando ese amor se altera y se manifiesta de una forma inadecuada. Aunque cabe señalar que en estas polaridades, tendrá más recursos de ser ayudado el que tuvo más que el que tuvo menos.

Los escritos freudianos remarcan la importancia de la primera fase de dependencia del niño hacia su madre que se acentúa cada vez más, en donde se destaca la necesidad del niño de ser amado. Brown (1987) señala que Eros es fundamentalmente un deseo de unión: ser uno con los objetos del mundo. Eros es fundamentalmente narcisista, enamorado de sí mismo, es decir, el amor narcisista se centra en la propia persona y se extiende al mundo exterior, y para el niño ese mundo exterior es la madre: lo bueno y lo malo, el amor y el placer, el dolor y la frustración. Es decir, el amor se origina en la capacidad del Yo de satisfacer algunas de las pulsiones de modo autoerótico, al obtener placer ante la estimulación de cualquier órgano que luego se transfiere a aquellos objetos que han sido incorporados al Yo, ahora más extenso y expresa los esfuerzos que

mueven al Yo hacia esas personas u objetos como fuentes de placer. Así, la libido humana es esencialmente narcisista, pero busca un mundo que amar, como se ama a sí mismo.

Winnicott (1992) ha postulado una teoría sobre los “objetos transicionales”, los cuales sirven como acompañantes que le ayudan al bebé y al niño a realizar un viaje, por así decirlo, hacia un progreso en su desarrollo. Cuando se da una fijación a la madre como lo comenta Freud (1920) y esta madre es sustituida por otra persona, o sea, cuando otra persona ocupa el lugar de la madre para tener presencia cuando ella se ausenta se le denomina “objeto transicional” (Winnicott, 1992). Estos objetos transicionales permanecen cuando se es adolescente o adulto y sirven alternativamente o sustitutivamente, pero de un modo patológico, considerándolos como fuentes de placer y sustitutos de las personas con las cuales se podría llevar a cabo ciertos placeres, como serían los besos, las caricias, la vida sexual genital que conlleva al orgasmo acompañado de una ternura e infinita gratitud por el don recibido, como lo comenta Rodríguez Cortés (2004), o el simple placer no corporal, como es el de sentirse acompañado, entendido y con quien se puede vivir en todos los planos psicológico-sociales sin necesidad de esos objetos transicionales que sirvieron en aquel entonces como medios para crecer.

Por otro lado, Meltzer (1994) al hablar de los estados sexuales de la mente, la divide en compartimentos del interior del cuerpo de la misma y su referencia a los orificios y a la naturaleza polimorfa de la sexualidad adulta. En las observaciones clínicas con los pacientes podemos observar y precisar estos compartimentos del interior del cuerpo de la madre, cuando la fuerza/debilidad de los pacientes nos permiten formalizar las teorizaciones a través de su discurso, sus conductas y sus sueños, lo que nos va aclarando, a su vez, las partes sanas y la psicopatología subyacente.

El caso de Peter

Peter, como el denominado complejo de Peter Pan, es un hombre que no ha podido crecer. Se trata de un joven, de aproximadamente 31 años de edad, casado, que viene a consulta motivado por los constantes pleitos y

sinsabores que le ha dado su vida conyugal de sólo dos años. Asiste a sus sesiones vestido de una manera que llama la atención, pues pareciera un adolescente temprano de más o menos 12 años de edad. En muchas ocasiones llega de pantalón corto, tenis, gorra y chamarra muy deportiva. Aunque es agradable su apariencia, algo indescriptible se observa en él que parece anacrónico, porque es presente pero es pasado: en un cuerpo de un hombre de 31 años se esconde un adolescente de 12 años.

Es alegre, vivaz e inteligente, pero su alterada vida emocional inunda y avasalla esa inteligencia que él tiene y que pone al servicio de la enfermedad. Tiene un discurso fluido y si no se le detiene puede hablar todo el tiempo, justificando con lujo de detalles alguna observación o aclaración que se le hace durante la sesión terapéutica. Siempre está analizando las situaciones 'porque conoce muy bien a la gente', pero casi nunca habla de una manera reflexiva y auto-observadora de sí mismo, pocas veces menciona a sus padres y no relaciona los eventos que ha narrado con su situación actual, en función de cuestionar su comportamiento; encerrado en su narcisismo, no es capaz de mirarse a sí mismo para preguntarse si él tendrá alguna culpa o tendrá algo que ver con los conflictos conyugales. Es por ello que su adaptación a la realidad se encuentra alterada. Habla mucho y analiza poco, como si sólo asistiera a terapia para ser escuchado. Necesita una escucha atenta y profunda, empática y disciplinada, en donde él pueda sentir que tiene un interlocutor que no es intrusivo y sí es cercano, y que no es otra cosa que una persona sustituta que lo acompañe, que le permita reconstruir y reconocer a una madre más real y menos dañina que pueda ser desplazada o sustituida por la relación interpersonal con su esposa en todos los planos de la convivencia.

Ahora, ante la ausencia de la sensación de una relación real, la persona suplente terapeuta no le da plena satisfacción. Él requiere de su objeto sustituto que, en la edad adulta, ya tampoco le satisface, aspecto que se observa en la relación conyugal, donde se vuelve a repetir la misma sensación pues la esposa no alcanza a hacerse sentir y tampoco es una persona sustituta.

Aunque este paciente muestra en muchas áreas de su vida una conducta adulta, en lo que respecta al área sexual con su pareja, se maneja en ciertos aspectos como un adolescente de 12 años, utilizando ciertas cosas que lo acompañan durante la relación sexual con su esposa. En las relaciones interpersonales con sus padres muestra una conducta ambivalente, pues en ciertas cosas los acepta pero en otros aspectos se conduce con mucha distancia afectiva y resentimiento. Visita en ocasiones al padre y se muestra reservado y crítico con lo que le relata, y en muchas ocasiones deja de oírlo para recurrir a su memoria y escenificar muchos momentos en los que se sintió abandonado y no escuchado por él.

Después del divorcio de sus padres recuerda que pocas veces su padre fue a verlo o, cuando Peter quería hablarle se volvía casi imposible localizarlo. Y en lo que respecta a la madre, él la recuerda apartada y muy metida en sus cosas sin tomarlo en cuenta y, contradictoriamente, en otras ocasiones muy metiche. Cuando recordaba estos eventos se sentía muy triste y al mismo tiempo muy enojado y en esos precisos momentos ya no podía estar con ninguno de ellos y se despedía pretextando algo que hacer. Cuando le habla a la terapeuta de su madre, lo cual ha sido muy pocas veces, relata que podía soportarla por muy poco tiempo pues en el momento en que le empezaba a preguntar por algunos aspectos de su vida, él se sentía muy angustiado y enojado por lo metiche y chismosa que era. Peter comenta que nunca su madre pudo comprenderlo y ni remotamente saber qué le pasaba. Así que ahora de adulto suele visitarla muy poco pues se siente distanciado de ella y tampoco sabe de qué platicar y menos podría entablar una conversación profunda acerca de sus sentimientos o lo que puede pasarle en la relación con su esposa.

En su tratamiento, Peter comenta que se siente muy alejado de sus padres, pues no se siente ni comprendido ni querido y tampoco muestran interés con lo que hace de su vida. En sesión relata con mucho orgullo y lujo de detalles sus aventuras de adolescente. Uno se puede dar cuenta del audaz comportamiento donde exponía su vida en compañía de un grupo de amigos con los cuales se internaban en lugares peligrosos. A veces estos lugares eran oscuros, hediondos e insalubres como los canales entubados de un río, como era su inconsciente. Después de estas extrañas y peligrosas aventuras, llegaba a casa, ya muy tarde para un

joven de unos 14 años y relata que los padres estaban viendo la televisión y sólo se daban las buenas noches sin preguntarle a dónde había ido y por qué no les había hablado. Esas aventuras pasaban muy seguido.

Peter no entiende cómo siendo hijo único, cuando sabe cómo son los padres de sobreprotectores con los hijos únicos, a él no le hicieran caso. Él sentía, en primer lugar, que su madre vivía en un mundo muy aparte del suyo y que con su padre se sentía cohibido y sin confianza para platicarle sus cosas.

Cuando decidió casarse, sólo les informó lo que iba a suceder, repitiéndose en las familias de origen un modelo de relación interpersonal de requisitos por cubrir, matizadas estas relaciones con poca comunicación y mucha distancia, siendo muy parecida la forma de acercarse y comunicarse como se daba con su familia. Una situación parecida se esperaba en el matrimonio y así fue.

Peter relata que nunca se sintió muy cercano a su esposa ni tampoco se sintió comprendido en los dos escasos años de vivir juntos. Hacia su pareja, se sentía muy mal porque no podía obtener una satisfacción plena, por lo que conservaba junto a él ciertos objetos como cosas viejas, malolientes y amorfas como sustitutos parentales que lo acompañaban cuando tenía vida sexual con ella, situación que lo alejaba de una relación profunda que implica una conjunción de elementos como son la ternura, la sexualidad y la sensualidad, aspectos poco desarrollados y poco ensayados en Peter en la relación interpersonal de pareja.

En la relación conyugal él se llama a sí mismo la víctima. Su queja fundamental es que su esposa no lo ama (como en aquél entonces sintió que su madre no lo amaba y que sigue vigente). A él no le gusta que ella visite a su familia pues siente que no la quieren (como él no se siente querido por sus padres) y que no le dan el valor que ella tiene (como el valor de un niño, un joven o un hombre adulto que él deseó y desea tener). Además no le gusta cómo lo besa su esposa y le da asco el olor de ella, es decir, que el tacto y el olfato fueron afectados por la relación madre-hijo en la infancia y que lo contradictorio es que esos objetos sustitutos que lo acompañan en la relación sexual son malolientes, amorfos y

viejos como vivencia a sus padres. A su esposa no la siente apasionada para que lo haga sentir pleno, como no sintió como hijo la entrega tierna y profunda de su madre.

Peter se relaciona con su esposa de manera intrusiva, es decir, se activa en él la identificación proyectiva que tiene que ver con las imagos parentales y cómo se relaciona con las mismas. Es intrusivo en cuanto a que él quiere tomar decisiones que le corresponden a su esposa en relación con su propia familia y da por hecho cómo piensa y qué quiere ella, y cómo debe conducirse con sus propios padres.

Él no se siente querido, entendido ni satisfecho porque —según él— ella no intuye ni percibe qué quiere, por lo que él recurre a su objeto sustituto. En la transferencia Peter le pide a la terapeuta que lo quiera, le pide que lo entienda, que descubra sus anhelos, sus necesidades y, a veces, hasta sus pensamientos. Espera que la terapeuta, como su madre-analista, esté en una actitud no sólo ética y profesional, sino que lo acompañe con un proceder tierno, relajado y gustoso porque si no, pone distancia afectiva esquivando el contacto visual con ella y faltando a sesiones cuando él piensa que no es importante para su analista. Él le pide a la terapeuta que esté muy atenta siempre.

Comenta Zarco (1996) que ciertos individuos viven en una permanente regresión respecto a su vida sexual y afectiva y no son capaces de llegar a la saciedad sexual a través del coito porque compulsivamente intentan, en forma fracasada, lograr la meta sexual infantil: depender de la madre, controlarla o rivalizar con ella. Las metas también pueden ser en ambas pulsiones, libidinales y agresivas, neuróticas, psicóticas o perversas. Al no poder satisfacer una meta sexual adulta, Peter se sentía castrado, o sea, infantilizado. Su funcionamiento Yoico es defectuoso, tiene fallas importantes en la relación con la realidad ya que tiene predominancia la relación con los objetos internalizados del pasado sin discriminarlos de los del presente, así como en la relación de objeto se sigue manteniendo una relación de objeto parcial. A nivel de juicio, el disturbo se manifiesta en la respuesta inapropiada de su conducta sexual y afectiva. Es decir, de lo anterior se desprende que Peter se maneja en la relación interpersonal con su esposa y con sus padres, con conductas indiscri-

minadas dirigidas a figuras parentales pasadas y presentes y con un vínculo con partes o cualidades que representan a las figuras parentales cuando él utiliza esos raros objetos sustitutos en la relación sexual con su esposa.

De acuerdo con lo expuesto en este caso clínico, es preciso aclarar la diferencia entre una concepción de la madre interna que deriva de la imaginación. A este respecto, el material clínico de Peter nos permite observar cómo esas exploraciones audaces por tuberías y cuevas malolientes simbolizan el deseo de explorar ciertas partes orgánicas de la madre. En forma inconsciente, él cree en la teoría de la cloaca: o sea, que los niños nacen por el ano, quedándole la sensación de una madre bizarra que vivencia Peter como sucia, maloliente e intrusiva, de tal manera que él pudo realizar sus muy particulares exploraciones de esa madre interiorizada en su mente para conocerla. Sabemos que los adolescentes de aproximadamente 12 años se rebelan ante una madre que naturalmente, como parte de la educación, promueve hábitos higiénicos, alimenticios y de educación, es decir, se rebelan porque la vivencian dominante, que se inmiscuye en sus vidas, pero uno de los temores más profundos de la adolescencia es que en la fantasía puedan quedar atrapados en el mundo materno.

El trabajo analítico con Peter, en un primer momento fue que él pudiera reconocer y analizar las distorsiones que operaron en su infancia y luego en su adolescencia; que pudiera reconocer que llevaba interiorizada a una madre tan sucia, maloliente e intrusiva como él la imaginaba en esas exploraciones peligrosas, con la finalidad de que, paulatinamente, pudiera imaginarla y transformarla a través de su tratamiento, casi tan parecida en su interior como la persona real que es su madre, pues no era intrusiva, maloliente ni sucia, más bien, se trataba de una madre con eventos depresivos, metida en un mundo esquizoide, es decir, aislada de la relación interpersonal y que cuando se podía conectar con las personas, en especial con Peter, él sentía que lo presionaba con sus preguntas y su cercanía; conflictos que interpretó como indiferencia en muchos momentos e intrusividad en otros. Él creía que su madre no lo quería, aunque no lo verbalizara sino lo guardara en su interior.

El trabajo sobre estos aspectos puede llevar mucho tiempo de psicoterapia psicoanalítica, pues no es fácil que se cambie una perspectiva interior del paciente sobre personas significativas como son los padres o alguna otra figura cercana. Llevar al paciente a que transforme la imagen de su madre implica que éste reconozca y enfrente que lo que él piensa y siente es una distorsión que tiene que ver con la omnipotencia de creer que lo que se piensa o se siente es lo que los otros piensan o sienten. Cuanto más profundos son los estratos de la mente con mayor dificultad se podrán movilizar de una manera transformadora las imágenes parentales.

Retomando algunos de los eventos que narraba Peter, podemos observar cómo esa madre interiorizada como una plantilla se ajustaba y desplazaba en su esposa. Él ya no quería discutir y daba por hecho que no tenía caso porque no llegaban a nada. Desde la omnipotencia (que cree que todo lo puede) y la omnisciencia (que cree que todo lo sabe) Peter ya sabía qué iba a suceder, sin considerar los comentarios y los puntos de vista de su esposa. En su interior distorsionado se trataba de la madre que él creía que no lo entendía ni lo oía o que no le hacía caso, hecho que también desplazaba en la familia de su esposa. Ahora él podía actuar en forma contraria a la impotencia que vivió en su infancia y que por medio de la represión conservó una vigencia inconsciente mostrándose así un hombre sobrecompensador o sea, omnipotente y omnisciente.

En un momento de ofuscación su enojo infantil lo llevó a golpear a su esposa; se sintió muy mal y juró no volverlo a hacer. No sabe por qué perdió el control y mejor se fue de la casa y aunque la extrañaba sentía que las cosas no tenían remedio porque ella no quería entender ni cambiar su forma de ser.

Es decir, Peter cuando era un niño y luego adolescente, no fácilmente accedía a lo que la madre le pudiera imponer como obligaciones reales y alcanzables, considerando que era una madre depresiva y muy metida en sus cosas. Podría suponerse que no tendría la fuerza para que Peter lograra lo que ella le mandaba, sino que tenía que insistir en su educación e imponerse para que él la obedeciera, por lo que la sentía impositiva e intrusiva y si el padre entraba al rescate de la madre, Peter lo entendía como que estaban en su contra.

En cuanto a los orificios corporales se puede observar cómo el orificio oral, es decir, la boca, que es una zona erógena y los orificios nasales, sensibles a los olores presentes y pasados, estaban alterados en el paciente, los cuales se desplazaron hacia la esposa, a la que rechazaba porque no le gustaba cómo lo besaba y no le gustaba su olor, es decir, la fantasía destructiva de una madre interiorizada que mata con sus besos, que huele mal o rechaza con su olor.

Pero, ¿cómo es que Peter vivencia a la madre, desplazada en la esposa? Para él no es bella sino asquerosa; no le gusta cómo lo besa y no la observa con ojos de ternura sino de desconfianza. Esto también es particularmente cierto en lo que se refiere a las áreas más problemáticas de los procesos excretorios y de las pulsiones eróticas genitales, puestas en esos extraños objetos sustitutos que huelen mal, son amorfos y viejos y que usa Peter en la relación sexual con su esposa, es decir, desplazada la relación de su madre con él. Ahora en la esposa, Peter revisita esos momentos, no los piensa, los actúa y sólo acompañándose y oliendo esos objetos sustitutos amorfos, viejos y malolientes puede sentirse unido de una manera distorsionada a su madre de la infancia y de esta manera podríamos observar que la relación sexual con la esposa sólo viene a representar una mezcla del pasado con el presente.

Esos lugares oscuros, malolientes, cerrados y poco concurridos, donde casi no se interna la gente, eran y son anécdotas de un adolescente que, en la vida adulta, se convirtieron en esos objetos sustitutos amorfos, malolientes y viejos.

De lo anteriormente expuesto se desprende, en cuanto al objeto transicional, lo siguiente:

Winnicott (1992) comenta que un trozo de frazada —o lo que fuere— simboliza a un objeto parcial, como el pecho materno porque ocupa el lugar del objeto real, en su ausencia. Pero lo que importa no es tanto su valor simbólico como su realidad interna, es decir, su valor de sustituto materno. El que no sea el pecho (o la madre) tiene tanta importancia como la circunstancia de representar al pecho o a la madre.

De ahí que:

1. El objeto transicional representa el pecho materno o el objeto de la primera relación madre-hijo, que se convirtieron en esos objetos extraños que acompañaban a Peter en la relación sexual con su esposa.
2. El objeto transicional es anterior a la prueba de realidad (es la función del Yo mediante la cual se distinguen tanto las estimulaciones que vienen de dentro del sujeto como aquellas que vienen de afuera). De ahí las alteraciones y fijaciones que Peter mostraba en la actualidad.
3. En relación con el objeto transicional, el bebé pasa del dominio omnipotente (mágico) al dominio por manipulación (que implica el erotismo muscular y el placer de la coordinación). En Peter se quedó fijado el dominio omnipotente (mágico) de la relación con la madre.
4. A la larga, el objeto transicional puede convertirse en un objeto fetiche y, por lo tanto, persistir como una característica de la vida sexual adulta, como lo podemos observar en Peter.
5. A consecuencia de la organización erótica anal, el objeto transicional puede representar las heces, pero no se debe a ello que debe tener mal olor y a no ser lavado. En Peter también estos dos últimos aspectos sí se llevaban a cabo, mostrando conductas exploratorias en lugares malolientes, cerrados y oscuros que representaban aspectos deteriorados y distorsionados de la relación interpersonal con la madre.

Como se puede observar en el paciente, también el objeto transicional se ha vuelto un objeto fetiche que persiste como una característica de su vida sexual en la actualidad y como compañía inanimada (imaginada y corporizada por él) en muchos momentos de su cotidianidad. Muchas veces Peter se masturbaba utilizando a sus objetos transicionales como fetiches y a su esposa la utiliza como acompañante en sus preludios y gozos autoeróticos, donde recrea el compartimento oral de la madre interiorizada. El objeto fetiche cumple la función de su madre ausente que él vivenció y ha vivenciado a través de su desarrollo.

Alatríste (2001) al hablar de las desviaciones y trastornos sexuales considera lo que Mc Dougall (1982) señala al respecto. En los primeros estadios de la vida mental, cada niño responde a lo que la madre desea para él, ya sea consciente o inconscientemente. Una madre puede exigir a la mente y al cuerpo del bebé una serie de demandas, injustificables e inadecuadas. Casos clínicos de pacientes permiten darse cuenta de lo anterior. Hay madres que limpian en exceso a sus hijos no porque en realidad sea necesario, sino porque ellas desean librarse de una insoponible sensación de estar sucias y los bebés también pueden convertirse en objetos contrafóbicos de la misma. Con estas actitudes se protegen de estados depresivos o de angustias subyacentes. Asimismo, muchas madres que tienen hijos perversos los han utilizado como objetos transicionales; en ellas la comunicación está impregnada de su propio punto de vista psicológico, el cual es transmitido a su hijo, dado que ella es la responsable de dar al niño las palabras para las zonas y funciones corporales, del mismo modo que le enseña a nombrar y reconocer los distintos estados afectivos.

Vemos pues, cómo este hombre de 31 años de edad con recursos yoicos, en una forma patológica, pide a esa esposa-madre que lo provea y lo colme de todos esos cuidados que él ha necesitado o ha vivenciado como faltantes en su vida: una comunicación clara y una entrega madre-hijo, un amor pleno, un abrazo cálido y sentido; ser tocado y no erotizado, y limpiado sin excesos; mirado, olfateado y escuchado como parte de sus necesidades básicas, por una madre que tiene una preocupación maternal primaria con la función complementaria de un padre y unos hermanos que se vuelven guardianes (González Núñez, 1998) de los aspectos que también estructuran al bebé, dentro de un ambiente suficientemente bueno, como lo llama Winnicott (1992), donde prevalece y matiza el ambiente el principio de realidad, al mismo tiempo que fomenta la autonomía del niño.

Aunado a lo anterior, Meltzer (1994) comenta que la consecuencia de no manejar estas dificultades pregenitales y genitales es la de no integrar las funciones de la madre, en tanto que influyen sobre la concepción imaginaria que el bebé tiene de ese interior, predisponen a la imagen en tres compartimentos que pueden estar en relativo o absoluto aislamiento en-

tre sí; los bebés internos no pueden acceder al alimento del pecho ni ocupar los pensamientos de la madre; el depósito de basura rectal no debe derramarse en el pecho ni envenenar a los bebés en el genital. Peter no deseó, sino anheló y ha deseado a la madre que nutre y protege y con la cual se puede compartir un mundo interno-externo y todas las experiencias de la relación interpersonal, no a la madre como pareja fantaseada. Su castigo —si pudiéramos llamarlo así— era vivir enclaustrado en ella, porque esa madre que pasaba por momentos depresivos y desconectada del mundo fue vivenciada por él como alguien que no podía acercarse afectivamente y no tuvo la fortuna de ser rescatada por el padre que afectivamente parecía distante y el cual no accedió, a través de la madre, a convivir y rescatar del mundo materno a Peter. Por lo tanto, tuvo que sustituirla por una frazada maloliente, sucia y vieja (frazada = objeto transicional y, en este caso, también fetiche).

González Núñez (1989) comenta que el contacto emocional íntimo satisfactorio, es un contacto confidencial, interior, profundo, seguro, confiado y en comunión con la persona amada (necesitado como en el caso de Peter). Epigenéticamente, la relación íntima con el objeto se conforma mediante el desarrollo individual y el ambiente que lo rodea, donde el padre adquiere mayor importancia en la etapa fálica, es decir, en una etapa donde se internalizan las figuras paterna y materna y donde compete el niño con el padre por el amor de la madre. Si no se resuelve lo mejor posible, predomina en la persona el temor a la castración en la vida adulta.

Y ¿cómo puede ser un hombre realizado afectivamente? González Núñez (2004a) dice que en el hombre bien identificado el paradigma del orgasmo es completo. El orgasmo es vivido como una descarga total plena, catártica, culminante; como el clímax, como la consumación. Como el vaciado o terminación sin quedarse vacío y sin sentirse aniquilado. Es la sensación de plenitud biológica y de plenitud psicológica como hombre. El orgasmo es la reafirmación de la identidad masculina, con lo que se fortalece la personalidad que, a la vez, es el modo en que se descargan angustias y ansiedades que sólo tienen salida por esa vía, y que finalmente satisfizo plenamente o satisfará su capacidad procreativa. El orgasmo pleno no es otra cosa que la consumación tal como la vemos en

el mundo y lleva adherido los conceptos de perfección, justicia, belleza; es una sensación de finalidad en vez de ser un medio.

Por otro lado, el firme establecimiento y clara división en compartimentos pareciera ser la precondition para la evolución de las cualidades mentales de estas figuras parentales integradas como personas separadas, amadas con sus aspectos buenos y malos, comprendidas por sus errores humanos y protegidas en la mente por lo que hicieron por él.

Además emerge en el individuo, la sinceridad, la bondad, la sabiduría, extrapolándose al infinito —hacia la divinidad, la espiritualidad, el compromiso, la trascendencia—, como un hombre completo y satisfecho. Esto en Peter está todavía muy lejos de concretarse, falta mucho por analizar y trabajar para corregir esa relación interpersonal distorsionada madre-hijo.

LA MORATORIA MASCULINA EN EL NOVIAZGO ANTE EL MATRIMONIO

Doctora Adriana González Padilla

En un sentido amplio, la moratoria es un periodo de postergación concedido a alguien que no está en condiciones de afrontar una obligación y necesita tiempo para hacerlo. Es un término que se aplica tanto a hombres como a mujeres. En este trabajo, como el título lo indica, se hablará únicamente de la moratoria masculina. Moratoria es también un periodo de permisividad selectiva en el que el hombre mismo se da un tiempo y un espacio, que puede ser equiparado al proceso secundario; es también un tiempo que la pareja le otorga al hombre, además que la sociedad lo valida.

En la actualidad es común escuchar que los hombres, en ocasiones, quieren esperar para casarse pero, ¿a qué se refieren con este deseo? Se trata de postergar la decisión, ya que sienten que necesitan darse tiempo y que se los den para cumplir ciertos objetivos antes de contraer matrimonio. Es también el postergar un periodo que les sirve para pulir el equilibrio del Yo, pero en específico, para el proceso de moratoria son esenciales las funciones de: relación de objeto, dominio-competencia, síntesis e integración y la función del control de pulsiones y afectos.

El proceso de moratoria lo utiliza Erikson (1980) para describir cómo el adolescente posterga conductas hasta que es capaz de dominarlas. Sin embargo, de acuerdo con la cultura el proceso de moratoria se puede situar en diferentes etapas, esto por que cada cultura tiene sus pautas a seguir. La idiosincracia mexicana considera que el proceso de moratoria se da cuando se acaba la preparatoria y es un tiempo en que algunos jóvenes utilizan para viajar o para realizar la actividad que ellos creen que les va a beneficiar. En la actualidad se sostiene que después de haber terminado la carrera o a la mitad de ésta deciden entrar en este proceso de moratoria. Esto es en relación con volverse responsables y comprometidos con su profesión, para después poder ser productivos en el trabajo.

En el ámbito de la pareja el hombre, como ya se mencionó, pide tiempo antes de tomar la decisión de casarse; esta es el área de la moratoria emocional y de su identificación psicosexual. Los novios solicitan ayuda terapéutica durante esta etapa.

El proceso de la moratoria masculina incluye las conductas y capacidades que el hombre desea postergar para lograr la competitividad y la habilidad para poder contraer matrimonio. Así, sólo se mencionará que el ingrediente que aporta la mujer como pareja es el entender y comprender a qué se refiere su compañero cuando pide tiempo, no es que no la quiera, sino que también ella puede contribuir para que el proceso de moratoria de su pareja sea favorable. A esta conducta Winnicott (1960) la llama de dependencia o sostén. La madre es la primera que da sostén, posteriormente el hombre, por desplazamiento, también lo espera de su pareja, esto es en los primeros meses de vida, que en el momento se equipara a los primeros meses de relación de pareja. En el siguiente paso del noviazgo es cuando además del *holding*, el hombre también revive lo que en las líneas de desarrollo, Anna Freud (1977) llama la etapa de los "terribles dos años", en la que el niño trata de individualizarse de la madre, pero como le cuesta mucho trabajo independizarse tiene sentimientos encontrados o ambivalentes.

En Londres (1996), en el centro de Anna Freud, al asistir a un seminario con la psicoanalista Anne Marie Sandler, condiscípula de ésta, ella enfatizó que en la adolescencia el joven es como un niño de dos años, que se encuentra en un periodo de dominio-competencia, el cual es doloroso, ya que se enfrenta constantemente con el fracaso y es paulatinamente como logra tener éxito. Es así el papel que tiene la moratoria en el noviazgo, el varón trata una y otra vez de entender a su pareja y a sí mismo, como el niño que al principio no entiende, hasta que después logra la función dominio-competencia en la relación con su pareja y se sabe seguro, con una buena autoestima porque logró un noviazgo exitoso que le permite sentirse satisfecho, pleno, fuerte y deseoso de casarse.

En el mismo seminario, Anne Marie Sandler mencionó que para Winnicott (1960) la madurez emocional se logra gracias al papel de la familia, ya que el individuo decide desplazarse hacia otros círculos como es el for-

mar su propia familia. Sin embargo, para poder separarse de su núcleo familiar necesita sentir que su pareja es como en un momento fue su madre, padre o hermanos que nunca le faltaron y que le dieron el sostén necesario, necesita sentir que será recibido con los brazos abiertos por su compañera, que no será rechazado por haber tenido repentinamente ganas de irse de su lado. Es esa seguridad y la moratoria los que permiten al varón conservar este sentimiento sin que la pulsión agresiva lo destruya.

El noviazgo es un proceso en el cual existen frustraciones, fracasos, resentimientos e incomprendimientos. Éste comienza cuando existe la posibilidad de que se abra un espacio para que lo ocupe alguien aparte de los padres y hermanos. El impulso que sentimos para buscar pareja proviene de nuestro interior; el estímulo llega de fuera pero despierta la pulsión que ya está moldeada con base en un prototipo que se ha estado gestando desde nuestra infancia.

Así, Estrada (1992) explica que la formación de pareja es única y enriquecedora, pero que además es difícil y amenazante, porque todos los elementos que antes eran absorbidos por la familia o el grupo tienen que ser manejados en el minisistema que es la pareja. Por eso una relación profunda y de amor verdadero no puede existir en la pareja si no hay tolerancia y un adecuado manejo de los elementos agresivos intrínsecos del hombre, esto es: la expresión de ambas pulsiones, de amor y de agresión. La moratoria es importante porque se aprende a cuándo expresarlas y cuándo esperar, este vaivén es lo que se logra en el noviazgo; se logra la efectividad en la expresión de las pulsiones.

En la actualidad se menciona que tanto hombres como mujeres posponen el matrimonio y que además piden tiempo y espacio para madurar, parece que esto es cierto, parece que el varón mora en cierta área. En lo económico a veces es el que está listo antes, pero en las demás áreas no y esto es lo que puede detener el continuo éxito en su vida de pareja, ya que por la gran presión que se pone en lo económico madura rápidamente, sin embargo, emocionalmente no.

En la moratoria el hombre realiza una síntesis gradual del pasado y el futuro. Puede describírsele como un periodo de autoestandarización du-

rante el cual trata de pulir su identidad sexual, su desarrollo emocional, su creatividad y su productividad. Este proceso sanciona la difusión de la identidad y proporciona certidumbre al hombre; se convierte en un componente esencial y temporal de su desarrollo. Además, es un periodo de compromiso profundo y del propósito de cumplirlo por parte del hombre.

El proceso de moratoria masculina también prepara para la intimidad y selección del futuro cónyuge. El hombre afronta la etapa del noviazgo morando, para hacer una elección compatible consigo mismo y con las oportunidades que ofrece su sociedad, lo cual le concede tiempo, espacio y libertad suficientes, sin negar su ámbito final de orientación y control sobre él.

La moratoria masculina y sus tres áreas principales

La moratoria masculina está constituida por tres áreas principales que durante la etapa del noviazgo permiten al hombre ejercitar:

1. Un sentido de la intimidad: Prerrealización del amor.
2. Un sentido de identificación psicosexual.
3. Un sentido de la creatividad y productividad.

1. Ejercitar un sentido de intimidad: Prerrealización del amor.

González Padilla, en 1994, realizó una investigación titulada "Expresión de afectos en las diferentes fases de la adolescencia". Los resultados mostraron diferencias significativas en cuanto a las etapas de la adolescencia, así como también al sexo. Se encontró que los hombres expresan su afecto de manera distinta que las mujeres y se logró identificar qué afectos son los que se distinguen en cuanto al sexo y a su etapa.

Para el objetivo de este trabajo, únicamente se mencionan los resultados relacionados con hombres que se encuentran en la etapa de las post-adolescencia. La medición se obtuvo con la elaboración de un cuestionario que se aplicó a 1 200 individuos, el cual se validó y confiabilizó de acuerdo con la muestra. El cuestionario de Expresión Afectiva cuenta con cuatro áreas: 1. Afectos que decrementan al Yo, 2. Afectos que mantie-

nen al Yo, 3. Afectos relacionados con los objetos (que en la etapa de noviazgo incluyen a la novia) y 4. Afectos que incrementan al Yo. Aquí se muestran los resultados:

1. Afectos que decrementan al Yo: Siento ganas de suicidarme, me siento humillado.
2. Afectos que mantienen al Yo: Siento que soy respetuoso, siento simpatía, siento que soy sincero con los demás, siento ternura.
3. Afectos relacionados con los objetos: Siento cariño hacia mi familia, siento amor.
4. Afectos que incrementan al Yo: Siento que tengo confianza en mí mismo, me siento optimista, siento que cumplo con mis metas.

Estas cuatro áreas de los afectos influyen de manera diferente en el Yo, por lo que el proceso de moratoria se enriquece, se empobrece o se mantiene de acuerdo con éstos. Los resultados de la investigación muestran que los afectos que decrementan al Yo surgen cuando las cosas no van bien y el joven siente ganas de suicidarse o se siente humillado, éstos se sienten, por ejemplo, cuando en ocasiones no logra sentir que su pareja lo acompaña y le permite la intimidad con ella.

Los afectos que mantienen al Yo como son el sentirse respetuoso, sentir simpatía, sinceridad y ternura, así como los afectos en relación con sus padres y su novia son el sentir cariño y amor, complementados con la función Yoica de dominio-competencia que puede ejercitarse día con día y así el proceso de moratoria será más tranquilo y apacible.

La cuarta y última área del cuestionario, afectos que incrementan al Yo, como son el sentir confianza en sí mismo, sentir optimismo y sentir que se cumple con las metas, se llegan a sentir conforme el proceso de moratoria sigue su curso, cuando ya se dominaron las dos áreas anteriores y se trataron de evitar, en la medida de lo posible, los afectos que decrementan al Yo.

De acuerdo con estos resultados se puede mencionar que durante la moratoria masculina en el noviazgo, en lo que concierne al área afectiva, el hombre mora y practica el sentir con más frecuencia afectos que man-

tengan su Yo y que lo incrementen, ya que a partir de que su Yo se fortalece en la función de control y regulación de afectos, la función Yoica de dominio-competencia cobrará más fortaleza y así sobre la base de satisfacción del proceso de moratoria tendrá éxito. Además, por medio de esta ejercitación logrará tener una intimidad con su pareja y sentirse pleno y comprendido.

González Núñez y colaboradores (1997) mencionan que los adultos, jóvenes o maduros, no tienen el recurso de compartir la intimidad de los sucesos afectivos; actúan con precaución, ya que así alimentan su mundo interior que pertenece tan sólo a cada uno de ellos, pero corren el riesgo de evitar expresar y compartir los sentimientos propios, lo cual puede cultivar grandes dificultades en la vida de la pareja.

Así, el objetivo emocional de la moratoria sería lograr una intimidad para poder expresar y posteriormente ejercitar afectos como son: la ternura, simpatía, amor, optimismo y confianza en sí mismo. Este aspecto está íntimamente ligado con el de identificación psicosexual. Para lograr esta intimidad es esencial que durante el noviazgo el hombre pueda lograr la genitalidad y que controle sus envidias hacia la madre, para que después no las desplace en la pareja.

2. Ejercitar una identificación psicosexual.

Durante la etapa del noviazgo los hombres están tratando de resolver finalmente la envidia que pueden sentir hacia la mujer.

Es característico en ellos la agresión, la envidia y el miedo a las mujeres, que reeditan los temores edípicos y los sentimientos de inferioridad respecto a ellas.

Los varones se sienten más seguros cuando, así como consiguieron un amigo íntimo, consiguen una pareja que da cabida a sus fantasías masculinas. Si ésta se presta para hablar y ayudarlo a resolver posibles dudas en la identificación y sus envidias masculinas por la dependencia femenina, colabora con él a pulir su identificación.

En México al hombre se le empuja a que no se quede con la primera pareja que tenga, sino que se le invita a probar con muchas para que escoja bien. En el proceso de moratoria ya no será necesario probar con muchas hasta que resulte, sino que se siente el deseo de tratar con ella misma morando y desarrollando la capacidad de estar en pareja.

3. Ejercitar un sentido de productividad y creatividad.

El sentido de creatividad y productividad empieza a gestarse, como menciona Anna Freud (1977), desde la infancia; comienza desde el uso del cuerpo, el juego con juguetes y con personas, hasta llegar al trabajo. Cuando el niño de dos años está aprendiendo a manipular objetos y personas, se enfrenta con el ejercicio de la capacidad de dominio-competencia. Al lograr esta función, de los tres a los ocho años, el juego ayuda a la expresión de la masculinidad y creatividad; así obtendrá una sensación de placer y gratificación que ayuda a construir una buena autoestima. En un futuro, el hombre post-adolescente y adulto temprano puede recordar el placer y continuar ejercitando su capacidad, pero ahora en un ambiente específico, como es en su profesión y trabajo. El proceso de moratoria tendrá como función que éste tenga paciencia y tolerancia, así como la tuvo a los dos años antes de comenzar con dificultades hasta que logró el dominio de la actividad.

El proceso de moratoria en el área de la creatividad y productividad ofrece tres habilidades específicas al hombre:

1. Controlar, inhibir o modificar pulsiones cuando se le dan materiales o trabajos a los que ya no maltrata y los usa positiva y constructivamente para planear, aprender y compartir.
2. Lograr planes preconcebidos y poder posponer el placer inmediato, en el cual intervienen frustraciones, para que finalmente pueda aparecer el resultado placentero.
3. Pasar del placer pulsional al sublimado, con un alto grado de neutralización de la energía empleada, además de utilizar el proceso secundario en lugar del primario, es decir, se aprende a demorar la satisfacción inmediata de las necesidades pulsionales de acuerdo con el principio de realidad.

A continuación se presenta un caso en el que Rodrigo expresa sus dificultades en su proceso de moratoria y su pareja, Joana, no lo comprende.

Rodrigo es un muchacho de 22 años que acude a consulta, ya que terminó la relación de pareja que había tenido durante cuatro años y desea mejorar su relación interpersonal con su novia. Rodrigo terminó la relación con Joana ya que ella había incrementado sus celos, incompreensión y falta de paciencia. Él, al desear volver con ella, también de 22 años, reflexiona que la quiere y desea casarse, pero existen dificultades fuertes como son sus resentimientos que no pueden aclarar, dudas permanentes y celos. Ella lo presiona para casarse y menciona que en un principio no le importaba esperar, pero conforme pasa el tiempo está menos dispuesta a la espera. Rodrigo no se explica esta actitud, y si Joana sigue tan poco tolerante él, se puede arrepentir de casarse. Comenzó a dudar, porque se siente desilusionado, incapaz de explicarle a ella lo que siente, por lo que se percibe incompetente pues su relación de noviazgo empeora.

Rodrigo es el primogénito de su familia, cuando él tenía cinco años sus papás se divorciaron y se fue a vivir con su padre y su nueva esposa, con la cual él tiene otro hijo. Después de siete años de matrimonio su padre se volvió a divorciar y nuevamente se casó, ahora con una mujer mucho más joven que él. Rodrigo decidió irse a vivir solo a partir de este nuevo matrimonio. También interrumpió sus estudios, pues no sentía deseos de seguir con la disciplina, además que se le presentó la oportunidad de comenzar a trabajar en un negocio propio, del cual tiene que aprender su manejo, ya que en un futuro será suyo. Él desea ser el director del negocio, sin embargo se siente muy preocupado debido a que las exigencias que se le presentan son complejas, pues él solo comenzó con este empleo hace un año. Rodrigo expresa deseos de ser independiente, sin embargo también sabe que en estos momentos su función es estar disponible de acuerdo con las necesidades del negocio, aunque a veces se confunde y siente que está siendo disponible en todos los sentidos sólo para cumplir con las necesidades de su padre y no con las del trabajo y personales.

Es así como Rodrigo necesita de un proceso de moratoria ante el trabajo, ya que requiere ejercitar sus capacidades (función de dominio-competen-

cia) además de mejorar su identificación con su padre. Sin embargo, no es ahí donde se manifiesta con magnitud el deseo de aprender a postergar, ya que aunque en lo superficial sí se da cuenta de la espera, su fracaso ante el estudio no le permite lograr ser competente. Rodrigo se vio seducido por la ambición de tener un negocio propio, pero los problemas con su padre, el estudio, el trabajo y su novia, muestran que no está listo, no es que no sea capaz, sino que le falta un tiempo. Es decir, en el proceso de moratoria él necesita fortalecer el área de identificación psicosexual, de productividad y de creatividad que a su vez se vieron alteradas en la edad en que se divorciaron sus padres.

Rodrigo está pasando con dificultades el necesario proceso de moratoria, lo que le causa muchos problemas con su novia; ella siempre se queja de tener que someterse a los deseos de su suegro. Considera que esto le dificulta su vida de pareja. Él menciona que ella a veces también se desespera, ya que siente que es por su padre que él no decide casarse, y no se da cuenta que lo que necesita Rodrigo es que lo acompañe mientras que él, en su proceso de moratoria, puede retomar sus estudios y sentirse de nuevo pleno con ella.

Rodrigo dice que durante su noviazgo con Joana aprendieron a quererse mucho y a amarse, que crecieron juntos y que antes eran las cosas más fáciles, podían compartir más tiempo juntos, salían y se acompañaban en sus diversiones, lo que hacía uno hacía el otro, pero desde que él comenzó a trabajar ya no puede complacerla como antes y ella se molesta cada vez que él tiene una junta o un compromiso social con algún cliente. En verdad Joana no se da cuenta de que este proceso de separación y de moratoria es para que Rodrigo pueda completar su identificación psicosexual. Ella no lo tolera en esos momentos como lo hubiera hecho su madre cuando estaba en la etapa de los terribles dos años, no tolera su agresión inherente y cuando lo recibe lo hace con una actitud negativa, situación que a él lo desespera.

En una ocasión Joana llegó a visitarlo a su negocio, ya estaba dentro de sus planes que ellos iban a ir a comer juntos y así fue, pero en el camino ella le preguntó: "¿Ya ordenaste la comida?", y el respondió: "No, no tuve tiempo, estaba ocupado atendiendo a unos clientes".

Es cierto eso, pero fue usado por Rodrigo para encubrir su dificultad en su identificación sexual porque es función femenina el tener la comida lista. Joana, ante esta situación, se frustró y rompió en llanto furiosa, reclamándole que por qué si él ya sabía que iban a comer juntos en su casa no había tenido tiempo de avisar. Él se enojó en un primer momento y después le dijo a ella: "Bueno, ahorita hablo, lo único que va a pasar es que vamos a esperar un poco, pero tú con tus gritos y reclamos me quitas las ganas de estar contigo". Llegaron a casa de Rodrigo y lo primero que pasó es que su padre le habló diciéndole que tenía que regresar al trabajo porque había llegado un cliente, al mencionárselo a Joana ésta se molestó más, pero se quedó a esperarlo. Él fue al negocio y cuando regresó ella estaba furiosa, no logró tranquilizarse; no dejó que Rodrigo resolviese la identidad en la identificación con su padre. Él ya había olvidado el incidente y regresó tranquilo, satisfecho de su trabajo y deseoso de compartir con Joana el resto de la tarde, sin embargo ella se salió de la casa y se perdió por dos horas caminando por los alrededores.

Este incidente en la relación de ambos entorpeció el logro de la intimidad. Cuando Joana regresó, él estaba viendo la televisión en un cuarto, ella se fue a otro, y los dos tuvieron que esperar horas para volver a dirigirse la palabra de nuevo. A Rodrigo se le dificultó acercarse a Joana y explicarle que no tomara esa actitud, ya que él la deseaba y le gustaría poder divertirse de nuevo con ella como antes lo hacían. Así como a él le costó acercarse a Joana y buscar una forma creativa de hacerlo, también se le dificultó entre los tres y ocho años recorrer el camino del jugueteo con muñecos, pelotas, aviones, así como tampoco pudo aprender a compartir sus juguetes con los demás, y dado los divorcios de su padre, no logró sentir que éste estaba ahí para protegerlo y acompañarlo, por lo que Rodrigo sintió humillación, falta de amor y cariño, así como falta de optimismo para cumplir la meta de compartir en ese entonces con su padre. Actualmente con su novia desea pasar una tarde agradable, llena de optimismo, amor y creatividad. En estos momentos él siente que no es productivo, ya que ni siquiera sabe cómo hacer una tarde divertida.

Ante este tipo de malos entendidos, que son frecuentes, él siente que debe esperar para tratar de mejorar la relación con su novia, ya que su noviazgo no es algo que lo satisfaga, él no puede decidir casarse.

Rodrigo es un hombre que tiene conflictos, ya que no ha podido resolver su situación laboral, no en lo económico sino en cuanto a adquirir la función de dominio-competencia en su profesión. También en cuanto a la relación de sus padres necesita sentirse tranquilo. Estos son conflictos que vive permanentemente, sin embargo existe el deseo profundo de casarse con Joana ya que la ama. Esta moratoria masculina ante el matrimonio es el proceso en que puede prepararse para decidir casarse, ya que le podría ofrecer el sentimiento de sentirse pleno y seguro de completar su identificación psicosexual y su capacidad de productividad junto con una mujer que puede aprender a valorar sus acciones y tolerar las separaciones, así como ofrecerle un sostén que significa acompañarlo en su proceso de moratoria.

Este joven también desea que en su tratamiento se le acompañe en esta moratoria, la cual es el ejercicio constante de todas sus capacidades como hombre, que aprenda a comprender sus propias dificultades y que pueda así, poco a poco, cumplir con lo que desea para su vida y casarse con su novia.

La moratoria masculina en el noviazgo ante el matrimonio es una etapa en la cual, por un lado, se postergan decisiones. Es un proceso de preparación intrapersonal para el matrimonio, mediante el cual el hombre se alista para asumir su papel de esposo, así como también se libera de otros vínculos y modifica su forma, cuando la naturaleza de tales lazos podría entrar en competencia con el nuevo vínculo amoroso; es una adaptación a los tipos de gratificación recíproca que evoluciona cuando se constituye la pareja.

En el transcurso de la moratoria se alcanza la adultez psicológica, que implica un crecimiento continuo y un tiempo sociopsicológico consagrado al estudio o al trabajo en una carrera, así como a la intimidad con el otro sexo, a fin de elegir un compañero para la prolongada relación íntima del matrimonio.

Después de estudiar la moratoria masculina también se invita a las mujeres a darse cuenta de este proceso de moratoria, ya que ayuda a conservar y vivir su proceso de moratoria femenina y respetar la de sus parejas.

AMOR, SEXUALIDAD Y PATERNIDAD

Doctor José de Jesús González Nuñez

La psicología y el psicoanálisis se han dedicado mucho tiempo al estudio de la madre y han estudiado poco al padre, mucho menos su relación de amor y sexualidad. Por tradición, nunca se ha considerado al padre comprometido en el cuidado del hijo, sino paseando nerviosamente por la sala de espera durante el parto, no ha cambiado jamás un pañal y no ha preparado nunca un biberón. Menciona Parke (1981) que el hombre se ha mantenido siempre a una cierta distancia del cuarto de los niños y ha dejado la responsabilidad de la crianza del hijo casi por completo a la mujer.

En el Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, A.C., la paternidad ha sido una línea permanente de investigación. Este libro continúa esta exploración científica y esperamos que pueda llevarnos a dar frutos prósperos sobre este tema, pues la figura del padre dentro de las teorías psicoanalíticas siempre ha sido considerada en segundo término.

En este desarrollo histórico hay dos teóricos que han desempeñado papeles de particular importancia: Freud (1905) el psicoanalista, y Bowlby (1990) el etólogo británico.

Según Freud (1905) existen diversas gratificaciones asociadas con distintas zonas del cuerpo (boca, ano, genitales, etc.) que adquieren importancia en diferentes estadios del desarrollo. Así por ejemplo, Freud pensaba que la zona oral y las actividades relacionadas con comer, succionar, morder y tragar son más importantes en el lactante. Dado que era la madre quien habitualmente alimentaba y cuidaba al bebé, Freud le otorgó un papel de primer orden en el desarrollo infantil y creía que la relación del lactante con la madre configuraba significativamente su ulterior personalidad y sus relaciones sociales. El padre era casi ignorado (Parke, 1981), por lo que Freud no le concedía influencia sobre el hijo lactante. El padre ocupa un lugar en la teoría freudiana del desarrollo, pero sólo en un ulterior periodo de la infancia.

Freud (1905) hizo una psicología centrada alrededor de la figura de la madre. Ella es la primera persona que le da sentido, cuidado, amparo y protección al bebé. Y de la forma en como esta madre cuida, apoya, alienta y permita la expresión de las cualidades innatas de su hijo, éste llegará un día a la consolidación de una personalidad sana. En la teoría freudiana el padre no entra en acción sino hasta la etapa edípica, entre los tres y ocho años, como un personaje lleno de misterio, al cual se le anhela por necesitado y se le odia porque es para el hombre un rival, y lo es porque el niño va a pelear el cariño de la madre con él. También es la madre alrededor de la cual giran los primeros actos amorosos y sexuales que le dan sentido y fe a la vida. Para Mahler (1975) el niño forma una unidad somatopsíquica con ella y se establece una simbiosis tal, en la que no hay límites; no hay una diferenciación física ni mental con ella. El padre entra en la relación con el hijo en la salida del periodo simbiótico con la madre. El padre viene a establecer con él, si es que así se dio, una simbiosis como con la madre. El proceso de separación-individuación termina como a los tres años ocho meses. En este periodo de separación-individuación con la madre, el padre tiene que estar preparado, desde mucho antes, para la posibilidad de un encuentro. Alrededor del año, antes de la etapa edípica, recibe al hijo en una simbiosis, con un estilo muy semejante al que el niño tuvo con la madre. Para Fairbairn (1962/1992) es igualmente la madre el primer objeto de amor, de odio y de sexualidad. Sostiene que el niño, en un inicio, va a tener con el padre un estilo de relación muy parecido al que estableció anteriormente con la madre. Se necesita de la colaboración, por así decirlo, de ambos: padre e hijo; para que el padre con su propia personalidad, con su propia influencia, colabore a un enriquecimiento en las formas de relación, y se necesita de un hijo que esté dispuesto y sea capaz de recibir esas influencias en forma adecuada, para que así se establezca un nuevo estilo de relación con el padre.

El punto de vista de Bowlby (1990) acerca del desarrollo en las primeras etapas de la vida difería del de Freud, pero el resultado final era el mismo: las madres constituían las figuras más importantes durante la época de lactancia.

Ahora, si seguimos a Winnicott (1965) tendríamos que tomar en cuenta su concepto de objeto transicional. Si el padre se integra a la tríada edípica, llega a representar una relación interpersonal muy importante para el niño y propicia la relación de objetos transicionales normales. Sin embargo, es frecuente que un niño que ha necesitado de objetos transicionales en la relación con la madre, esto es que ha necesitado poseer un objeto transicional para conservar a la madre e identificarse con ella, también lo utilice con el padre. Pero es frecuente que suceda lo que Mc Dougall (1989) describe como objeto transicional patológico, es decir, un objeto transicional que no funciona como tal, pero que tendría las funciones defensivas transicionales de no haber podido crear una imagen del padre internalizada adecuada o tener la función de no poseer una imagen de la madre internalizada adecuada, lo que se determina como objeto transicional transitorio patológico.

Así, se puede continuar hablando de los distintos autores y de la función que le dan al padre: para Klein (1976) por ejemplo, el padre es muy importante en la etapa depresiva. Es una persona que puede ayudar a que el niño pueda reparar sus fantasías destructivas hacia la madre, el padre o hacia cualquiera otra persona que le sirva como objeto, a reconstruir lo dañado, basándose en las identificaciones con este padre protector, guardián y no nada más impulsivo.

En el campo psicoanalítico, la noción de padre está cargada de una connotación muy particular. El padre al que nos referimos permanece sustraído en ciertos aspectos a la acepción común que nos hacemos de él inicial y cotidianamente, como agente de la paternidad ordinaria.

La localización de la función simbólica del padre en relación con la existencia contingente del padre real determina una de las bases fundamentales de la clínica psicoanalítica. No habría prueba más convincente que el recordar que la edificación del padre simbólico a partir del padre real constituye la dinámica misma que regula el curso de la dialéctica edípica y, con ella, todas las consecuencias psíquicas resultantes.

Conviene examinar asimismo, los principales momentos de esta dialéctica, que contribuyen a una edificación semejante, sin la cual la función

paterna será inadecuada para promover la estructuración psíquica del niño hacia un umbral de potencialidades nuevas.

Menos que recorrer los arcanos que ordenan el curso de la dialéctica edípica en sí, se trata de poner el acento sobre la problemática paterna que interviene en dicha dialéctica. Esta problemática debemos entenderla como la sucesión lógica de las investiduras diferentes de que es objeto la figura paterna (Dor, 1989), y que señalan en la dinámica edípica otras tantas incidencias decisivas para la estructuración psíquica del niño. Tal es, sobre todo, el aspecto de la metamorfosis simbólica del padre que vamos a enfatizar.

Estas diferentes elucidaciones, propuestas por Lacan (Fages, 1973), pueden ordenarse según cuatro líneas directrices esenciales, que dan perfecta razón de la función exacta cumplida por la instancia paterna en el proceso edípico:

1. La noción de función paterna instituye y regula la dimensión del complejo de Edipo (dimensión conflictual).
2. El desarrollo de la dialéctica edípica requiere, con toda seguridad, la instancia simbólica de la función paterna, sin exigir por ello la presencia necesaria de un padre real.
3. La carencia del padre simbólico, es decir, la inconsistencia de su función en el curso de la dialéctica edípica, no es de ningún modo coextensiva a la carencia de padre real en su dimensión realista.
4. La instancia paterna inherente al complejo de Edipo es exclusivamente simbólica, puesto que es metáfora.

No sólo en el psicoanálisis se le ha dado prioritaria importancia a la madre; también en la mitología griega (De Ballester, 1987) la madre ha sido prioritaria. En la mitología griega el mundo se formó en la siguiente forma: primero y antes que nada solo existía Gea, la tierra y poco a poco se fue formando el cielo o sea Uranos y un día determinado, Urano fertilizó la tierra con la lluvia y así fue como nacieron los primeros seres del mundo. Entre esos seres nacieron Cronos y Rea, que eran hermanos y en una alianza entre ellos destronaron a Urano, castrándolo para quitarle su poder. La importancia que tiene este hecho es que primero fue Gea la

tierra, la madre, la que sola procreó a los primeros seres del mundo. El cielo, el Urano que la fertiliza, viene en segundo término cuando Cronos destrona a Urano y lo castra, toma el poder y al tomar el poder, Cronos establece el concepto del tiempo, como si en Cronos se formara el primer concepto de límites. Cronos, el Dios del tiempo y del límite, podría representar esta figura del padre que en un principio fue un hijo parricida; posteriormente Cronos obtuvo su castigo: necesitaba comerse a sus hijos para que así no fuera a ser castrado por ellos, como él castró a su padre, pero su esposa Rea no pudo consentir que Cronos continuara siendo un padre filicida que se comiera a todos sus hijos; entonces escondió a uno de ellos, a Zeus. Ya en la adolescencia Zeus se volvió un escanciador, un servidor del vino del Dios Cronos, y un día Zeus le puso un vomitivo en la copa de vino y Cronos no tuvo menos que vomitar a todos sus hijos y así fue como también en un acto parricida, Zeus derrota a su padre. Pero éste toma las características de un Dios racional, sistemático, que da apoyo. Para siempre Zeus permaneció en el Cenit del Olimpo hasta que apareció el cristianismo. Como puede verse, no sólo en el psicoanálisis, sino también en la mitología griega, primero fue la relación con la madre y posteriormente con el padre; primero fue el amor hacia la madre, luego fue el amor hacia el padre. Este amor hacia el padre siempre ha sido ambivalente: es un padre anhelado y deseado, pero también es un padre odiado que tiene que ser destronado por los hijos varones.

Si bien es cierto que en general todas las teorías sobre la paternidad le dan prioridad a la madre, en ningún momento se deja de reconocer que también tienen importancia en la vida emocional de las personas: el padre, los hermanos, y cualquier figura significativa para la persona.

En cuanto a la formación intrapsíquica del padre, esta figura se forma por lo menos en cuatro pasos:

- a) a base de una fantasía arquetípica (protofantasía). Posición totalmente teórica, difícil de comprobar clínicamente.
- b) En base a los mensajes preverbales, por parte de la madre, que involucran fantasías, tendencias, temores, ideas y cualquier otro contenido inconsciente que posea la madre acerca del hombre, del

esposo o de su propio padre que influyen en la formación de la imagen del padre.

- c) De las fantasías que el propio niño posee, fantasías propias de su funcionamiento, provenientes de su desarrollo, y finalmente
- d) De la relación directa del niño con su propio padre. Este contacto directo ratifica o rectifica los pasos anteriores. A veces, aunque el contacto directo con el padre sea intenso, no es capaz de corregir alguna de las fases anteriores porque se quedaron fijadas fuertemente en la mente del niño.

Funciones del padre

En general se han considerado como funciones paternas las siguientes (González Núñez, 1996):

ÁREA DE LA PERSONALIDAD	FUNCIONES
Biológica	<ol style="list-style-type: none"> 1. Contribuye con su gene X ó Y. 2. Contribuye con su careotipo. 3. Puede o no contribuir con la manutención biológica de los hijos
Psicológica	<ol style="list-style-type: none"> 1. Ayuda a fortalecer el juicio de la realidad. 2. Brinda protección psicológica. 3. Absorbe las cargas agresivas de la madre y otros hermanos y hermanas, si los hay. 4. Absorbe las cargas sexuales de la madre y de los hijos. 5. Ayuda a la formación de la identidad. 6. Es una persona disponible para captar la simbiosis de los hijos cuando éstos han pasado ya por la simbiosis con la madre. 7. Es una persona que ayuda a los hijos a pasar de la fase esquizo-paranoide a la depresiva. 8. Ayuda a la superación de la soledad, la vergüenza, la culpa, los celos y la envidia. 9. Ayuda a superar las fases oral, anal y fálica. 10. Puede ofrecerse como objeto transicional.

Social	<ol style="list-style-type: none"> 1. Ayuda a crear un modelo de sociabilidad y de relaciones interpersonales profundas con sus seres queridos. 2. Ayuda a establecer una buena relación en la edad adulta en las relaciones laborales con jefes, sin entrar en conflicto de autoridad. 3. Ayuda a los hijos a formarse una filosofía de la vida y a hacer un adecuado uso del ocio en lo social.
Interpersonal.	<ol style="list-style-type: none"> 1. Ayuda a crear un modelo de comunión, comunicación íntima con los demás.

Pero como se ve, todas estas funciones parten de su proceso consciente y al parecer están bajo el control del proceso secundario. O sea, quedan bajo el control consciente del Yo o, por lo menos, preconscious. Se infiere que algunas de ellas tienen una fuerte raíz inconsciente.

Sin embargo, para el ejercicio del amor y la sexualidad, el padre va a servir de poste y de identificación para el hijo, no sólo por estos aspectos conscientes sino, sobre todo, por la influencia que el inconsciente del padre ejerce sobre la formación y ejercicio del amor y la sexualidad. Existe en el inconsciente del padre una forma de funcionar tal, que al igual que con la madre, primero fue el amor y luego la erotización o sea la sexualidad.

A continuación se revisa la naturaleza de lo inconsciente.

El inconsciente es para el psicoanalista un sistema en constante evolución y cargado de energía psíquica dinámica (Brenner, 1968). No se le puede conocer directamente, en realidad; se le conoce por sus expresiones conscientes y a través de sueños, pruebas proyectivas, actos fallidos, hipnosis, estilo de vida y psicoanálisis. El inconsciente es el verdadero psiquismo.

Zweig (1972) en su libro *La curación por el espíritu*, dio un ejemplo sumamente claro que evidencia su comprensión del inconsciente. El inconsciente, dice, no es un residuo de la psique, sino por el contrario, su materia prima, de la que sólo una porción pequeña alcanza la concien-

cia; pero la parte principal de la psique, el inconsciente, que aparentemente no se manifiesta, está en constante dinamismo. El inconsciente, dotado de vida y acción, influye en forma afectiva sobre los pensamientos y sentimientos. La existencia del inconsciente también se manifiesta por el contenido y forma de actuar de la persona. Dentro de los contenidos se encuentran los equivalentes pulsionales y la representación de hechos, objetos y de órganos.

Un equivalente pulsional se expresa por medio de modificaciones motoras y secretoras y se vive como una emoción agradable. La pulsión agresiva se traduce y se vive como enojo, coraje, rabia. De acuerdo con la postura de Freud (1920/1981) los equivalentes pulsionales son las emociones, las emociones son el elemento que es posible captar a través de las modificaciones de la parte formal de la persona y son expresiones de los contenidos inconscientes.

Al modo de actuar del inconsciente se le denomina proceso primario. El proceso secundario es propio del preconscious y del consciente y se rige por el principio de realidad. El proceso primario —que se caracteriza por la descarga inmediata de la pulsión, no sólo a través del afecto sino también del pensamiento y la acción—, tiene sus propias reglas que por supuesto no siguen las leyes de la lógica.

El inconsciente se caracteriza (Tallaferro, 1995) además por: a) ausencia de cronología; b) ausencia del principio de contradicción; c) lenguaje simbólico; d) igualdad de valores para la realidad interna y la externa con predominancia de la primera; e) predominio del principio del placer; f) funciona mediante el desplazamiento; g) emplea la condensación; h) usa la proyección; i) recurre a la identificación; j) utiliza la simbolización.

Funciona también mediante los mecanismos utilizados en forma inconsciente en los sueños:

1. La dramatización
2. La condensación
3. El desdoblamiento y la multiplicación
4. La inversión de la cronología

5. La representación por su opuesto y por lo nimio
6. Desplazamiento
7. Simbolización

Estas son las características propias del inconsciente en general y funcionan en cualquier persona, hombre o mujer, niño o adulto, normal o anormal.

Ahora se hace referencia a las características inconscientes de los padres, no de los padres en general sino del padre en particular.

Como ya se mencionó, el inconsciente se manifiesta por el contenido y forma de actuar de la persona. A continuación se hace la clasificación de características manifiestas (conscientes) y latentes (inconscientes) que operan intrapsíquicamente en los padres mexicanos y que tienen que ver e influyen en la conducta sexual, emocional y social de los hijos. Los hijos no pueden abstraerse a la influencia de los pensamientos de los padres. Muchas veces su conducta obedece más a ellos, que a la conducta consciente.

Características manifiestas (conscientes) de la figura paterna

- a) Odiada
- b) Temida
- c) Distante
- d) Incestuosa
- e) Polígama
- f) Inmoral
- g) Irresponsable
- h) Abandonadora
- i) Descontrolada en sus pulsiones eróticas y agresivas
- j) Modelo de relación hostil e injusta hacia la mujer, los hijos y los débiles.
- k) Desconocida
- l) A la que se le tiene rencor
- m) Poderosa
- n) Ausente

- o) Desamparadora
- p) Ambivalente
- q) Fuerte

Características latentes (inconscientes) de la figura paterna

- a) Anhelada
- b) Imitada
- c) Añorada
- d) Admirada
- e) Idealizada
- f) Ambiguamente deseada
- g) Castrante
- h) Desprotectora
- i) Destructora
- j) Incapaz de ser modelo de una sana identificación masculina
- k) Necesitada
- l) Ambivalente
- m) Débil
- n) Amoral
- o) Emocionalmente presente para la familia.

Aspectos manifiestos (conscientes) de la relación del padre con sus hijos

- a) Sociedad Patriarcal. Superioridad absoluta del padre sobre la mujer y los hijos.
- b) Distancia emocional con los hijos varones
- c) Falta de compromiso y obligación hacia la familia.
- d) Desprecio hacia la hija por ser mujer.
- e) Deseo sexual por la hija similar al que sentiría por cualquier mujer.
- f) Desprecio hacia el hijo varón por ser aún más débil que él.
- g) Transmisión de valores machistas por lo que al hijo se le permite transgredir las mismas reglas de cariño y respeto hacia las mujeres incluyendo, madre y hermanas.
- h) Ya de joven, si el hijo cumple con los estatutos fundamentales del machismo, será su amigo y más adelante su herencia y orgullo ante la sociedad.

- i) Indiferencia hacia los valores éticos y morales para sus hijos, valores que él nunca pudo introyectar. Impunidad moral y social del padre (Pando, 1994).

Aspectos latentes (inconscientes) de la relación del padre con sus hijos

- a) El padre desea a su hija, niña o adolescente, tan despóticamente como desea a su esposa y a cualquier mujer. Tan reprimida y confusamente como deseó a su madre.
- b) El padre se siente inseguro ante el juicio y la hostilidad del hijo, éste último cargado de fuerza primordial que ha mamado de su madre.
- c) El padre se siente ajeno, a menudo un intruso en el hogar que él mismo ha abandonado y en el que frecuentemente se le recibe con sumisión y temor.
- d) El hijo, si bien aprendió, será tan promiscuo y amoral como él lo ha sido. Esto es lo que lo convierte en un temido adversario.
- e) El padre, con su deficiente control pulsional, llega a fantasear ideas filicidas, las que mitiga y reprime, cuando su hijo, tan macho como él, se convierte en su amigo, compañero de abusos, vicios y diversiones.
- f) El padre envejecido, que se empieza a saber menos fuerte, se vuelve un protector de sus hijos, contra las injusticias y los rencores que ha sembrado en su camino.
- g) El hijo se apodera del orgullo paterno y se convierte en su herencia y continuidad del mito, por él creado.
- h) El padre se queda con el melancólico anhelo de amor y auténtica cercanía con su hijo. Con la misma tristeza que nunca le ha abandonado desde que fue niño e incapaz de amar y ser amado plenamente por su padre.
- i) El padre que albergó ideas parricidas, no puede evitar transformarlas en fantasías filicidas.
- j) Los deseos incestuosos del padre hacia la hija se ven correspondidos por ella, quien erotiza la relación y a su vez seduce al padre (Pando, 1994).

Ahora se presenta a Bartolomé. Hombre guapo, muy guapo, envidiado por sus compañeros de trabajo. De 47 años de edad, profesional, servidor público de alto nivel. Es padre de 3 hijos, un varón de 22 años, una mujer de 20 y otro varón de 17 años de edad. Ha realizado en lo manifiesto un matrimonio exitoso, por el cual es admirado y querido por parientes y amigos. Su esposa es una mujer católica con firmes convicciones, rígida, austera, con un aspecto masculinoide, que sabe muy bien dar su lugar a su esposo cuando se encuentran desempeñando su rol social, pero en la intimidad ella es la que determina qué es lo que el esposo debe hacer y qué es lo que los hijos deben realizar.

Bartolomé procede de una familia conformada por sus padres, ya muertos, dos hermanas y dos hermanos; en total son cinco apuestos hermanos de los cuales él es el segundo; primero un hermano, luego él y luego una hermana, después un hermano y al final otra hermana.

Al igual que en su familia actual, en su familia de origen, el padre fue un padre débil con enfermedades psicosomáticas y la madre una madre dominante y egoísta, en donde los hijos eran una extensión de ella y las hijas, también guapas y exitosas como mujeres, pero relegadas y a la vez autosuficientes.

Bartolomé, hombre fuerte, dedica parte de su tiempo al fisicoculturismo, no para competir en ese aspecto pero si para competir en figura, en presencia con sus coetáneos. Asiste a tratamiento psicoanalítico, ya que posee una fuerte angustia cuyo origen ignora, puesto que posee todo lo que un hombre puede ambicionar: dinero, poder, mujeres, esposa, hijos, posesiones, relojes, coches, caballos. Sin embargo, está angustiado ante el cambio de sexenio. Al igual que su padre, posee fuertes palpitations del corazón y teme un súbito ataque cardíaco.

Teme a la vez, sin justificación aparente alguna, no ser llamado ni siquiera al mismo puesto, por la nueva administración del país; en lo familiar sufre tal alteración, que actualmente tiene fuertes discusiones con su esposa y un fuerte mal entendido sexual, pues en este momento no se le despierta un deseo sexual hacia ella, pero se ha exacerbado su deseo por una amiga y comadre, con quien tiene relaciones desde hace muchos

años y que, incluso han llegado a realizar cambio de pareja con ellos. En el coche de él se enfilan los cuatro compadres rumbo al hotel; al entrar se dirigen al cuarto cada uno con la pareja del otro, quedando de antemano de esperarse en el bar a una hora aproximada, salen del hotel y cada uno se recluye en su casa. Por lo tanto, es claro que no es una infidelidad oculta, pero sí es oculta la exacerbación de su apetito por la comadre y no por la esposa.

Bartolomé es un hombre que tuvo una vida homosexual de los 18 años a los 25 años, cuando tuvo su primer hijo. Esa vida homosexual no la tuvo con una sola pareja ni en forma muy intensa, sino con parejas eventuales y esporádicamente. Conocía a sus *partenaires* en los cines, en el parque, en las fiestas. A partir del nacimiento de su primer hijo dejó de ejercer la homosexualidad, no sabe cómo. Inició el físicoculturismo y ahí disfruta mucho ver a los otros hermosos, fornidos. El refiere que son pocos, los olorosos a perfumes y a su sudor, y con eso satisface sus necesidades homosexuales. En el gimnasio —a donde va perfumado— siempre tiene una o varias pretendientas. Ha tenido que cambiar de hora para ir al gimnasio, porque sus admiradoras no lo dejan a él ejercer su excitante afición voyeurista con los hombres, por supuesto en silencio. Ellas no alcanzan a comprender que él se perfuma para ellos y no para ellas. Como ellas tienen un horario fijo para hacer ejercicio, con el cambio de horario se deshace de ellas sin lastimarlas.

El consultorio del terapeuta está ubicado cerca de la avenida de Los Insurgentes; esto viene a colación porque a él le gustaba caminar por Insurgentes, antes de llegar a su sesión. Al principio él no se entendía por qué, hasta que un día un muchacho como de 18 años, ciclero, se subió a la banqueta por dónde él pasaba y le agarró de pasada las nalgas, cosa que aparentemente le enojó de inmediato, pero que después le agradó muchísimo, pues le hizo realizar su fantasía de ser la prostituta de Insurgentes, tan atractiva, que hasta al ciclero le fue imposible controlarse.

Es claro que desde su adolescencia él había llevado una doble vida, la de estudiante esmerado, brillante y que pasaba las mañanas libres y de exámenes buscando aventuras homosexuales, y ya casado con una fantasía

bisexual, unas veces homosexual promiscua y otras veces heterosexual promiscua.

Cuando realizaba el cambio de pareja, después comentaba con su esposa cómo les había ido. La esposa, como siempre, le daba su lugar, a través de lo que él le decía, no se podía inferir otra cosa. Aquella esposa rígida, austera, así era con él, austera en la información, así como a él le gustaba; él a su vez mentía y le decía que no había estado tan bien la relación con la comadre, pero en lo íntimo, él a sí mismo se decía que había disfrutado mucho. Él era el ganador, le había quitado la primogenitura al hermano, porque si su esposa no había disfrutado reportaba que su compadre tampoco. Él sí había disfrutado con la comadre, entonces él era el ganador y su compadre, inconscientemente hermano, era el perdedor. Esta fantasía le encantaba y aunque como buen paranoide a veces lo dudaba, se decía que como fantasía y como realidad muy probablemente así era. Él era el mejor.

La esposa era viva realidad de la madre y él desplazaba el incesto en la comadre. La esposa significaba para él una mujer amorosa y complaciente, porque no crean que a ella le gustaba la fiesta, no, ella era la esposa modelo, lo hacía para complacerlo a él, él fue quien se lo pidió que lo hicieran y la convenció. Muchas veces después del cambio de pareja ellos tenían relaciones.

Con el tiempo de análisis, empezamos a ver que su hijo mayor le representaba a su propio hermano, envidiado, deseado, temido por él, hacia el cual tenía agresión y recelo, pero lo admiraba; era un desplazamiento claro del padre. Su hijo mayor era su orgullo, se tenía que ir al extranjero, a hacer lo que él no hizo, estudiar una carrera en Yale. Era el hijo deseado, con el que quería hacer pareja padre-hijo, pero este hijo deseado ya estaba haciendo pareja con su hermana. Recuerden que Rea hizo pareja con su hermano Cronos y entre ambos castraron y destronaron al padre. Bartolomé no se oponía a esa complicidad de hermanos: era su hijo mayor, un primogénito quien lo sucedería.

La hija era una chica descrita por él como guapa, distinta de la esposa, seductora, conseguía de él lo que ella quería; de hecho había entre ellos

una cierta complicidad para que él le diera cosas, dinero y permisos sin que la madre se enterara; él estaba muy preocupado por la pareja de ella, un muchacho amanerado, pero muy serio y exitoso. Bartolomé sospechaba que igual que él era homosexual, con la diferencia de que ese novio de su hija le recordaba mucho a la comadre.

El hijo menor, el más débil, enfermizo, era sobre el cual caía toda la fuerza filicida caótica. El es uno de los hijos engullidos, al que se hereda la parte no deseada de él mismo en forma inconsciente.

El hijo mayor de repente tuvo un mal rendimiento escolar, y así con el mal rendimiento escolar, con pocos amigos, más tarde tuvo una crisis al salir de la preparatoria, crisis de angustia por lo que hubo la necesidad de referirlo a otro psicoterapeuta. Para poder referirlo, Bartolomé quiso que se le entrevistara con la esperanza de que se le confirmara lo que él ya sabía. Sí, el terapeuta se encontró con una crisis de angustia, que lo defendía para no caer en un cuadro homosexual franco. Resulta que para festejar la terminación de estudios de la preparatoria, habían hecho una fiesta y ya tomados, un compañero de él había intentado masturbarlo y le había declarado su amor, amor que le tenía desde hacía tres años, desde que empezaron el ciclo escolar. Era tal su sorpresa y su abatimiento Superyoico por no haberse dado cuenta y haberle puesto remedio al asunto, que no lo podía creer y se decía: es posible que yo sea homosexual, y con qué cara voy a ver a mi padre, que es tan varonil, tan hombre, tan probo.

Son claros los contenidos inconscientes antes estudiados y que se manifestaron claramente en el hijo. En el hijo en su identificación con el padre. En el padre en su proyección en el hijo que da como resultado la misma conducta, aunque modificada. Este hijo no se atrevía a realizar lo que su padre sí se atrevió, y no se atrevía porque el impulso homosexual estaba puesto en el propio padre. Tenemos que seguir reconociendo que es la madre la permisiva, pero que es ese padre el que proyecta su inconsciente sobre el hijo. Zeus tuvo toda clase de hijos, buenos, malos, feos, bonitos, hombres, homosexuales, a pesar de tener una esposa dedicada a perseguirlo y encontrarle todas sus aventuras. Pero Zeus, Dios permanente, también transmite su inconsciente pavoroso, promiscuo, parrici-

da, inicialmente amoroso. Bartolomé amorosamente llevó a su hijo a la entrevista, para en lo consciente ayudarlo en su angustia y en su futuro éxito.

Las características inconscientes: el ser un hombre idealizado, castrante, desprotector, incapaz de dar un modelo de identificación masculina, necesitado, ambivalente, débil, amoral, se encuentran claramente vistas, tanto en el padre como en los tres hijos, lo que se refleja en forma inconsciente.

Las reacciones de los padres ante la pubertad guardan estrecha relación con la medida en que se ha aceptado de buen grado la sexualidad en la familia, que se manifiesta en las demostraciones de afecto entre los miembros de ésta y en el nivel de los conocimientos biológicos precisos que poseen los niños. Hay padres que ven en ese acontecimiento la consumación de su propio desarrollo psicosexual, que completa el ciclo de las generaciones (Freud, Osterrieth, Piaget y otros, 1984). Hay otros que sienten una lasciva curiosidad por la tímida y titubeante sexualidad del novicio, y disfrutan vicariamente estimulando su aparición y burlándose de su incompetencia. Un tercer grupo de padres, sexualmente muy reprimidos, suelen reaccionar con desolación y desagrado ante la menor manifestación de emociones eróticas.

Otro efecto de la adolescencia sobre el adulto es la reactivación de sus propios conflictos adolescentes, con abiertos componentes autoeróticos, homosexuales y edípicos; se tiene algo así como una compensación adolescente retrospectiva. En ocasiones esta irrupción de emociones adolescentes reprimidas lleva al padre a someterse a una psicoterapia. O sea que una familia dada puede sufrir dos crisis al mismo tiempo: la de la adolescencia, que afecta al hijo, y una crisis adolescente reactivada en el padre.

En cuanto a los contenidos latentes de la relación del padre con sus tres hijos, los puntos que más nos llaman la atención son:

- a) El padre desea a la hija tan despóticamente como deseó a su esposa y a cualquier mujer, y tan reprimido y confuso como deseó a la madre.

- b) El hijo, si bien aprendió, será tan promiscuo como él lo ha sido y lo convierte así en un temido adversario; es la imagen viva de Cronos.

- c) Los deseos incestuosos del padre hacia la hija y en éste caso hacia los hijos varones, se ven correspondidos por ellos, quienes erotizan a su vez la relación con el padre. Ambos padres e hijos plantean una oferta incestuosa que los conduce a la promiscuidad.

Podemos identificar dos tipos básicos de rechazo: un rechazo intelectual y un rechazo sentimental (Bolio, 1988).

El rechazo intelectual es aquel cuyo objeto es algún aspecto concerniente a actitudes o comportamientos del hijo, que el padre etiqueta como negativos.

El rechazo sentimental se encuentra enraizado en alguna característica física definida, o en los sentimientos que se generan como resultado de procesos psicológicos, conscientes o no conscientes, y en el fondo de los cuales hay siempre un fuerte componente emotivo. Este tipo de rechazo es, por la naturaleza misma de su origen, más fuerte en sus manifestaciones externas y más difícil de manejar.

Resulta claro este caso, y también en algunos más normales, ver cómo el inconsciente del padre hace propuestas al inconsciente del hijo; y éste por identificación y por otros mecanismos, corresponde al padre y a su vez le hace ofertas. Se establece así un círculo vicioso de propuestas pulsionales mutuas que conducen en los casos más graves al quiebre psicótico y en el menor de los casos a la creación de conductas psicopáticas.

La propuesta sigue siendo la misma: los padres deben de tener noticia, en alguna forma de sus contenidos inconscientes: individuales, familiares, sociales y arquetípicos, para que así la propuesta de que el amor preceda a la sexualidad se cumpla y donde efectivamente la ternura, un derivado del impulso libidinoso, encuentre cabida y expresión que dé plenitud y completud masculina.

DEPENDENCIA MATERNA Y SEXUALIDAD

Doctora Susana Zarco Villavicencio

En las primeras etapas de la vida, el ser humano es dependiente, ya que necesita cuidados específicos para poder sobrevivir. Esta dependencia se presenta en todos los aspectos. En el aspecto biológico, el infante debe ser alimentado, aseado y rodeado de un ambiente cálido que le permita cubrir sus necesidades básicas. En el aspecto psicológico, necesita establecer una relación de objeto que le provea de afecto y confianza, elementos indispensables para lograr, en etapas posteriores, independencia y un grado adecuado de madurez psicológica. En el aspecto social, requiere establecer grados y modalidades de relación, con la capacidad de expresar los afectos de una manera satisfactoria.

Esta dependencia se establece inicialmente con la madre y es más intensa en el nacimiento, con disminución paulatina hasta los tres primeros años de vida. Para Mahler (1975) el niño transita durante estos primeros años por las etapas de autismo, simbiosis y separación-individuación. Durante la fase autística normal, la principal tarea a resolver para el bebé es el logro del equilibrio homeostático del organismo, dentro del ambiente extrauterino, por mecanismos somatopsíquicos y fisiológicos.

En la etapa simbiótica, las atenciones y cuidados de la madre reducen en el infante los padecimientos de hambre y necesidad, gratificándole hasta ayudarlo a diferenciar entre experiencias buenas y malas, situación que le crea una oscura conciencia de objeto en la que él y su madre se comportan como si constituyeran una unidad dual dentro de un límite unitario común. La tarea de esta etapa es así la catexización de la madre.

Cuando existe una fijación en la etapa simbiótica, ya sea por una formación del Yo insuficiente en el niño, o debido a una madre narcisista que tiende a utilizar a su hijo como una extensión de sí misma y por lo tanto no permite la desvinculación del infante (o ambas situaciones), se bloquea en el infante la posibilidad de avanzar a la etapa de separación-individuación. Por lo tanto, el niño no desarrollará con éxito los dos carriles evolutivos: el de la individuación (evolución de la economía intrapsíquica,

funciones cognoscitivas: percepción, memoria, aprendizaje, pensamiento, lenguaje, control motor y prueba de realidad) y el de la separación, en el que se sigue la trayectoria de la diferenciación de la madre, el distanciamiento, la formación de límites y la desvinculación de la madre.

Así, el vínculo madre e hijo se vuelve prioritario por parte del niño y también de la madre, quien se excluye de otras relaciones, como la de pareja o con otros hijos, personas que pasan a segundo término en la vida de la madre, siendo íntima y socialmente el hombre más deseado por la madre y por el padre, dada la cercanía emocional que existe entre madre e hijo y a la relación simbiótica que existe en dicha relación (González Núñez, 1989).

La madre vive un apego incondicional hacia su hijo, y lo convierte en una extensión narcisista de ella, en donde éste sería su ideal del Yo.

Postula Freud (1914/1981) que para las mujeres narcisistas y que han permanecido frías con el hombre, existe un camino que las lleva al amor objetal en toda plenitud, ya que en el hijo al que dan vida se les presenta una parte de su propio cuerpo como objeto exterior al que pueden consagrar su amor objetal, y conservar su narcisismo.

Estas madres se adhieren al infante inhibiendo su desarrollo independiente. El padre que aparece más tardíamente en la vida del niño, dificulta una adecuada identificación masculina y no actúa como neutralizador de las cargas agresivas y libidinales de la madre (González Núñez, 1996), por lo que falla su función rescatadora.

El niño que se queda atrapado en la órbita simbiótica, experimentará sentimientos ambivalentes hacia su madre, de amor y de resentimiento, con los que la acusa por no haberle permitido acercarse a un padre fuerte y que le brindara una adecuada identificación psicosexual (Ramírez, 1977), además de ayudarle a separarse de la madre. En la relación simbiótica, el padre no se ofrece al hijo como objeto que se internaliza y protege desde dentro, por lo que no releva a la madre en su función y el hijo se queda instalado en la dependencia materna.

Como consecuencia, madre e hijo quedan atrapados en este vínculo simbiótico que se caracteriza por una íntima y profunda relación, que simbólicamente castra al niño al impedirle establecer contactos emocionales íntimos en la vida adulta. Esta castración se manifiesta principalmente a nivel preedípico, por medio de una hostilidad y una conducta restrictiva que impide al niño ser independiente, así como lograr de manera exitosa las subsecuentes etapas.

Es en la vida sexual y afectiva del ser humano donde se van a manifestar estos conflictos provenientes de la infancia, porque es en ellos donde el hombre requiere de mayor intimidad con la pareja.

El individuo adulto que presenta una fijación a este nivel puede experimentar una disfunción sexual y afectiva, en la que cada contacto íntimo con su pareja le revive la simbiosis que vivió antes con la madre, experimentando simbólicamente una castración en cada relación sexual, así como fue castrado por su madre en la infancia. Al ser impotente, se comprueba que está castrado, ya que antes de ser castrado en la relación sexual, no tiene erección, lo que representa un autocastigo, así como continuos reproches a la madre, representada ahora por la esposa. De esta manera se revive la hostilidad de la simbiosis.

En la relación de pareja, el hombre simbiótico establece una relación de dependencia que se expresa a través de conductas demandantes, así como por medio de un inadecuado funcionamiento sexual y una falla en el contacto afectivo.

Graber (1965) describe que los disturbios de la vida erótica del hombre se deben principalmente:

- 1) Al trauma de nacimiento
- 2) A las exigencias amorosas más intensas de la madre hacia su hijo
- 3) Al amor más activo hacia el padre y que puede originar una fijación mayor
- 4) A los efectos de la educación y limpieza corporal y del destete, que significan una irrupción mayor, debido al tipo de relación establecida entre madre e hijo

- 5) Al complejo de Edipo, que intensifica el amor a la madre, pero la infidelidad de ésta con el padre y el sentimiento de culpa frente a éste, al que desea matar o apartar.
- 6) Al descubrimiento de las diferencias sexuales, con el subsecuente miedo a la castración, que puede traer como consecuencia una renuncia al sexo femenino, así como homosexualidad, impotencia o perversión.
- 7) El niño puede experimentar una intensificación de estos disturbios en la pubertad. El miedo al sexo femenino tiene como consecuencia la regresión a la madre preedípica, al onanismo, las perversiones o la inversión del propio sexo.

En la vida adulta, estos hombres se manifiestan temerosos a establecer una relación de pareja, y pueden optar por permanecer solteros para ser la compañía de la madre, ya que la dependencia hacia ésta no les permite establecer contactos emocionales con ninguna otra mujer. Padilla (1993) refiere que para que un hombre y una mujer puedan hacer pareja, se necesita de una disponibilidad interna, que les permita separar los vínculos amorosos con padres y hermanos. El miedo del hombre a entregarse a una mujer tiene sus raíces en su primera relación con la madre. Ceder al deseo de una mujer lo hace tan vulnerable al rechazo y al abandono como cuando era un niño pequeño. Cuando no se superan dichos miedos, puede caerse en estados patológicos y en una actividad casi delirante, a través de la cual ciertos individuos creen que su madre es eternamente buena, satisfactorial y protectora.

Cuando estos hombres logran establecer una relación de pareja, frecuentemente prevalecen en su vida emocional los temores, ansiedades y culpas que los hacen sentir muy insatisfechos y obstaculizan su integración con la pareja, alterándose en mayor medida los aspectos afectivos y sexuales. Para Oliver (1980) el hombre que no consigue triunfar sobre la mujer en la relación sexual, pierde por segunda vez la batalla contra su madre, por lo que se siente devaluado. Para él, alcanzar una relación sexual satisfactoria sería la única manera de resolver el vínculo simbiótico con su madre.

Alfredo presenta esta conflictiva en su vida erótica, debido a una relación de dependencia con la madre en la infancia. Tiene 35 años de edad y acude a tratamiento por presentar las siguientes disfunciones sexuales: inhibición en el deseo sexual y disfunción eréctil. Está casado desde hace tres años y ha presentado dichos trastornos desde antes de casarse, aunque se han intensificado en la actualidad.

Alfredo es el cuarto de un total de ocho hermanos y el menor de los hombres. Refiere haber sido un hijo muy querido y consentido por su madre y aunque después de él nacieron cuatro hermanas, él siempre recibió un trato especial por parte de su madre. Su niñez transcurrió con marcadas carencias económicas, que lo hicieron sentir triste y en desventaja respecto a otros niños. Su padre era chofer de un taxi, llegaba a casa tarde y entablaba escasa convivencia con sus hijos, mientras que su madre estaba dedicada a la atención de sus hijos y del hogar.

La escasa convivencia con el padre no permitió en Alfredo una adecuada identificación con su masculinidad, además de que tampoco favoreció la desvinculación con la madre.

El padre murió cuando Alfredo tenía quince años, evento que afectó sus relaciones interpersonales, ya que se volvió introvertido y temeroso en el aspecto social. El padre es una figura que modela la personalidad de los hijos en el aspecto social y favorece su mayor expresión en la adolescencia. Nunca recibió información sexual por parte de sus padres, ya que estaba prohibido hablar del tema dentro de la familia. Obtuvo información sexual durante la época de la secundaria, a través de compañeros y hermanos, siendo ésta escasa y distorsionada. Durante la adolescencia evitaba relacionarse con mujeres, con quienes se manifestaba reservado y temeroso, ya que internamente experimentaba temor a revivir la relación con la madre absorbente y castrante de la infancia. Comenzó a masturbarse a los 17 años, utilizando para su excitación revistas pornográficas, conducta que le hacía sentir culpa y ansiedad, así como el temor a no tener un buen desempeño en su vida sexual posterior; sin embargo este periodo fue prolongado. Tuvo dos novias, con las que mantuvo relaciones de corto tiempo, sin intentos de tener relaciones sexuales, para las que se consideraba inexperto.

Experimentó su primera relación sexual a los 24 años, con una compañera de trabajo con la cual mantenía amistad. Esta experiencia fue para Alfredo muy insatisfactoria, ya que tuvo una erección muy breve, después de lo cual se sintió muy avergonzado, manifestando que no sabía cómo tratar a una mujer. Mantuvo otros encuentros sexuales con esta misma pareja; sin embargo ninguno fue satisfactorio para él. A los 26 años comenzó una relación con una compañera de la misma carrera que estudiaba, Letras. Refiere que desde que la conoció le pareció agradable, pero debido a su temor a acercarse y a que ella lo rechazara, esperó hasta que ella manifestara mayor interés por él.

Entablaron el noviazgo en gran parte por iniciativa de ella. Iniciaron su actividad sexual antes de casarse, presentando esporádicas fallas en la erección, así como disminución ocasional del deseo sexual. Esta situación representó para el paciente preocupación y angustia. Se casaron con la expectativa de que la relación mejoraría, sin embargo no ocurrió así. La pareja quedó embarazada y las relaciones sexuales se espaciaron más, ya que ambos temían dañar al bebé.

Durante el embarazo de su esposa, Alfredo se mantuvo en constante preocupación de que le ocurriera algún daño al bebé o a su esposa. Durante este periodo solicitó ayuda de un especialista, quien después de realizarle estudios no encontró algún trastorno orgánico responsable de su falla de erección, por lo que Alfredo solicitó ayuda psicológica.

Inició su tratamiento en fechas cercanas al nacimiento de su hijo. Al principio manifestó temor y preocupación por el estado de su esposa e hijo, que fue disminuyendo conforme el niño crecía. En la actualidad experimenta temores y ansiedad, ya que lo esperado por su esposa es que se reanuden las relaciones sexuales, situación que le resulta muy amenazante.

Durante el tratamiento se ha trabajado en torno a sus temores y culpas acerca de la sexualidad. También con respecto al bloqueo emocional que posee debido a su dependencia materna, situación que no le permite en la vida adulta expresar sus afectos. Por tanto, en su relación de pareja las manifestaciones de afecto son nulas, manteniendo una actuación casi

mecánica que lo lleva a no ligarse emocionalmente con su cónyuge. Sus preocupaciones y marcadas ansiedades por no tener un buen desempeño, son mecanismos obsesivos que le reaseguran el no lograr un contacto afectivo, además de que le permiten expresar su profunda hostilidad hacia su pareja y hacia sí mismo.

El segundo caso es el de un hombre de 48 años, de nombre Jaime, que acudió a tratamiento por presentar conflictos en su relación conyugal. Está casado desde hace veinte años y tiene dos hijos. La relación con su esposa fue desde su inicio conflictiva, por lo que entabló una relación extramarital, de la cual procreó un hijo. Su conflictiva era si proseguir con su matrimonio, o separarse de su esposa y formalizar su relación con su otra pareja.

En su vida familiar, fue el menor de ocho hermanos. Tuvo una relación materna muy cercana y dependiente, siendo quien acompañaba a su madre en sus tareas cotidianas, ya que su padre, aunque trabajaba ocasionalmente, permanecía gran parte de su tiempo alcoholizado.

Tuvieron grandes necesidades económicas, al grado de carecer de lo más necesario para subsistir. En el medio en que vivían, predominaban la promiscuidad y los vicios, por lo que desde pequeño presenció escenas sexuales entre sus padres y relaciones sexuales agresivas muy impactantes. La sobreestimulación sexual del niño a temprana edad puede provocar situaciones anormales al asumir la sexualidad (Frazier y Carr, 1984). La madre además de dedicarse al hogar, trabajaba como cocinera en una guardería, por lo que el paciente pasaba muchas horas en este lugar. Después ingresó a la primaria y a los 10 años fue llevado por su hermano y sus primos sacerdotes a un seminario. Ese suceso fue un cambio radical en su vida, porque recibió una educación y moral muy rígidas, las que eran contradictorias a las escenas que había presenciado en su primera infancia.

A los 15 años, regresó a la ciudad y el enfrentarse nuevamente al mundo y a los conocimientos adquiridos acerca de la sexualidad lo llenaron de confusión y duda, considerando al sexo como pecaminoso, sucio y por lo tanto, prohibido.

En los siguientes años se dedicó a trabajar en diversos oficios que le permitieron continuar estudiando y ayudar a su familia. Estudió una carrera técnica en informática. Socialmente era muy introvertido, ya que consideraba que sus ideas no eran compatibles con las de los compañeros de su edad. Cuando tuvo oportunidad, compró una casa para sus padres con la intención de que vivieran cómodamente. Su padre murió cuando Jaime tenía 22 años, quedándose a vivir solo con la madre hasta los 30 años. Su vida sexual había sido hasta entonces muy limitada; nunca se masturbó y había tenido tres novias con las que no tuvo relaciones sexuales (nunca tuvo deseos de hacerlo), además de que continuaba experimentando confusión respecto a la sexualidad.

Al morir la madre, comenzó a frecuentar un círculo de compañeros de la oficina donde trabajaba y en tres meses, entabló una relación de noviazgo con una secretaria, con la cual se casó al poco tiempo, como si hubiera deseado evitar estar solo después de la muerte de su madre. Sus primeras relaciones sexuales fueron agradables, pero no experimentaba deseo sexual al iniciar la relación. Al año de casados la esposa quedó embarazada, motivo por el cual espaciaron más las relaciones sexuales, al grado de interrumpirlas al final del embarazo. Durante este periodo comenzaron a presentar conflictos de pareja.

El nacimiento de la hija exacerbó la hostilidad de la esposa hacia el paciente y hacia la hija. Al cumplir la niña tres meses de edad, la esposa quedó nuevamente embarazada. Este embarazo fue vivido aún con mayor rechazo que el anterior por la esposa. La relación de pareja nunca mejoró, sin embargo, durante 15 años el paciente se mantuvo ligado afectivamente a sus hijos, suprimiendo su sexualidad por falta de deseo. En esta época conoció a otra secretaria, con la que comenzó a tener relaciones sexuales, las cuales fueron referidas por el paciente como agradables; sin embargo, no se encontraba del todo satisfecho, principalmente debido a sus sentimientos de culpa asociados a sus principios religiosos. A los dos años de mantener esta relación, procreó un hijo que lo llevó por segunda ocasión a separarse sexualmente de su pareja.

Al momento de iniciar su tratamiento, el paciente se encontraba en la disyuntiva de mantenerse al lado de su esposa, tolerando la relación

conflictiva entre ellos, con la amenaza de que los hijos se casaran y emprendieran su independencia; dicha situación aterraba a Jaime, pues temía que al quedarse solo con su esposa tendría que ejercer nuevamente su vida sexual. Por otro lado, si él decidía quedarse con su amante, también se vería obligado a mantener una vida sexual con ella, con la angustia que esto le generaba. Manifestaba su deseo de vivir solo, ya que era la única forma de liberarse de esta angustia.

Durante su tratamiento decidió terminar su relación extramarital y continuar con su vida conyugal, la cual seguía siendo muy conflictiva; sin embargo, de esta forma podía mantener la distancia que lo protegiera de no tener ningún tipo de contacto sexual.

Jaime comenzó a mostrar cambios en su comportamiento que desagradaban a su esposa, al grado de amenazarlo para que abandonara el tratamiento. El paciente decidió abandonar su tratamiento, pues temía que si no lo hacía, los conflictos serían mayores. Dicha actitud se explica como un temor por parte del paciente hacia la dependencia que estaba viviendo transferencialmente hacia la terapeuta, que le representaba su dependencia infantil hacia la madre, situación que se estaba convirtiendo en un nuevo elemento de conflicto para él.

A pesar de la relación conflictiva que había establecido con la esposa, era con la única persona que podía revivir en parte la relación vivida con la madre. Sin embargo, en esta nueva relación sólo expresaba la hostilidad, que se manifestaba por su falta de contacto físico, emocional y sexual hacia ella, y en la cual le reclamaba el haberlo castrado y continuar castrándolo en cada relación, en la que experimentaba una falta de deseo.

Con la amante nunca llegó a establecer la simbiosis hostil que estableció con la esposa, quien era para él un objeto odiado, pero necesitado.

En los casos de Alfredo y Jaime puede apreciarse claramente la presencia de las disfunciones sexuales, como vía de expresión del conflicto que experimentaron, originados por una dependencia materna patológica. En el primer caso se presentan dos disfunciones sexuales combinadas, el

deseo sexual inhibido, el cual puede definirse como una disminución parcial o total del deseo de obtener una satisfacción sexual, aunque ya iniciada la actividad sexual pueda presentarse una respuesta apropiada; y la disfunción eréctil, que es la incapacidad parcial o total del hombre para mantener una erección el tiempo necesario para realizar el coito (Kaplan, 1983; Monroy, 1986). En el segundo, se presenta nuevamente la inhibición del deseo sexual.

En estos pacientes, la relación simbiótica establecida con la madre no les permitió separarse del objeto primario y dirigir su catexia hacia objetos no incestuosos, con los cuales pudieran entablar un contacto físico, emocional, íntimo y confidencial. González Núñez (1989) menciona al respecto que en la relación de objeto, tener y entregarse a alguien representa una figura deseada del pasado, pero a quien se entrega en el presente, no es en realidad una figura del pasado. Por lo tanto, un acto sexual es lograr la meta adulta, la satisfacción de los pulsiones libidinales y las pulsiones parciales, a la vez que satisfacer la meta infantil: poseer a una persona deseada en el pasado.

Estos individuos viven en una permanente regresión respecto a su vida sexual y afectiva; sólo son capaces de satisfacer su meta infantil pero con el caótico resultado de sentir que quedan castrados. Existe además en ellos un funcionamiento Yoico defectuoso con fallas importantes en las funciones de realidad, ya que poseen una confusión entre personas importantes del pasado y del presente, así como una vinculación con partes de estas personas. En cuanto al juicio de realidad, el disturbio se manifiesta en la respuesta inapropiada de su conducta sexual y afectiva.

El hombre que fracasa en su desempeño sexual, se siente avergonzado, y considera su fracaso como falta de virilidad. El sentimiento de culpa está siempre relacionado con la agresión inconsciente, que en parte está dirigida contra las autoridades paternas. El fracaso en esta línea significaría someterse a una prohibición inconsciente, ya que es el castigo por la aparición de deseos sexuales prohibidos incestuosos. El sentimiento de culpa es una reacción por descargar la agresión reprimida (Reik, 1966).

Además de los mencionados, Kaplan (1983) menciona otros factores causantes de las disfunciones, como son el temor a no llenar las expectativas de la pareja, el temor a contraer una enfermedad, a embarazar a la mujer, entre otros.

Con lo anterior se postula que las causas psicológicas involucradas son un continuo que se extiende entre la anticipación superficial del fracaso y la psicopatología profunda que otorga a la relación sexual un sentido simbólico a nivel inconsciente.

El terapeuta debe tener conocimientos acerca de los conflictos inconscientes de este tipo de pacientes y su relación con los problemas sexuales, que le permitan realizar un tratamiento que involucre el manejo de la angustia, la resolución de conflictos inconscientes, el manejo de los afectos, en combinación con una terapia sexual directiva, que brinde al individuo y a su pareja la resolución paulatina de su conflictiva. Estas aseveraciones pueden ser también extrapoladas en algunos casos a las pacientes femeninas, para que en lo posible eviten atrapar o cautivar dentro de la órbita simbiótica a su hijo, situación que puede provocarles disturbios afectivos y sexuales.

PSICOANÁLISIS DEL AMOR Y DEL EROTISMO EN LA OBRA DE JAIME SABINES

Doctora Vanessa Nahoul Serio

Para comenzar, este poema de Jaime Sabines:

"Tú tienes lo que busco"

*Tú tienes lo que busco, lo que deseo, lo que amo, tú lo tienes.
El puño de mi corazón está golpeando, llamando.
Te agradezco a los cuentos,
doy gracias a tu madre y a tu padre,
y a la muerte que no te ha visto.
Te agradezco al aire.
Eres esbelta como el trigo,
frágil como la línea de tu cuerpo.
Nunca he amado a mujer delgada
pero tú has enamorado mis manos,
ataste mi deseo,
cogiste mis ojos como dos peces.
Por eso estoy a tu puerta, esperando.
(Sabines, 1950-1991, p. 218)*

Para muchos, la poesía de Sabines tiene un gran poder estético, es decir, tiene aquello que hace que nos guste porque nos despierta emociones placenteras, nos lleva a un estado de satisfacción, nos ofrece puntos de identificación y promueve la catarsis emocional. Además, nos recuerda cosas vividas y sentidas, le pone palabras a las vivencias más íntimas e indescriptibles. Sus poemas suenan bien, perceptualmente son agradables.

La poesía de Sabines tiene dos componentes que hace que nos impacte a nivel perceptual:

1. Sustituye el énfasis de la verbalización por el de los aspectos fonéticos de la palabra, y estos se vuelven preeminentes (como el sonido, la onomatopeya, la rima, el ritmo, la asonancia, etc).
2. Transforma los conceptos en imaginación. Las palabras tienen el poder de convertirse en imágenes con un gran poder de evocación.

Sin embargo, el placer estético trasciende el nivel perceptual y toma en cuenta el que pueda brindarnos significaciones mayores, llegando a concepciones más abstractas capaces de nombrar y describir las vivencias íntimas más misteriosas e indescriptibles.

El efecto poético tiene que ver también con la capacidad del poema de estimular la sexualidad en su nivel más subjetivo e íntimo: el erotismo. A su vez, la creatividad del poeta surge de sus propias fuentes eróticas inconscientes.

De acuerdo con McDougall (1995) dicha creatividad tiene su origen en el cuerpo erógeno, el curso de su desarrollo se ve influido por la forma en que sus pulsiones son representadas y sus funciones somáticas se estructuran por los cuidadores del niño. Esta autora revisa los vínculos entre el artista, su obra y el público, e identifica cuatro factores que forman parte del trasfondo de cualquier acto creativo. Cada uno de estos factores se relaciona íntimamente con el cuerpo y sus pulsiones libidinales, tanto en su orientación de relaciones interpersonales como la narcisística. Estas representaciones catectizadas generan muchas fantasías acerca de la imagen corporal y su funcionamiento somático, todas son fuente de inspiración o pueden inhibir la creatividad.

Fuentes Eróticas de la creación poética

Entonces la creatividad tiene su origen en el cuerpo erógeno. Son cuatro las dimensiones que menciona McDougall, como trasfondo de cualquier acto creativo. Las dos primeras tienen que ver con la interacción del creador en el mundo externo y las otras dos se localizan en el mundo psíquico de la personalidad creativa. Estas son:

1. El medio de expresión: El medio de expresión son las palabras en la poesía.
2. Lo imaginario y el público: El primer público del poeta es su público interno, el de las personas significativas del pasado que lo apoyaron o lo hostilizaron.
3. Sexualidad pregenital: Este es el aspecto central de este estudio. En toda expresión creativa hay una base libidinal que se infiltra de pulsiones pregenitales (voyeurismo, exhibicionismo; incesto, erotismo oral, de la piel, etc.), al igual que con aspectos infantiles de la sexualidad, en donde erotismo y agresión, amor y odio no se distinguen entre sí. Las pulsiones orales, anales y fálicas contribuyen a la producción poética, pero el componente anal tiene un lugar preeminente, ya que es la fuente de los primeros intercambios entre el infante y el mundo externo. La primera obra que ofrece el niño a su madre o cuidadora es el objeto fecal con todos sus significados eróticos y agresivos que se asocian invariablemente con la actividad anal y la fantasía fecal. Este origen libidinal inconsciente juega un papel vital para la persona creativa en cualquier ámbito del arte. Pero las fantasías reprimidas involucradas agregan un elemento de incertidumbre, ya que la producción fecal se experimenta siempre de dos maneras distintas: por un lado es algo de gran valor, un regalo que se le ofrece al otro con amor (la madre o cuidadora), pero por otro lado, es experimentado como un arma que ataca y domina al otro. Esto implica que si bien el artista tendrá placer al satisfacer sus pulsiones pregenitales, puede aparecer el conflicto y difícilmente esto se puede sublimar. La expresión espontánea de las pulsiones anales y sus producciones fecales se someten al control rígido e impulsan a una solución sublimada. La naturaleza inconsciente de las investiduras erótico anales y sádico anales en el acto creativo es entonces un determinante importante en la capacidad o incapacidad del creador para continuar produciendo.
4. Deseos bisexuales de la infancia: El niño se identifica con ambos padres y desea los poderes mágicos de cada uno para tenerlos él mismo.

Estas cuatro dimensiones del acto creativo pueden volverse fuente de esterilidad o fertilidad. Hay una fuerza pulsional que nutre a las cuatro dimensiones y cada una se representa psíquicamente como prohibida o peligrosa para el sí mismo o para otro imaginario. Todo acto creativo se

experimenta como un acto de violencia o transgresión. Dicha transgresión se debe asumir para poder seguir creando. El creador juega con su medio de expresión para cumplir una meta secreta libidinal, sádica o narcisística: se atreve a mostrar el producto a todo el mundo, en su producción se explora la sexualidad pregenital en toda su ambivalencia, finalmente, se atreve con la fantasía inconsciente, a robarse los poderes y órganos generativos a los padres y con ellos proceder a hacer unos hijos creativos.

Sexo, erotismo y creación poética

El erotismo se distingue del sexo. Erotismo es amor sensual y abarca todas las expresiones pregenitales, todas las formas infantiles de goce erógeno. El erotismo es exclusivamente humano. Sólo los animales se acoplan sexualmente siempre de la misma manera, mientras que los hombres se miran en el espejo de la copulación animal universal y la transforman, transformando su propia sexualidad. El sexo y el erotismo se prestan como temas hechos para la metáfora, que es uno de los recursos fundamentales de la poesía. La metáfora es una figura poética por medio de la cual se transporta el sentido de una palabra a otra mediante una comparación mental. En el fragmento IV de Adán y Eva, metafóricamente Adán le habla a Eva de cómo se siente durante el acto sexual: *“—Cuando estoy en ti, cuando me hago pequeño y me abrazas y me envuelves y te cierras como la flor con el insecto, sé algo, sabemos algo (...)”* (Sabines, 1950-1991, p. 124). Según Aristóteles (en Arieti, 1976), una buena metáfora es la que implica la percepción intuitiva de la similitud en lo diferente. Es el vehículo que une lo que intuimos pero no hemos verbalizado con lo que percibimos y sabemos (Reed, 2003). En la parte IX, también de Adán y Eva, dice: *“Me gustan las hojas verdes, acanaladas, y los racimos, y los retoños unánimes, agudos como una bandada de peces hacia arriba (...) Me gusta el platanar con su humedad (...)”* (Sabines, 1950-1991, p.129). Esta es una expresión metafórica del acto sexual del que se van a engendrar numerosos hijos; evocación poética de todo el erotismo masculino.

El erotismo es sexualidad socializada transfigurada por la imaginación de los hombres; la primera nota que diferencia al erotismo de la sexuali-

dad es la infinita variedad de formas en que se manifiesta en todas las épocas y en todas las tierras (Paz, 1993). El erotismo es invención, variación incesante; el sexo siempre es el mismo. En todo encuentro erótico hay un personaje invisible, pero siempre activo: la imaginación, el deseo. El erotismo cambia continuamente pero nunca deja de ser lo que es originalmente: pulsión sexual.

La acción decisiva es la de quitarse la ropa. Es decir, el individuo egoísta, separado, se desnuda y sale de sí mismo a buscar a la persona que ama. Su camino es el erotismo.

En un bonito ejercicio de fantasía erótica, Sabines dice:

“Te desnudas igual que si estuvieras sola/ y de pronto descubres que estás conmigo./ ¡Cómo te quiero entonces/ entre las sábanas y el frío!/ Te pones a flirtarme como a un desconocido/ y yo te hago la corte ceremonioso y tibio./ Pienso que soy tu esposo / y que me engañas conmigo./ ¡Y cómo nos queremos entonces en la risa/ de hallarnos solos en el amor prohibido!/ (Después, cuando pasó, te tengo miedo/ y siento un escalofrío.)”

En este poema se manifiesta de forma poética el erotismo voyeurista: el esposo observa a su esposa desnudándose frente a él. Él se desdobra a sí mismo: él es él y el amante y a su esposa la desdobra en ella misma y en la amante. Así, se crea un re juego erótico en el cual pareciera que el esposo duda de la posesión de su esposa, como si no fuera de verdad su pareja. Le dice: *Te pones a flirtarme como a un desconocido*, como si fuera el primer encuentro entre ellos. Aquí reside la plasticidad y la fantasía del erotismo que se debe renovar a cada momento. Redescubre a su esposa como si fuera la primera vez que se quieren *“en la risa de hallarse solos en el amor prohibido.”* Como puede verse, aparece la prohibición, factor siempre presente en el erotismo, la cual se tiene que aceptar para seguir buscando los caminos que conduzcan al objeto y a la satisfacción sexual cuya meta es la procreación. Este juego erótico prolongado se ve reproducido en la estructura misma del poema que dedica diez líneas al erotismo y dos al acto sexual consumado, puesto en claro en la frase: *“(Después, cuando pasó, te tengo miedo/ y siento un escalofrío)”*

es decir, después de que pasó el coito, ya que se tiene la seguridad de haber encontrado a la persona querida, lo más disfrutable, lo más erótico es todo lo vivido que ya pasó y que es más gozoso que el propio encuentro real con la persona, esto es lo que asusta al sujeto. Esto implica que el proceso de búsqueda, es lo que es gozoso. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿qué fue lo que más disfrutó el sujeto? El erotismo, no el coito como tal. Así, se transforma la idea de que el erotismo es conseguir a la persona querida y disfrutarla pero sin la sensación de tenerla para poder seguir buscándola aun cuando ya se tiene. Esto es lo que representa el mecanismo de desdoblamiento que se lleva a cabo en el poema cuando dice: *Pienso que soy tu esposo / y que me engañas conmigo, o sea, te tengo pero no te poseo y por eso te busco y te quiero en la risa del amor prohibido.*

Amor y creación poética

El amor, para el psicoanálisis, es un fenómeno afectivo que se incluye dentro de la gran categoría de pulsiones que Freud llamó las pulsiones de vida (segunda teoría de las pulsiones) y que tienden a construir unidades cada vez mayores y a mantenerlas. También se designan con el término Eros y abarcan no sólo las pulsiones sexuales propiamente dichas, sino también las pulsiones de autoconservación (primera teoría de las pulsiones).

El amor, como la vida misma, es interpersonal e intersubjetivo. Necesitar el amor está en nuestra naturaleza como seres humanos. El bebé irremisiblemente tiene que amar a la madre –aunque también la odia- y después, ya sea que amemos a una persona o a la otra, requerimos que alguien sirva de objeto para nuestro amor. Aunque nuestra experiencia del amor determina la actitud que desarrollemos acerca del mismo, esa actitud siempre está abierta a ser revisada, cuando experimentamos circunstancias nuevas. Debido a nuestra necesidad de amor, nos vemos conducidos sin descanso hacia adelante, a conocer personas a quienes podamos amar y de quienes, a cambio, podamos recibir amor.

En esencia, los pensamientos de Freud (1914-1915/1981) acerca de la naturaleza del amor y sus vicisitudes se delinean en su trabajo del amor

de transferencia. Una parte de ese trabajo se refiere al problema de determinar qué es lo específicamente patológico del amor. Freud concluyó que todas las formas del amor —transferenciales o no— son hijas de la historia personal de cada uno. El amor nos transforma en criaturas temporales porque, por el amor, sucumbimos a la mortalidad. Nos confrontamos con la muerte y anhelamos, en nuestra existencia solitaria, que alguien comparta nuestra vida. Sin ese alguien, nos obsesionamos con las reminiscencias de nuestras más tempranas experiencias de amor, frente a las cuales, al ser frustrados, nos alejaron y que tratamos de ignorar. Cuando transferimos nuestras esperanzas de amor hacia alguien nuevo, reencarnamos la necesidad de amor que habíamos retenido y que dejamos caer en desuso. Frente a ese alguien nuevo se dejan salir todos los anhelos latentes, libidinales, que normalmente buscan ser expresados. Por eso el término transferencia, por sí mismo, no necesariamente implica algo patológico. Es un producto de la memoria, del amor que persiste sin importar cuánto nos resistimos ante él. La única cosa que podemos decir es que lo patológico del amor es su ausencia; la represión de sus reclamos. Freud creía que el amor negado era el único verdadero amor cuya tiranía nunca podemos superar (Thompson, 1994). Lo anterior implica que hay un componente gratificante y uno frustrante en el amor.

De acuerdo con Klein: “En el inconsciente del explorador, un nuevo territorio representa una nueva madre que compensará la pérdida de la madre real” (1937, p. 336). Se podría parafrasear lo anterior diciendo: En el inconsciente del poeta, un nuevo verso representa una nueva madre que compensará la pérdida de la madre real.

El dolor del amor, con todas sus dificultades, frustraciones y sacrificios, conduce al poeta a buscar la gratificación personal —tanto narcisista como altruista— de encontrar el amor y la devoción en la palabra amorosa y a la vez dolorosa y descarnada.

Amor, sexualidad y creación poética

Veamos por análisis de contenido el siguiente poema y leamos las palabras del propio Sabines, su ritmo y su sonido armónico, cuyo efecto en parte se logra mediante la repetición:

“Yo no lo sé de cierto”:

*Yo no lo sé de cierto, pero supongo
que una mujer y un hombre
algún día se quieren,
se van quedando solos poco a poco,
algo en su corazón les dice que están solos,
solos sobre la tierra se penetran,
se van matando el uno al otro.*

*Todo se hace en silencio. Como
se hace la luz dentro del ojo.
El amor une cuerpos.
En silencio se van llenando el uno al otro.*

*Cualquier día despiertan, sobre brazos;
piensan entonces que lo saben todo.
Se ven desnudos y lo saben todo.*

(“Yo no lo sé de cierto. Lo supongo”).
(Sabines, 1950-1991, p.15)

Este es un poema erótico y amoroso a la vez. Por intensidad, destaca la metáfora cuya expresión dice: “*Todo se hace en silencio. Como/ se hace la luz dentro del ojo*”, llevándonos como lectores a pensar en un erotismo visual o voyeurismo —que es el placer de ver—, placer ya instaurado en el niño desde temprana edad y que alcanza su máxima expresión cuando espía y ve en la realidad o en la fantasía o desde la represión, el acto sexual de sus padres (aunque esto es algo que pocas veces se recuerda, pues queda reprimido y por desplazamiento quizá sólo se recuerde el haber espionado la cópula animal o la desnudez de algún pariente), lo que

implica además la propia fantasía incestuosa del niño de ser él uno de los protagonistas de esa escena primaria que contempla en silencio.

Nos habla además de dos seres humanos, solitarios, que se encuentran, se quieren y se van uniendo eróticamente gracias al amor, pero no necesariamente con una meta reproductiva. Las tres primeras partes constituyen el preludeo erótico del encuentro, es el poco a poco del erotismo que sucede lenta y largamente, quedando el acto sexual al final, que en el poema apenas queda implícito, como algo que pasó (*despiertan, sobre brazos;*), es decir, después de la languidez y del sueño que produce el clímax sexual.

Habla además, como fenómeno creativo, de la contradicción entre vida y muerte, matizada por el afecto (*solos sobre la tierra se penetran/ se van matando el uno al otro*). Se destaca también el fenómeno janusiano, del uso de opuestos para dar mayor intensidad (González Núñez, 1996), en donde la visión de la muerte sólo se explica para el que vivió el goce. Es decir, el que goza tiene la contraseña de dicho goce para saber que ha vivido; gozó: sabe que está vivo. Y así, la muerte es la muerte del goce, sólo quien gozó eróticamente sabe qué es la muerte, cuando dicho goce ya no está entonces tiene que volver a empezar a buscarlo o resignarse frente a su pérdida. Esta es una idea que lanza el poeta pero que se le vuelve tortuosa, porque significa que nunca se alcanza el goce a plenitud sin que éste muera, y entonces recurre a una desafectivización con afecto, valga la contradicción, mediante la imagen de mayor intensidad: *Todo se hace en silencio. Como /se hace la luz dentro del ojo*, llevándonos a pensar que haber visto o imaginado la escena primaria deslumbró al niño voyeurista que era este poeta; que somos muchos de quienes gozamos de sus poemas y recurre a una metáfora más bien física, más fisiológica que emocional: los ojos, ventanas del alma, se convierten en un órgano sensorial cuyos reflejos fisiológicos frente a la estimulación luminosa hacen que se contraiga la pupila, la desafectivización ha ocurrido, cuando en realidad quería simbolizar cómo el hombre penetra a la mujer uniéndose ambos, fundidos y perdidos en el amor silencioso hasta volverse un punto negro, hoyo negro de la muerte que los lleva al sueño, donde desaparece el placer y que los regresará tarde o temprano al principio del deseo incierto.

En este poema se observa cómo el poeta vive como un acto de transgresión el voyeurismo de la escena primaria. El erotismo visual reactiva sus deseos incestuosos al ver a la pareja en el coito, frente a los cuales se impone el tabú del incesto. El poeta debe aceptar dicho tabú, dicha prohibición, simbolizada como una luz cegadora que impide seguir viendo, asume dicho tabú y sólo así puede seguir escribiendo.

La repetición como recurso poético creativo se observa aquí en la frase *Yo no lo sé de cierto. Lo supongo*; la repetición de la palabra o patrón tiene un efecto casi hipnótico, apropiado para la grandeza del contenido del poema, que es el poner en duda algo para darle mayor fuerza a la afirmación (Arieti, 1976). El poema abre y cierra con esta frase, como si el poeta nos diera a entender que de la misma manera una mujer y un hombre se encuentran, realizan su encuentro erótico y al terminar anuncian el inicio del siguiente.

Este poema privilegia el sentimiento amoroso en la expresión erótica de la pareja. Dice: *“una mujer y un hombre/ algún día se quieren,/se van quedando solos poco a poco,/ algo en su corazón les dice que están solos,/solos sobre la tierra se penetran,”*, significando en el algún día, lo fortuito del encuentro, la probabilidad ocurre: se encuentran y se enamoran. Se quedan solos porque van privilegiando la relación con el otro; como en el proceso de percepción, se enfoca la atención y la vista en un objeto, y el resto de los demás objetos pasan a segundo plano, se vuelven borrosos. Esto representa en lo emocional que la persona amada adquiere primacía por el afecto que se le deposita, mientras que se resta importancia a las personas que no pueden servir como sustitutos del amor original. De todas maneras, el amor es primero, y luego el erotismo y la sexualidad.

Después dice: *“El amor une cuerpos./ En silencio se van llenando el uno al otro.”* Sugiere que se llenan eróticamente de caricias, de besos, de líquidos, de humedades, de semen. Es el preludio de la consumación del acto sexual que entre más se prolonga, conduce a una mejor satisfacción y a un orgasmo más pleno. El momento del orgasmo es el momento máximo de la conjunción sexual, de comunicación física y emocional más profunda, de unión total; se revive esa simbiosis temprana con la

madre o con el padre y se pierden los límites que separan a los sujetos entre sí, por un instante se reexperimenta el sentimiento oceánico. Es un momento de despersonalización en donde la pareja se posee plenamente, *se van matando el uno al otro*, cada uno deja de existir aisladamente y es en el otro, en la unión absoluta con el otro, donde nace otro: un tercero. Para el tercero y para el primero y el segundo, el amor es primero.

Las fronteras entre el amor y el erotismo se juntan y se separan de la sexualidad. El que ama conoce el erotismo. El que no ama, sólo conoce el sexo, su orgasmo es de índole fisiológica, sin plenitud erótica, pues no tiene necesidad de buscar a ninguna persona amada, sólo se procura una descarga y por eso, después del orgasmo no puede permanecer mucho tiempo junto al otro, pues se vive al otro como si no fuera la persona amada. La relación sexual abierta es la tumba del erotismo, y el regreso a la animalidad. Pero el erotismo revestido de amor es lo que le permite al hombre volver a ser niño, restaurar sus heridas de amor y alcanzar a sentirse plenamente compenetrado con su objeto. Gracias al cuerpo, el amor es erotismo. Ambos, amor y erotismo, se alimentan de la fuente original: la pulsión sexual. En la pulsión sexual el amor es primero.

En la poesía amorosa de Sabines se encuentra siempre escondida la muerte, como símbolo del goce que se acaba. Además, detrás del deseo irremediablemente se encuentra el dolor de la pérdida.

En el poema "*Me gustó que lloraras*", dice:

*Me gustó que lloraras.
¡Qué blandos ojos
sobre tu falda!
(...)*

*Quise decirte: hermana.
Para incestar contigo
rosas y lágrimas.*

*Duele bastante, es cierto,
Todo lo que se alcanza.
Es cierto, duele
no tener nada.*

*¡Qué linda estás, tristeza,
cuando así callas!
¡Sácale con un beso
todas las lágrimas!*

*¡Que el tiempo, ah,
te hiciera estatua!*
(Sabines, 1950-1991, p. 16)

En este poema se ve reflejada una de las características de la poesía de Sabines, en donde se observa la intensidad de la relación incestuosa con la hermana que sería un desplazamiento de la madre y un desplazamiento hacia las otras mujeres en las cuales se vive el dolor de tenerlas y de perderlas —duele tener y duele perder— en el incesto, duele tener al objeto del incesto y duele perder al desplazamiento simbólico del incesto. ¿Qué le duele más al hombre? ¿Tenerlo o perderlo? Duele más perder al objeto que no tenerlo nunca. Quizá por eso hay quienes eligen no buscar ni tener al amado y dejan que su erotismo muera, para salvarse del dolor de perderlo, aunque, es cierto, también se salvan de vivir. Duele tener algo porque al tenerlo, el hombre sabe que lo va a perder: si el hombre tiene amor, lo va a perder; si tiene alegría, la va a perder; si tiene vida, también va a perderla. Pero lo cierto es que no se pierde el goce aunque se sepa que al final se va a perder. O sea, es preferible el dolor de perder que el no tener amor alguno. Dicen que amar duele y es cierto. Y por ello, al final del poema, en un acto desesperado, el poeta desea agresivamente sacarle todas las lágrimas a los ojos de la mujer amada para hacerla estatua y poderla tener siempre. Nuevamente, en un acto de desafectivización, convierte en cosa a una persona querida ante la angustia de la pérdida.

La pregunta final sería: ¿está destinado el hombre a que, tarde o temprano, muera el erotismo que lo une a su pareja? La respuesta casi parece

inevitable... y afirmativa. Aunque el erotismo, que es búsqueda, no necesariamente muere, puede renacer transformado. El amor se encuentra en el interior del hombre y el encuentro erótico amoroso asegura la posesión instantánea y precaria del otro. A menos que se tenga la creatividad suficiente para revivirlo y transformarlo, a sabiendas de que quizá, tarde o temprano, se transforme en otro sentimiento como la ternura y la compasión. Unamuno, ya anciano, decía: "No siento nada cuando rozo las piernas de mi mujer, pero me duelen las mías si a ella le duelen las suyas". La otra alternativa es renunciar, desde ya, al amor y al erotismo para no ver el día en que llegue su muerte, su fin. Pero, ¿no sería eso como morir en vida?

El deseo es placer erótico que se vuelve placer estético y que se manifiesta en la habilidad de formar metáforas. La habilidad para formar metáforas revela la riqueza y versatilidad de la imaginación del poeta, la potencialidad de su mente, la cualidad visionaria de su poesía. La vividez de la imaginación no ocurre en todo el fenómeno poético. La imaginación se transforma en similaridad o identidad metafórica.

La metáfora buena, exitosa, aun cuando parece restarle a la realidad, nos enseña algo y tiene valor estético. Cuando el poeta dice A es como B, nos transporta en un universo en donde lo real y lo irreal se unen para darnos una visión de profundidades y dimensiones insospechadas.

Por último, disfrutemos el siguiente poema:

"Te quiero a las diez de la mañana"

Te quiero a las diez de la mañana, y a las once, y a las doce del día. Te quiero con toda mi alma y con todo mi cuerpo, a veces, en las tardes de lluvia. Pero a las dos de la tarde, o a las tres, cuando me pongo a pensar en nosotros dos, y tú piensas en la comida o en el trabajo diario, o en las diversiones que no tienes, me pongo a odiarte sordamente, con la mitad del odio que guardo para mí.

Luego vuelvo a quererte, cuando nos acostamos y siento que tú estás hecha para mí, que de algún modo me lo dicen tu rodilla y tu vientre, que

mis manos me convencen de ello, y que no hay otro lugar en donde Yo me venga, a donde Yo vaya, mejor que tu cuerpo. Tú vienes toda entera a mi encuentro, y los dos desaparecemos un instante, nos metemos en la boca de Dios, hasta que Yo te digo que tengo hambre o sueño.

Todos los días te quiero y te odio irremediabilmente. Y hay días también, hay horas, en que no te conozco, en que me eres ajena como la mujer del otro. Me preocupan los hombres, me preocupo Yo, me distraen mis penas. Es probable que no piense en ti durante mucho tiempo. Ya ves. ¿Quién podría quererte menos que Yo, amor mío?
(Sabines, 1950-1991, p. 185)

En este poema se observan las siguientes metáforas eróticas: “no hay otro lugar en donde Yo me venga (hay que captar el doble sentido de las palabras, repitiendo: “no hay otro lugar en donde Yo me venga), a donde Yo vaya (y termine), mejor que tu cuerpo.” Y en la metáfora: “Tú vienes toda entera a mi encuentro, y los dos desaparecemos un instante, nos metemos en la boca de Dios”. Se observa el momento regresivo pre-ediípico, el retorno a la simbiosis, de ser uno con el otro y desaparecer como individuo. Los elementos de sexualidad pregenital se observan en el elemento edípico e incestuoso: “hay días también, hay horas, en que no te conozco, (como el bebé con su madre en el primer año de vida) en que me eres ajena como la mujer del otro” (o sea, la de mi padre). En cuanto al aspecto fonético del goce poético se encuentra dado por el ritmo que brinda la repetición: “Te quiero a las diez de la mañana, y a las once, y a las doce del día. Te quiero con toda mi alma y con todo mi cuerpo, a veces, en las tardes de lluvia. Pero a las dos de la tarde, o a las tres (...)”. Finalmente, el fenómeno janusiano (Rothenberg, 1994) que consiste en concebir activamente oposiciones o antítesis simultáneas se encuentra en la expresión: “Todos los días te quiero y te odio irremediabilmente”.

Se puede concluir lo siguiente:

1. El placer perceptual de la poesía está dado por los aspectos fonéticos y por la imaginaria que evoca significados que le dan sentido a las

experiencias humanas universales más íntimas, como el amor y el erotismo.

2. El efecto poético tiene que ver con la capacidad del poema de estimular el goce infantil pregenital del lector. A su vez, la creatividad del poeta surge del cuerpo erógeno, y el placer estético de su trabajo surge de sus propias fuentes eróticas pregenitales e infantiles.
3. La poesía hace uso de la metáfora para hablar de temas como el sexo y el erotismo. Además, recurre a mecanismos creativos como el fenómeno janusiano del uso de opuestos que le da mayor fuerza a sus metáforas. En la poesía de Sabines, el erotismo es visto como el acto de desnudarse y salir en la búsqueda de una persona querida que representa al objeto incestuoso infantil, para llegar al encuentro erótico con el otro que se vive como un acto de transgresión. Dicha búsqueda erótica se vuelve en sí misma más importante y placentera que el coito como tal; y en ella, las pulsiones pregenitales como el voyeurismo le añaden goce al placer erótico. El acto sexual por sí mismo es visto como la muerte del goce, del erotismo y del amor.
4. Sabines en su poesía nos habla del amor, del goce, de la muerte y del dolor de perder el placer amoroso; parece juego de palabras pero tiene sentido. El sentido es que el amor es primero. Habla de lo insoportable que es el sufrimiento de perder al ser amado. Sin embargo, nos da a entender que es preferible vivir y gozar a la persona amada, aunque duela perderla, a no vivirlo nunca.

Finalmente, la poesía es un quehacer artístico que, como el erotismo, nos desnuda frente a la verdad de lo que somos y lo que podemos dar y llegar a ser como seres humanos. Como en la desnudez amorosa, como en el amor, como en el enamoramiento y como en el dolor del amor, la poesía un día llega a abrirnos los ojos y el corazón para ver y sentir con otro lo que es vivir y gozar y para vivir y saber lo que es morir y sufrir. La lectura de la poesía erótica y amorosa se hace, pues, con todos los sentidos y con el entendimiento.

EN LA SEXUALIDAD MASCULINA, LA GRATITUD ES PRIMERO

Doctora Ma. del Pilar Rodríguez Cortés

La sexualidad es un área compleja del comportamiento humano. Los humanos somos seres sexuales desde el nacimiento hasta la muerte. Las manifestaciones sexuales cambian con la edad, además de que hay una importante interacción entre nuestra sexualidad, actitudes preferenciales, patrones de comportamiento y la sociedad en que vivimos. La sexualidad siempre ha sido parte central de la vida y siempre lo será. Sin embargo, se le relaciona con muchos hechos que no la ensalzan, sino que la degradan. Los medios de comunicación utilizan el sexo de muy diversas maneras; por ejemplo, para vender todo tipo de productos, desde automóviles hasta perfumes. Como resultado, las personas piensan con frecuencia que sus vidas sexuales son poco adecuadas porque en nada se parecen a la de los modelos que presentan los medios masivos de comunicación y que sus propios intereses carecen de valor. Una de las consecuencias de este hecho es que podemos hablar de la sexualidad de manera graciosa, pero por lo general llegan a confundir al espectador.

En el momento de la concepción se define el sexo de la persona. Se es hombre o se es mujer. La sexualidad abarca a toda la persona: física y psíquicamente, de modo que la forma de enfrentarse a la vida, de vivir sus experiencias, es conforme a su individualidad sexual. El sexo no es algo que tengo o que hago, es lo que soy.

¿Qué es lo que determina el sexo en las personas? Lo determinan los siguientes factores:

1. El sexo cromosómico: el hombre colabora con la mujer ya sea con un gene X o con un gene Y en la procreación de un nuevo ser y de acuerdo a su colaboración éste será hombre o mujer. La mujer siempre colabora con un gene X.
2. El sexo morfológico, que se refiere a la parte física y funcional de los órganos específicos, femeninos o masculinos.

3. El sexo psicológico, referente a la parte psíquica y afectiva de la persona.

Se vive una sexualidad sana cuando existe equilibrio entre las manifestaciones físicas y psíquicas de las características sexuales de la persona. En el ser humano las relaciones íntimas entre un hombre y una mujer están encaminadas a unirlos afectivamente, porque es la más profunda expresión del amor, la entrega total de las personas.

El aporte revolucionario del pensamiento freudiano (Freud, 1905/1981) fue situado primero del lado de la sexualidad: reconocimiento de una sexualidad infantil, así como del sentido sexual inconsciente de muchos de nuestros actos y representaciones. Si la sexualidad no se limita a la genitalidad y si, sobre todo, las pulsiones sexuales producen de manera indirecta nuestro amor por la belleza, la gratitud, nuestros principios morales, es necesario ampliar considerablemente la definición de sexualidad. El término designa comportamientos más allá de la sexualidad biológica, así como el modo en que, en el inconsciente, los dos sexos se reconocen y se diferencian.

La sexualidad y el amor son elementos muy importantes de la experiencia humana. La capacidad de amar y de experimentar placer sexual enriquece sobremanera nuestras vidas. Todas las funciones adultas son el resultado de un proceso de desarrollo largo y epigenético. Por tanto, es necesario comprender que la sexualidad humana se compone de dos elementos: la biología y la historia. Es decir, nuestra sexualidad es el resultado de la interacción entre nuestra pulsión sexual biológica y nuestras experiencias vitales. La biología es una constante. Toda persona sana tiene una pulsión sexual determinada genéticamente. Forma parte de nosotros exactamente de la misma manera que la necesidad de dormir, de comer, de evitar el dolor y de relacionarnos. Pero la experiencia vital es muy variable y depende de las vivencias de cada persona.

La pulsión sexual humana experimenta cambios concretos a lo largo de la vida. Está en nosotros desde el nacimiento hasta la muerte, pero no con la misma intensidad.

De acuerdo con Kaplan (2003) existen las siguientes etapas de la sexualidad humana:

- 1) El periodo que abarca desde el nacimiento hasta los cuatro años aproximadamente;
- 2) la primera infancia (a la que en psicoanálisis se denomina fase edípica), que abarca entre los cuatro y los ocho años aproximadamente;
- 3) la segunda infancia o "periodo de latencia", que dura aproximadamente de los ocho años a la pubertad;
- 4) la adolescencia, desde la pubertad a la edad adulta;
- 5) la madurez;
- 6) la vejez, desde la menopausia al final de la vida.

Funciones de la sexualidad. La sexualidad permite primero la expresión del amor, luego de la procreación; también produce placer y felicidad. Fortalece la identidad sexual y favorece la unión de la pareja (González Núñez, 2004a). Se pueden nombrar las siguientes funciones de la sexualidad:

- 1) Procrear. La maternidad y la paternidad son facultades que el hombre y la mujer tienen para dar la vida, cuidarla, guiarla, ayudar a un nuevo ser humano a crecer.
- 2) Fortalecer la personalidad. La aceptación de otra persona genera mayor fuerza en el Yo, dejando al individuo más flexible y con menos demandas en otras relaciones interpersonales. Se vuelve más tolerante y más afirmativo hacia otras personas. La saciedad sexual no se da sólo con la descarga pulsional. Se da cuando existe tranquilidad que fortalece a la masculinidad en el hombre y la femineidad en la mujer (González Núñez, 2004b). La sexualidad es la raíz y las ramas del árbol que debemos cuidar, alimentar y podar para darle vida a la savia de nuestra identidad, que es lo que realmente fortalece al Yo.
- 3) Placer. Se inicia el acto sexual con diversas expresiones de ternura que culminan con el coito. Generalmente esto provoca una fuerte sensación de placer físico y así se contribuye al don mutuo del placer. El placer que da la actividad copulativa se produce mayor-

mente cuando la pareja se encuentra atada por un vínculo afectivo. El placer es ambivalente, es valorado y satanizado; sin embargo, no deja de ser una experiencia que el placer de la sexualidad es una dádiva, un don, que un miembro de la pareja otorga al otro y viceversa.

La experiencia amorosa

En las distintas especies animales se encuentra una gran variedad de modelos de apareamiento. Estos modelos de conducta son heredados, no aprendidos. Por ejemplo, los monos, las vacas, los corderos y los gallos son promiscuos. Otras especies como los gansos, las águilas y los lobos, se aparean sólo con sus parejas. En el caso del ser humano, en la mayor parte de los casos, se encuentra feliz y satisfecho cuando tiene una pareja de la que se enamora y con la que se puede establecer una relación de amor duradera y segura. Es agradable comunicarse con esa persona y compartir con ella a muchos niveles. En el marco de una relación así, de una relación amorosa, íntima y madura, la sexualidad es una experiencia enriquecedora única. Algunos psicoanalistas consideran que los individuos que nunca han vivido una relación amorosa duradera y positiva son inhibidos ante el amor, o bien sienten un temor neurótico a la intimidad (Horney, 1990). Así, una relación amorosa íntima y mutuamente satisfactoria convierte a la relación sexual en una experiencia muy placentera y, lo que es más importante, el compartir la vida con una persona a la que se ama es una fuente de felicidad y de tranquilidad, que permite salgan a la luz los aspectos mejores y más creativos de la personalidad de los dos compañeros.

La intimidad es la espina dorsal de la sexualidad y del amor. Con la intimidad en una relación amorosa, los potenciales de la gratificación sexual son extraordinarios. Además, existe un lazo afectivo que incluye una preocupación mutua, responsabilidad y confianza. La intimidad se refiere a todos aquellos afectos que se dan en una relación humana y que fomentan la proximidad y el vínculo entre ellos (González Núñez, 2004b). Una relación íntima es una relación única, propia de quienes la tienen, gozosa, confiable, que no esclaviza; por el contrario, libera.

El enamoramiento es una parte del proceso amoroso y afectivo; constituye una etapa en el curso del proceso amoroso.

Todas las personas, mujeres y hombres, necesitan comunicarse afectivamente, vincularse con alguien. En el vínculo amoroso se entremezclan muchos factores conscientes e inconscientes, que muchas veces no son fácilmente reconocibles a la luz de la conciencia. Este tipo de vínculo satisface muchas necesidades reales, así como otras imaginadas y subjetivas.

El inicio del enamoramiento se presenta como algo que brota, que de manera desbordada inunda todo nuestro ser como una experiencia cumbre que nos dirige hacia la persona elegida (Padilla y Rodríguez, 2003). Es la contraseña del encuentro con la persona deseada, es la búsqueda de la aproximación, el deseo de aceptación, de contacto, de fusión. Cuando la persona amada responde positivamente a nuestro deseo amoroso se da la vivencia del éxtasis. Cuando, por el contrario, ante el enamoramiento no existe una mutua correspondencia, el deseo y la frustración continua generan un estado de tristeza profunda. No se da el encuentro.

Cuando la persona está enamorada vive un intenso deseo fusional. Se desea estar con la persona, incorporarla a nuestro cuerpo, a nuestra vida, a nuestro mundo y formar parte de todo él o ella. Es lógico, se busca su contacto primero a través de la mirada, y si la contraseña existe, la persona siente. Luego se busca el contacto a través de la piel y de los demás sentidos hasta llegar, como meta final, al coito.

Desde el punto de vista del antropólogo, Desmond Morris (2002) afirma que en el caso del hombre y la mujer, una de las circunstancias que influyeron para enamorarse fue su propia infancia. Durante los largos años de su crecimiento, el niño o niña crean una profunda relación personal con sus padres, una relación fuerte y duradera. La pérdida de este lazo familiar, al llegar a la madurez y a la interdependencia, produce un vacío afectivo, un hueco que hay que llenar. Por consiguiente, necesitan la creación de un nuevo e igualmente poderoso vínculo que sustituya al antiguo. Lo consigue primero inventando una fase de galanteo prolongado y excitante. Para mantener una relación duradera, hace más comple-

jas y placenteras las actividades compartidas con la pareja. En otras palabras, consigue que el sexo, sea más sexo. La gran abundancia de copulación se debe, evidentemente, no a la producción de retoños, sino al reforzamiento del lazo entre la pareja, gracias a los mutuos goces de los compañeros sexuales. Todos los mejoramientos de la sexualidad contribuyen a fortalecer el vínculo entre la pareja y a mantener la unidad de la familia. Entonces enamorarse es crear un poderoso vínculo con el objeto de nuestra atención sexual. Este fenómeno de fijación sexual produce el importantísimo compañerismo a largo plazo, tan vital para las prolongadas exigencias familiares.

Escribe Alatríste (2004) que desde el punto de vista del psicoanálisis, en una pareja existen necesidades tanto amorosas como agresivas que deben ser satisfechas. Una pareja bien avenida es aquella que logra satisfacer ambas necesidades. Las necesidades libidinales son aquellos afectos positivos como la ternura, la compañía, el entendimiento, la comprensión, hasta llegar a la erotización visual, corporal y el orgasmo.

En realidad, la verdadera satisfacción sexual no viene del simple acto de descargar la pulsión. Eso es lo que da placer. Pero la verdadera satisfacción sexual, primero en el afecto (González Núñez, 2004a) y luego en la sexualidad, viene cuando se encuentra a la persona adecuada, con la que realmente existe un acoplamiento y una gran libertad para expresarse sexualmente. Es decir, en la sexualidad masculina, el afecto es primero.

Describe Brown (2003) en su libro *El código da Vinci*, una ceremonia de orígenes místicos que se conoce como *Hieros Gamos*. Esta es una expresión griega que significa matrimonio sagrado. Es una experiencia espiritual en donde el acto sexual era una relación a través de la cual tanto el hombre como la mujer experimentaban a Dios. El clímax se acompañaba de una fracción de segundo totalmente desprovista de pensamiento, un brevísimo vacío mental. La relación sexual era, de esta forma, la unión de las dos mitades del espíritu humano, la masculina y la femenina, a través de la cual se encontraba la plenitud espiritual. La unión física era un medio para llegar al conocimiento de lo divino. Lo anterior tenía referencias bíblicas.

Uno de los libros de La Biblia, el Antiguo Testamento, es un ejemplo apropiado para observar un canto en el que se destaca el amor, el placer, la entrega y la sexualidad.

El Cantar de los cantares

El Cantar de los cantares es un poema. Para escribir poesía, como decía Alfonso Reyes, el laureado escritor mexicano, se requiere de cierta temperatura emocional y por supuesto del don de la palabra.

La Biblia es uno de los libros más hermosos del mundo (traducido a todos los idiomas que se conocen), ya que es la historia del ser humano y de sus relaciones con los demás. Biblia es una palabra griega que significa los libros. La Biblia se divide a su vez en Antiguo testamento (escrito en hebreo y en arameo) y Nuevo testamento (escrito en griego). Testamento significa pacto, alianza.

En la Biblia se habla de virtudes humanas como la esperanza, la prudencia, la belleza femenina, la conquista masculina. En el Cantar de los cantares se habla del amor, del placer de la sexualidad, que es una dádiva desinteresada que un miembro de la pareja otorga al otro y viceversa.

El poema es uno de los libros del Antiguo testamento, obra atribuida al Rey Salomón (siglo X antes de Cristo). El título de este libro traduce literalmente un hebraísmo que significa “El mejor (o más bello) de los cantares” o “El cantar por excelencia”. Dividido en seis poemas o cantos y bajo la forma de un diálogo entre el amado y la amada, su tema es el amor.

El Cantar siempre sorprenderá a los que sólo han visto la Biblia como un libro de religión. El poema nos lleva mucho más allá: al encuentro de él y de ella. De ahí el título que el libro se da a sí mismo: El canto sublime.

Este canto es una obra cargada del más vibrante erotismo, sexualidad y entrega. Algunos estudiosos sostienen que consiguió su sitio entre los libros sagrados porque los sacerdotes veían en él algo más que una exaltación del amor terrenal. Otros opinan que además de su sentido literal, existe un sentido simbólico que describía la boda mística entre

Dios y el pueblo judío (Schwartz, 1997), representando respectivamente al novio y la novia. Se interpreta también como la unión entre Dios y el alma del ser humano. El poeta místico español del siglo XVI fray Luis de León pasó cinco años en prisión por traducir el poema al castellano y comentarlo en su sentido literal para uso de un amigo que no era capaz de leerlo en latín, única lengua en que estaba permitido por las autoridades. En el prólogo del manuscrito, el fraile agustino señalaba que el sentido espiritual del poema ya había sido tratado por personas muy doctas, de modo que él sólo trabajaría las palabras así, llanamente, al parecer dichas y respondidas entre Salomón y su esposa. Algunas copias del manuscrito empezaron a circular clandestinamente en España, y el Santo Oficio castigó al autor de la traducción (Schwartz, 1997). Cuando se reincorporó a su cátedra en la Universidad de Salamanca después de cumplir su condena, fray Luis de León empezó la clase con la célebre frase: "Como les decía ayer..."

A continuación se verá el contenido de algunos fragmentos de este poema:

Prólogo (La Biblia, 1972)

Ella

2 *¡Que me bese
con los besos de su boca!*
3 *Tus amores son un vino exquisito,
suave es el olor de tus perfumes
y tu nombre, ¡un bálsamo derramado!
por eso, se enamoran de ti las jovencitas.*
4 *¡Llévame, oh Rey, a tu habitación
para que nos alegremos y regocijemos,
y celebremos, no el vino, sino tus caricias.
¿Cómo podrían no quererte?*

Es un breve monólogo de la novia en el que expresa con ardor sus anhelos amorosos. Este primer canto de amor es el sueño de la amada que se regocija porque volverá al rey y se imagina el diálogo que sostendrá ese día.

Primer poema

Ella

*4 Me llevó a una bodega de vino:
su divisa de amor estaba encima de mí
5 Pásenme pasteles de pasas.
Reanímenme con manzanas,
porque estoy enferma de amor.
6 Su izquierda se desliza bajo mi cabeza,
y su derecha me abraza.*

En este primer poema, la ansiosa novia desea encontrar a su amado. Viene la respuesta del novio y se entabla un apasionado diálogo entre la pareja, que culmina con la unión corporal ("*su izquierda se desliza bajo mi cabeza/ y su derecha me abraza*") y la mutua entrega feliz.

Segundo poema

Ella

*4 ¿Han visto a mi amado?
Apenas los había dejado
cuando encontré al amado de mi alma.
Lo abracé y no lo soltaré más
hasta que no lo haya hecho entrar
en la casa de mi madre,
en la pieza de la que me dio a luz.*

La novia sale de noche a buscar a su amado por la ciudad; una vez que da con él, lo conduce a su casa, y lo introduce en la alcoba donde la concibió su madre, en la que se entregan al amor.

Cuarto poema

Él

*10 ¡Qué amorosas son tus caricias,
novia mía!
¡Más delicioso es tu amor que el vino!
Y el olor de tus perfumes
supera cualquier otro.
11 Los labios de mi novia
destilan pura miel;
debajo de tu lengua
se encuentra leche y miel,
y la fragancia de tus vestidos
es la de los bosques del Líbano.*

La expresión de “miel y leche hay bajo tu lengua”, es una expresión utilizada en el libro del Exodo cuando Dios promete liberar al pueblo israelita de Egipto y conducirlo a “una tierra que mana leche y miel”. El encuentro desemboca en la unión carnal de la pareja, expresada con la bella metáfora de la entrada del hombre en su huerto. “Venga a mi huerto mi amado/ a comer de sus frutos exquisitos” dice la novia. Su amante no se hace esperar.

Epílogo

Ella

*Si alguien quisiera comprar el amor
con todo lo que posee en su casa,
sólo conseguiría desprecio.*

En el epílogo la novia reflexiona sobre el poder del amor (fuerte como la muerte) y, en un admirable broche de oro, proclama su absoluta entrega.

La sexualidad es una entrega, una dádiva desinteresada.

Dar es el acto en que se concreta el amor, pero dar no es despojarse de cosas, sino enriquecer al otro con los propios valores. Darse a sí mismo en lo que uno es. El amor lleva a la pareja a donarse mutuamente, uno ya no vive para sí, el mayor anhelo es unirse al ser amado en una comunión de vida donde uno se enriquece con el otro, donde uno piensa en función del otro y ambos buscan acrecentar su amor día a día.

La sexualidad no se identifica con el afecto que puede acompañarla (enamoramamiento, gozo, fruición, alegría), sino con la entrega que en el humano se basa en la capacidad de darse (Malo Pé, 2004) y que ninguno puede conferirse a sí mismo. Para que la entrega se dé se requiere de la actividad de otra persona que, a su vez, se da. Mediante esta estructura de dar y recibir puede resolverse la paradoja romántica del amor: una dependencia en que se siente la infinitud del propio Yo. En efecto, el amor y la sexualidad mantienen una interdependencia llena de actividad, en donde la complementariedad promueve el crecimiento mutuo. Este carácter enriquecedor del amor y la sexualidad se funda en la gratitud que favorece la reciprocidad. La entrega al otro además de permitir a la persona una mayor identidad, una autoposesión y una autodeterminación más libre, la hace feliz. De ahí que en la felicidad de la entrega al otro, se agradece el goce que el hombre y la mujer se dan mutuamente y así la sexualidad alcanza la cima más elevada: la persona no sólo sabe que ama, sino que, sobre todo, se sabe amada y se siente agradecida de modo infinito.

Dice el escritor Paulo Coelho (2003), en su libro *Once minutos*: “El amor no está sólo en el otro, está dentro de nosotros mismos; nosotros lo despertamos. Pero para que despierte necesitamos del otro. El universo sólo tiene sentido cuando tenemos con quién compartir nuestras emociones” (p. 141).

Cuando la sexualidad se vive integrada en el proyecto total de la persona, se convierte en el lenguaje y expresión del amor personal que abarca el componente afectivo y la entrega a otro. El amor es entrega, es darse, es ofrecer la vida entera a otra persona y recibir la suya. Es el camino para encontrar la plenitud personal.

Si es a través de las pulsiones sexuales que se produce de manera sublimada nuestro amor por la belleza, la esperanza, la prudencia, la gratitud, nuestros valores; el compartir la vida con una persona a la que se ama es fuente de felicidad y de tranquilidad, donde emergen los aspectos más creativos de la personalidad de los dos compañeros; si el individuo se vuelve más flexible, más tolerante, más afirmativo, con más identidad; si el placer de la sexualidad es una dádiva desinteresada, un don que un miembro de la pareja otorga al otro y viceversa; si lo anterior se escribió en un poema bíblico hace más de dos mil años, entonces: en la sexualidad masculina la gratitud es primero.

EL ADULTO MAYOR Y SU SEXUALIDAD

Doctora María del Carmen Gamietea Domínguez

Si tuviéramos un espejo que nos permitiera ver la imagen que a futuro tendríamos, veríamos a un ser desconocido, extraño para los demás y para nosotros mismos: una persona con arrugas, con mirada apagada, lagrimear constante, pómulos hendidos, flácidas mejillas, nariz y orejas grandes. Dificilmente creeríamos que se trata de nosotros. Es que el proceso de envejecimiento se inicia desde el nacimiento. Fuera de las modificaciones que el organismo va teniendo en la infancia, adolescencia, en un lapso de veinte años; aproximadamente en los cuarenta años siguientes, los cambios son paulatinos, casi imperceptibles de un año a otro.

La piel va adquiriendo otros aspectos. Cada surco en ella es testigo delator de que el tiempo va transcurriendo, aunque nosotros, familiarizados cotidianamente con ella, aparentemente no nos damos cuenta. Se tiene la idea de que con los años se pierde belleza, atractivo, interés y motivación sexual, por lo que se espera que en la última etapa de la vida no se ejerza la sexualidad.

En la sociedad actual, que ha ido aceptando la expresión sexual de sus miembros, resulta sorprendente que la población senescente esté aún llena de prejuicios, mismos que repercuten negativamente en la calidad de su vida.

En nuestra cultura a los adultos mayores se les ve como seres asexuados y ellos mismos responden a esta expectativa social inhibiendo su sexualidad. A aquellos que no lo hacen, se les cataloga de anormales, seniles y cochinos, por lo cual se deprimen y en consecuencia, declina su apetito sexual.

Mishara y Riedel (1986) mencionan las ideas que han identificado con respecto a la sexualidad: ésta es aceptada en los jóvenes, porque están en edad procreativa, son ellos los del atractivo físico, gozan de mayor tensión sexual, tienen un nivel de funcionamiento sexual óptimo y son capaces de ser románticos. Estas ideas tienen su fundamento en el este-

reotipo de la belleza y la sexualidad, como exclusivo de la juventud, que asigna para las personas en edad proecta los calificativos de rucos, carcamanes, simpáticos, pero nunca bellos, ni capaces de ejercer su sexualidad como medio de obtención de placer, de contacto, de autovaloración.

Si se acepta la conducta sexual de los senescentes, es como aceptar la sexualidad de los padres, lo que resulta muy doloroso, por lo que a veces se niega. Pero actualmente cada vez se censura menos (González Núñez, 1986). Los hijos que censuran la sexualidad de sus padres, es probable que a su vez hayan sido censurados por sus padres durante el despertar de su sexualidad adolescente.

Se ha mencionado que los afectos son derivados de las pulsiones, la sexualidad es un derivado de la pulsión libidinal (González Núñez, 1988). Así pues, los afectos son manifestaciones internas y externas que se relacionan con el contacto emocional. Fairbairn (1962/1992), a su vez, menciona que el mundo interno y la represión del afecto dificultan la capacidad de expresar con naturalidad los sentimientos hacia otras personas y la posibilidad de actuar en forma natural y espontánea en la relación interpersonal y sexual.

Esto lleva al sujeto a elaborar en forma intelectual los problemas emocionales, debido a su necesidad de lograr una conducta adaptativa en la relación con los objetos externos. Como señala el propio Fairbairn:

“El propósito de la libido (*energía sexual*) es la búsqueda del objeto (*personas queridas*), y para lograrlo, la libido busca el camino más fácil. En el adulto la actitud libidinal (*sexual*) no es exclusivamente genital, sino que la actitud genital es esencialmente libidinal (*sexual*). Si existe una diferencia real entre las actitudes libidinosas infantiles (*sexuales*) y las maduras, en el niño se presentan en la zona oral, y en el adulto emocionalmente maduro, la libido busca el objeto (*a la persona*) a través de una serie de canales entre los que el genital, desempeña un papel importante pero no exclusivo” (1962, p. 44).

Lo escrito entre paréntesis es explicación nuestra.

En otras palabras, la genitalidad ayuda a una relación libidinal satisfactoria con la pareja. La etapa genital reedita las relaciones con los demás sanas y maduras, pero una actitud adulta es sólo parte de esta madurez. Al llegar a la etapa de la senectud, de acuerdo con Erikson (1985), los logros serán de Integridad del Yo versus Desesperación. Esto se refiere a la dignidad ante la vida, la sabiduría para enfrentar nuevos acontecimientos, la fe en el orden, la capacidad de haber trascendido a través de los hijos, reconocer el lugar que les toca vivir.

“La psicodinamia de la edad no se restringe a las experiencias de pérdidas y limitaciones. Lo que cuenta es el desarrollo de un sentido del self diferente, donde la autoestima no depende del poder sobre otros ni del control sobre aspectos de la vida de uno. En vez de eso, la edad requiere la integración del self en sentido de efectividad interpersonal con un mínimo de motivos de poder; o del manejo sin competitividad; y de la aceptación de ambigüedades e incertidumbre. Este diferente sentido del self capacita a la persona senescente a evitar la desesperación o el sentido de falla que tan a menudo se vincula a la edad avanzada.” (Mann, 1985, citado por Santamaría 1997, p. 55). La aceptación de una dependencia necesaria puede reflejar un cambio de actitud y de percepción de sí mismo sin pérdida del sentido de integridad.

La sexualidad es parte de nuestra herencia (McCary, 1976). Sin embargo, los seres humanos la conocen por su pulsión (Freud, 1915/1981): su origen, su fuente, su objeto, su fin y su perentoriedad (urgencia de descargarse) y también la deben aprender en sus aspectos básicos como son el emocional, el anatómico-fisiológico, el afectivo y el social. En gran parte esta educación es inconsciente, transmitida por lo que se dice o se oculta por los padres, parientes, amistades y la sociedad. Una educación sexual apropiada puede ayudar a eliminar la confusión, ignorancia y sentimientos de culpa que obstaculizan el desarrollo integral del individuo durante su curso por las diferentes etapas de la vida.

Uno de los mitos más difundidos, por falta de conocimientos científicos, exponía que la sexualidad se acababa con el paso de los años y que duraba menos tiempo en aquellos que habían tenido una mayor frecuencia en sus relaciones sexuales, como si se tratara de un depósito de aceite

adquirido al nacer, no renovable y que en cada expulsión de su contenido se vaciara hasta agotarse. Esta idea en la actualidad es obsoleta, ya que se ha demostrado que al igual que los músculos, la sexualidad mientras más se ejercite mayor fortaleza adquiere. En el envejecimiento normal, las personas se encuentran aptas fisiológicamente para continuar con su vida sexual.

El comportamiento sexual del senescente varón necesita a menudo dos o tres veces más tiempo que los jóvenes para conseguir una erección (Masters y Johnson, 1983), y se mantiene más tiempo sin eyaculación. La fuerza de la eyaculación disminuye al envejecer y es mayor el tiempo que se toma para una segunda eyaculación.

Masters y Johnson opinan que los adultos mayores que mantengan una actividad sexual regular, tengan una buena salud física y conserven una orientación psicológica "sana", proseguirán en numerosos casos su actividad sexual hasta los ochenta años y más.

Aquéllos que fueron sexualmente activos durante su juventud podrán continuar siéndolo en su vida posterior, si su salud y una pareja adecuada se los permiten. No deberán sentirse avergonzados o incómodos por sus deseos y actividades sexuales y si se sienten así, será por tempranos recuerdos y conflictos del pasado con respecto a las relaciones sexuales fantaseadas de los padres (Berezin, 1988, citado por Santamaría, 1997).

La reducción de la actividad sexual del hombre que envejece no se debe a la disminución de la tasa de andrógeno, pues si bien es verdad que disminuye esta hormona hasta los sesenta años, tiende a estabilizarse después. La explicación que Masters y Johnson (1983) dan para justificar tal debilitamiento con la edad, la agrupan en seis factores:

- La monotonía de las relaciones sexuales repetitivas. El cansancio que produce el que la pareja no incluya cambio alguno en su actividad sexual de años.
- Las preocupaciones de orden laboral o económica. Entre los cincuenta y los sesenta años el hombre maduro sufre de intensas aflicciones en

su vida laboral o por su jubilación, por situaciones económicas. La tensión y la ansiedad inhiben el buen funcionamiento sexual.

- La fatiga psicológica y física. Si la pareja acostumbra tener relaciones sexuales por la noche, y alguno de ellos trabaja, después de una jornada dura de trabajo o por fatiga natural, es de esperar que no serán plenamente satisfactorias.
- El abuso de la comida y del alcohol. Las impotencias secundarias se hallan asociadas al abuso del alcohol y de la comida.
- Las enfermedades físicas y psicológicas. Aunque hay enfermedades que perjudican el funcionamiento sexual de los adultos mayores, la mayoría de las dificultades de la vejez son compatibles con la vida sexual normal.
- El temor al fracaso sexual asociado a alguno de los cinco factores anteriores, puede provocar la impotencia en los hombres. Es frecuente que tras una experiencia de impotencia, se prefiera renunciar a toda actividad coital. Si una persona por alguno de los factores ya mencionados ha tenido una impotencia temporal, puede pensar que se ha vuelto impotente en razón de su edad. La ansiedad que esto le genere logrará hacer crónico un problema temporal. Asimismo la frustración que genera, puede provocar una falla en sus mecanismos de defensa del Yo, específicamente el de represión, dando origen a síntomas de irracionalidad (psicóticos), como serían: incongruencia en lo que se piensa, siente y actúa; delirios encubiertos (celotipias, envidias, odios, resentimientos, venganzas, etc.), reacciones exageradas de agresión con o sin razón, etc. La des-represión hace que aparezcan todas las fallas inaceptables por sus seres queridos y en general por la sociedad. Aunque quiera poseer el control y la madurez necesaria, no puede (González Núñez, 2002).

El ser humano, a diferencia del animal, no está regido por su instinto sexual, programado genéticamente en todos sus detalles, sino que se nutre también de una fuente intelectual o cognoscitiva, mediante el desarrollo del cerebro que lo caracteriza y que controla, regula, ordena y genera la mayoría de los fenómenos de su vida sexual: el cerebro es su principal órgano sexual, antes que sus genitales y su piel (Flores, 1998).

Nunca deberá suspenderse la actividad sexual, ya que su reanudación se torna muy difícil. Comfort (1978) sugiere que si por alguna razón se suspende, en algunos casos conviene masturbarse habitualmente, solo o con la pareja, para su reaparición. La vida sexual activa durante el mayor tiempo posible es saludable para el bienestar social y físico del anciano.

La erección espontánea es menos frecuente. Comfort refiere que un hombre normal de más de cincuenta y cinco años requiere casi siempre de estimulación táctil directa en el pene para lograr la erección. Puede hacerlo él mismo o su compañera. Ahora las pastillas como el Viagra, Levitra, Uprima y Cialis son auxiliares muy efectivos, pero se tienen que usar bajo supervisión médica.

Comfort (1978) concluye que cuando hay problemas de salud, la frecuencia de las relaciones sexuales tendrá que disminuir, pero que no tiene que desaparecer hasta que la persona muera.

Los adultos mayores tendrán que adaptarse a una sexualidad menos vigorosa, incrementando técnicas sexuales que antes realizaban como medio previo a la penetración.

Cuando en una pareja el hombre es mayor y su capacidad eréctil no es suficiente, es necesario desarrollar métodos adicionales que no exijan la erección masculina, pero que sí busquen la gratificación plena. Muchas enfermedades físicas y psicológicas producen efectos temporales sobre la conducta sexual de los adultos mayores. Lo que es un problema transitorio, es mal interpretado como el fin inevitable de toda actividad sexual. Algunos fármacos pueden inhibir la pulsión sexual: los sedantes, los narcóticos, los ansiolíticos, los antidepresivos, los tranquilizantes mayores, los antihipertensivos (incluyendo diuréticos), los antiespasmódicos, los anticolinérgicos. Tal inhibición del deseo sexual es pasajera. La disminución en la ingesta de alcohol, como ya se dijo, puede ser la solución a problemas de impotencia en algunos casos.

Habrá que considerar que el diagnóstico de impotencia, o algún otro tipo de disfunción, por sí mismo, tendrá repercusiones en los adultos mayores, afectando su autoestima. Y es que al hombre se le ha enseñado que

su éxito con las mujeres, su vigor, su masculinidad, se mide con base en la presencia del coito, a la dureza y el tiempo de erección del pene. Los temores a la disfunción eréctil hacen sufrir a algunos varones, porque su actividad sexual se ha reducido en los últimos años, lo que les lleva a abusar de pastillas para conseguir un miembro en erección con mayor facilidad y por más duración, ignorando que están ocurriendo cambios fisiológicos normales que no indican pérdida de virilidad.

La comprensión, la paciencia y el cariño de la mujer ayudarán al hombre a superar estos temores a la disfunción eréctil. Será labor de ambos romper con los prejuicios ante la sexualidad que tengan ellos mismos, así como de los médicos, los parientes, amigos y en general la sociedad. Asimismo, aceptar la ayuda profesional, psicoterapéutica o médica de ser necesaria, para que continúen ejerciendo su sexualidad.

Cuando se pierde la intimidad sexual, se obstruye la comunicación a otros niveles de la pareja. De igual modo, la no comunicación disminuye toda actividad encaminada a las relaciones sexuales.

En esta cultura falocéntrica, donde el pene simboliza poder, virilidad, éxito, cualquier trastorno en la capacidad eréctil afecta al hombre y cómo se siente frente a su compañera, ya que su confianza y su autoestima se ven seriamente lastimadas ante la imposibilidad de seguir funcionando como lo hacía en los años juveniles. Si la mujer adopta una conducta agresiva, devaluatoria o exigente, aumentará la incomunicación y la incomprensión, por lo que no cooperará en la recuperación de la función eréctil perdida de su compañero. Si el hombre se recupera parcialmente de este trastorno, estará hipersensible y cualquier gesto o comentario lo tomará como desaprobación. La actitud de la compañera será decisiva. La pareja podrá encontrar satisfacción fuera de la erección, disminuyendo la angustia por tal función, desviando la atención a otras zonas erógenas y a otros métodos de estimulación. El resultado será gratificante para él y así será más probable que la función se recupere.

La educación sexual deberá proporcionarse en todas las etapas de la vida para que se acepte al ser humano sexuado a través de todo su desarrollo. Es de suma importancia incluir en la educación sexual exis-

tente, la sexualidad en el adulto mayor; de igual manera, enseñar a los hombres maduros y adultos mayores a aceptar los cambios anatómico-funcionales, fisiológicos, psicológicos y sociales que se producen con el paso de los años y las alternativas de solución por las que pueden optar. Hay que recordar que el primer propósito fundamental de la sexualidad, que es la reproducción, se tiene que postergar, pero el adulto mayor que siga ejerciendo su sexualidad seguirá consolidando su personalidad y robusteciendo su Yo, lo que le da fortaleza y salud física y emocional, y finalmente obtendrá el placer que en su propia visión exista. Otros propósitos secundarios de la sexualidad del adulto mayor son los siguientes:

- Sentido de pertenencia y de relación interpersonal.
- Conservación de la identidad.
- Familiaridad y reconocimiento.
- Repetición, que liga el pasado con la esperanza para el futuro.
- Intercambio de emociones, incluyendo la capacidad para proporcionar placer y ser merecedor de recibirlo.
- Ejercicio.
- Recreación y escape del aburrimiento y de la soledad.

Rothschild (1987) afirma que estos motivos existen desde el nacimiento hasta la tumba, por encima de cualquier cambio en el estado civil, la actividad laboral o el número de hijos.

Existe el mito de que si el adulto mayor continúa con su sexualidad, se le despertarán sentimientos de inadecuación y culpabilidad. El sexo proporciona algo más que la gratificación física: es la reafirmación de que la persona aún puede dar y recibir placer, tener intimidad, compartir sus afectos. Es otra manera más de sentir que está vibrando, que tiene interés por la vida.

El adulto mayor que al sentir que puede continuar con una vida activa emocional y sexual y que por alguna razón la suspende, se le despertarán sentimientos de inadecuación, culpabilidad y depresión, decayendo notablemente su estado general de salud. La jubilación se presenta, en la gran mayoría de los casos, próxima a la senectud, siendo un motivo más de preocupación que aumenta la tensión nerviosa por la que atraviesa la

persona. Los intereses vitales que se mantenían anteriormente cambian, debido a factores psicológicos, fisiológicos y sociales. Entre los psicológicos predominan los sentimientos de minusvalía, devaluación, porque ya no pueden realizar actividades como antes. La sensación de impotencia embarga su estado de ánimo, mermando su autovaloración, lo que en muchos casos lleva al adulto mayor a un estado de ánimo depresivo, aunado a algún otro trastorno psicológico específico, de acuerdo a la personalidad de cada individuo. Al estar deprimido el adulto mayor, se repliega sobre sí mismo, no encuentra satisfacción en la convivencia (Gamietea, 1988).

La senectud es la última de las etapas de la vida, pero no la menos importante. La persona que entra en ésta tiene que luchar por mantener su autoestima ante la declinación de capacidades físicas y mentales; no dejarse abatir por la tristeza originada por las enfermedades, las pérdidas personales, sociales, laborales. Debe continuar buscando formas de contribuir a la sociedad que pudiera tornarse ajena.

Erikson (1959), citado por McMahan y Rhidiak (1973), señala: "La formación de la identidad no comienza ni concluye con la adolescencia. Es el desarrollo de toda una vida, en gran parte inconscientemente para el individuo y su sociedad" (p. 113).

Hay adultos mayores que desean mantener una identidad sexual como la que tuvieron en el pasado, como una forma de preservar su vitalidad, una manera de negar su envejecimiento y vivir con su recuerdo. Pudieran fantasear con tener una mujer más joven y atractiva sexualmente, pero seguirán apegados hacia su pareja. Celarán a su pareja tal vez proyectando sus propias fantasías pero, sobre todo, buscando reforzar el apego afectivo hacia la misma.

Ante la declinación de la potencia sexual puede suceder que haya adultos mayores que teniendo alguna disfunción sexual, traten de ocultarla o de sobrecompensarla de manera maniaca para defenderse de la depresión por la pérdida de capacidades. Algunos adultos mayores pueden suspender su actividad sexual porque verse un cuerpo envejecido (un esquema corporal reflejado en el espejo que no corresponde a la imagen interna),

se torna en herida narcisista. Sin embargo, hay adultos mayores que pueden aceptar su envejecimiento y encontrar otras satisfacciones en la relación con su pareja.

La ciencia y la tecnología han permitido que la gente que vive en países desarrollados o en vías de desarrollo, tenga mejor calidad de vida, gracias a las medidas de higiene, a la eficacia de la contracepción, de la obstetricia, de la odontología, de la cirugía plástica y a la práctica de los deportes. Esto ha prolongado la duración del aspecto físico seductor y un buen estado de salud física, aumentando la duración del deseo y la actividad sexual de las personas de la tercera edad. Cada caso es diferente y la falta de deseos o de actividad sexual no se debe necesariamente a problemas propios de su edad, porque puede haber otros problemas psicofísicos y culturales. Hay adultos mayores que sólo necesitan cariño, un interés sano y puramente intelectual sobre la sexualidad, pero ello no debe condenar a los demás adultos mayores a no ejercer su sexualidad.

En muchas ocasiones, cuando se ha envejecido con la pareja llevando una relación placentera, la misma unión fortalecerá la personalidad. La sexualidad constituirá otro medio más en la búsqueda constante de identidad. Aunque se den fracasos en la relación sexual, la intimidad, el cariño, la compenetración de la pareja llegará a superar estos obstáculos y descubrirse en sí mismos intereses de vida correspondientes a esta edad avanzada para alcanzar la integridad Yoica. La juventud dura tanto como seamos amados. Envejecer en pareja es una experiencia maravillosa, porque una mujer a la que hemos visto envejecer, no es vieja, a decir de Alejandro Dumas (hijo). (Flores, 1998).

Aquellos adultos mayores que pierden a su pareja y que en etapas anteriores lograron una relación satisfactoria con ella, es más probable que puedan constituir otra del mismo tipo y continúen activos. La convivencia con la pareja permitirá la manifestación de cariño, de los actos amorosos, comprensivos, de apoyo, identidad, autovaloración, y la sexualidad será uno más de los muchos medios para lograrlo.

Abraham (1980), citado por Flores (1998), dice que pese a sus reacciones negativas, el anciano es absolutamente capaz de una elaboración positi-

va de la sexualidad respecto a su propio envejecimiento, y puede concebirlo al modo de un lenguaje que perfecciona, enriquece y refuerza la relación humana, compensando sus insuficiencias –cuando las hay– con la experiencia, el refinamiento y sobre todo las fantasías. Flores (1998) menciona la tercera edad como la edad del erotismo, porque en especial el anciano obtiene en el erotismo una nueva dimensión y se expresa a través de nuevas posibilidades. Bataille (2000) refiere que se habla de erotismo siempre que un ser humano se conduce de una manera claramente opuesta a los comportamientos y juicios habituales. El erotismo deja entrever el reverso de una fachada cuya apariencia correcta nunca es desmentida; en ese reverso se revelan sentimientos, partes del cuerpo y maneras de ser que comúnmente provocan vergüenza. “... la esencia del erotismo se da en la asociación inextricable del placer sexual con lo prohibido. Nunca, humanamente aparece la prohibición sin una revelación del placer, ni nunca surge un placer sin el sentimiento de lo prohibido”. (pp. 114, 115). Confirma así que en la senescencia el erotismo podría tener su mayor expresión. Tanto en la sexualidad del anciano, como en su capacidad de erotismo, el afecto siempre precede a ambos. Tanto en la expresión sexual como en la erótica del senescente, el afecto es primero.

Concluyendo, la educación sexual es de suma importancia, y los adultos mayores serían el sector de la población que más se beneficiaría. La sexualidad en los adultos mayores está directamente relacionada con la expresión de su conducta sexual durante sus años procreativos.

En la clínica se debe de investigar la sexualidad del senescente en el contexto de todas las áreas de su vida y no como una actividad separada y desintegrada de su personalidad o, por el contrario, explorar todas las áreas sin incluir la sexualidad.

El ejercicio natural de la sexualidad del adulto mayor favorece la relación íntima con los demás, así como la sensación de mismidad; por lo tanto, las relaciones interpersonales se ven alimentadas de sus aspectos afectivos y confiables.

BIBLIOGRAFÍA

1. Aberastury, A., y cols. (1978), *Adolescencia*. Kargierman, Argentina.
2. Alatríste, J. (2001), *Desviaciones y trastornos sexuales en la adolescencia*. En: *Psicopatología de la Adolescencia*. El Manual Moderno, México.
3. Alatríste, J. (2004), *Relaciones interpersonales en la pareja*. En: *Relaciones Interpersonales*. El Manual Moderno, México.
4. Arieti, S. (1976), *Creativity: The Magic Synthesis*. Basic Books, U.S.A.
5. Bataille, G. (2000), *El erotismo*. Tusquets, España.
6. Blos, P. (1975), *Psicoanálisis de la adolescencia*. Joaquín Mortiz, México.
7. Bolio, E., y Arciniegas, A. (1988), *Relaciones entre padres e hijos: Preferencias y rechazos*. Trillas, México.
8. Bowlby, J. (1990), *El vínculo afectivo*. Paidós, México.
9. Brenner, Ch. (1968), *Elementos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós, Argentina.
10. Brown, D. (2003), *El Código Da Vinci*. Urano, España.
11. Brown, D. (1987), *Eros y Thanatos*. El sentido psicoanalítico de la historia. Joaquín Mortiz, México.
12. Butler, J. (1977), *Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault* En: *El género, la construcción cultural de la diferencia sexual*. Porrúa, México.
13. Castañeda, M. (1999), *La experiencia homosexual*. Paidós, México.

14. Coelho, P. (2003), *Once minutos*. Grijalbo, México.
15. Comfort, A. (1978), *El placer de amar*. Una buena edad. La tercera edad. Debate, España.
16. De Ballester, P. (1987), *El fantástico mundo griego*. Cruz, México.
17. Dimock, H.S. (1953), *Research in Adolescence I. Pubescence and Physical Growth*. En: *Child Development XI*. London, England.
18. Dor, J. (1989), *El padre y su función en psicoanálisis*. Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina.
19. Erikson, E.H. (1985), *El ciclo vital completado*. Paidós, México.
20. Erikson, E. (1980), *Identidad, juventud y crisis*. Taurus Humanidades, España.
21. Erikson, E. (1959), *Infancia y sociedad*. Hormé, Buenos Aires, Argentina.
22. Estrada, L. (1992), *Para entender el amor*. Grijalbo, México.
23. Fages, J.B. (1973), *Para comprender a Lacan*. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
24. Fairbairn, R.W (1962/1992), *Estudio psicoanalítico de la personalidad*. Paidós, México.
25. Fenichel, O. (1974), *Teoría general de las neurosis*. Paidós, Buenos Aires, Argentina.
26. Fierro, A. (1996), *La construcción de la identidad personal*. En: Martí, E. y Onrubia, J. *Psicología del desarrollo: el mundo del adolescente*. Horsori, Barcelona.

27. Flores, C. (1998), *La sexualidad en el adulto mayor*. Lumen-Humanitas, Argentina.
28. Frazier, S.H. y Carr, A. (1984), *Qué es la psicopatología*. Lidiun, México.
29. Freud, A. Osterrieth, P. A. Piaget, J. (1984), *El desarrollo del adolescente*. Hormé, Buenos Aires, Argentina.
30. Freud, A. (1977), *Normality and Pathology in Childhood*. Karne Books, London.
31. Freud, A. (1975), *El Yo y los mecanismos de defensa*. Paidós, Buenos Aires, Argentina.
32. Freud, S. (1923-1924/1981), Esquema del psicoanálisis. En: *Obras completas*. Tomo III. Biblioteca Nueva, Madrid, España.
33. Freud, S. (1920/1981), Psicología de las masas y análisis del Yo. En: *Obras completas*. Tomo II. Biblioteca Nueva, España.
34. Freud, S. (1915/1981), Los instintos y sus destinos. En: *Obras completas*. Tomo II. Madrid, Biblioteca Nueva, España.
35. Freud, S. (1914/1981), Introducción al narcisismo. En: *Obras completas*. Tomo II. Madrid, Biblioteca Nueva, España.
36. Freud, S. (1914-1915/1981), Observaciones sobre el amor de transferencia. En: *Obras completas*. Tomo II. Biblioteca Nueva, Madrid, España.
37. Freud, S. (1905/1981), Tres ensayos para una teoría sexual. En: *Obras completas*. Tomo VII. Amorrortu Argentina.
38. Gamietea, Ma. Del C. (1988), Y los afectos ¿envejecen? En: *Los afectos su expresión masculina*. Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, México.

39. Giddens, A. (1991), *Modernity and Self Identity*. Polity, Cambridge, United Kingdom.
40. Gómez, M.C. (2004), Acomodación individuo medio ambiente. En: *Relaciones Interpersonales*. El Manual Moderno, México.
41. González N. J.J.; Cortes, Y. E y Padilla, M.T. (1996), *La imagen paterna y salud mental en el mexicano*. Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social y Universidad de Guerrero, México.
42. González Núñez, J.J. (2004a), *Conflictos masculinos*. Plaza y Valdés, México.
43. González Núñez, J. J. (2004b), Relaciones interpersonales entre padres e hijos. En: *Relaciones interpersonales*. El Manual Moderno, México.
44. González Núñez, J. J. (2002), La falla de la represión: un conflicto psicótico masculino. En: *Aspectos psicóticos en la personalidad masculina*. Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, México.
45. González Núñez, J.J. (1998), Sexualidad masculina: Normalidad y patología. En: *Expresiones de la sexualidad masculina. Normalidad y patología*. Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, México.
46. González Núñez, J.J. y cols. (1997), *El amor precede a la sexualidad masculina*. Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, México.
47. González Núñez, J. J. (1996), *Creatividad del paciente en psicoanálisis*. Revista Alêtheia No. 15. Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, México.
48. González Núñez, J.J. (1989), *La relación masculina de objeto. El contacto emocional íntimo, un pseudocontacto*. Revista Alêtheia No. 9. Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, México.

49. González Núñez, J.J. (1989), La sexualidad masculina. Los afectos preceden a la sexualidad. En: *En La sexualidad masculina el afecto es primero*. Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, México.
50. González Núñez, J.J. (1988), Los afectos en el adolescente varón. En: *Los afectos. Su expresión masculina*. Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, México.
51. González Núñez, J.J. (1987), Una concepción masculina de objeto amoroso. En: *Psicología de lo masculino*. Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, México.
52. González Núñez, J. J. (1986), *Psicología de lo masculino*. Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, México.
53. González Núñez, J.J.; Romero, J.; De Tavira, F. (1986), *Teoría y técnica de la terapia psicoanalítica de adolescentes*. Trillas, México.
54. González Núñez, J. J. (1978), Función de los impulsos parciales en la sexualidad de la pareja. Conferencia dictada en la Secretaría de Relaciones Exteriores en el Auditorio "Carta de derechos Económicos de los Estados". Marzo, 1978. SRE, México.
55. González Padilla, A. (1994), *Expresión de los afectos en las diferentes fases de la adolescencia*. Tesis para obtener el grado de Licenciatura en Psicología. Universidad Iberoamericana, México.
56. Graber, G. (1965), *Psicología del hombre*. Aguilar, México.
57. Hancock, P. (2000), *The Body, Culture and Society: An Introduction*. Buckingham, Phi: Open University Press.
58. Hoffman, L.; Paris, S.; Hall, E. (1996), *Psicología del desarrollo hoy*. Vol. 2. Mc Graw Hill, Madrid.

59. Horney, K. (1990), *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*. Paidós Studio, México.
60. Kaplan, H. S. (2003), *El sentido del sexo*. Grijalbo, México.
61. Kaplan, H.S. (1983), *Manual ilustrado de terapia sexual*. Grijalbo, México.
62. Kernberg, O.F. (1995), *Relaciones amorosas. Normalidad y patología*. Paidós, Buenos Aires, Argentina.
63. Klein, M. (1937), Amor, culpa y reparación. En: *Obras completas*. Tomo 1. Paidós, Barcelona, España.
64. Klein, M. (1976), Desarrollo en Psicoanálisis. En: *Obras Completas*. Tomo III. Horme, Buenos Aires, Argentina.
65. *La Biblia*. (1972), La Biblia Latinoamericana. San Pablo, Madrid, España.
66. Laqueur, T. (1994), *La construcción del sexo, cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Cátedra, Madrid, España.
67. Mc Mahan y Rhidiak (1973), *La reminiscencia en la vejez. Una respuesta adaptativa en los procesos psicológicos en el envejecimiento*. Horme, Argentina.
68. Mahler, M.; Pine, F.; y Bergman, A. (1975), *El nacimiento psicológico del infante humano*. Marymar, Buenos Aires, Argentina.
69. Malo Pé, A. (2004), *Antropología de la afectividad*. Universidad de Navarra, S A, Pamplona, España.
70. Masters, W. H., y Johnson, V. E. (1983), *El vínculo del placer*. Grijalbo, México.

71. Masters y Johnson (1966), *Human Sexual Response*. Little Brown and Co., Boston, U.S.A.
72. Mayer, N. (1978), *La crisis en el varón y cómo superarla*. Juan Granica, España.
73. Mc Cary (1976), *Sexualidad humana de Mc Cary*. El Manual Moderno, México.
74. Mc Dougall, J. (1989), *Teatros del Cuerpo*. Julian Yébenes, Argentina.
75. Mc Dougall, J. (2002), *Las mil y una caras de Eros*. Paidós, Buenos Aires, Argentina.
76. McDougall, J. (1982), *Teatros de la Mente*. Julián Yébenes, España.
77. McDougall, J. (1995), *The Many Faces of Eros*. A psychoanalytic exploration of human sexuality. New York, U.S.A.: W.W. Norton & Company.
78. Meltzer, D. (1994), *Clastrum*. Spatia, Buenos Aires.
79. Mishara, V. L., y Riedel, R. G. (1986), *El proceso de envejecimiento*. Morata, España.
80. Monroy, A. (1981), *El maestro y la planificación familiar*. Pax, México.
81. Monroy, A. (1986), *Manual de terapia psicosexual*. Grijalbo, México.
82. Morris, D. (2002), *El mono desnudo*. Plaza & Janes, Barcelona, España; México.
83. Oliver, C. (1980), *Los hijos de Yocasta. La huella de la madre*. Fondo de cultura económica, México.

84. Osterrieth, P.A. (1980), Algunos aspectos psicológicos de la adolescencia. En: *El desarrollo del adolescente*. Hormé, Buenos Aires, Argentina.
85. Padilla, M.T. (1997), En la bisexualidad.
86. Padilla, M.T. (1993), *Pareja, amor y dependencia*. Revista Aletheia No. 12. Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, México.
87. Padilla, M.T., y Rodríguez, M.P. (2003), *La falta de gratitud y el enamoramiento: formas de sabotaje en el proceso de formación psicoanalítica*. Revista Alêtheia No. 22. Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, México.
88. Padilla, M.T.; Gómez, A.; Espejel, E. (1988), Pareja y sexualidad en: *En la sexualidad masculina el afecto es primero*, IIPCS, México.
89. Pando, M. (1994), *Análisis psicológico de la figura paterna en Pedro Páramo, padre de Comala*. Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, México.
90. Parke, R. D. (1981), *El papel del padre*. Morata, México.
91. Paz, O. (1993), *La llama doble*. Amor y erotismo. Seix Barral, Biblioteca Breve, México.
92. Ramírez, S. (1977), *El mexicano, psicología de sus motivaciones*. Enlace-Grijalbo, México.
93. Rapaport, D. y Merton, G. (1962), *Aportaciones a la teoría y técnica psicoanalítica*. Pax, México.
94. Reed, G.S. (2003) *Spatial Metaphors of the Mind*. The Psychoanalytic Quarterly. Vol. LXXII, No. 1, p. 97-130.
95. Reik, T. (1966), *Diferencias emocionales entre los sexos*. Hormé, Buenos Aires, Argentina.

-
96. Rierdan, J. y Koff, E. (1997), Weight, Weight-related Aspects of Body Image, and Depression in Early Adolescent Girls. *Adolescence*, vol. 32. No. 127. p.p. 615-624.32.
 97. Rodríguez Cortés, M.P. (2004), *En la sexualidad masculina la gratitud es primero*. Coloquio Nacional: Masculinidad y afecto. Sintonía y Disonía. Unidad de Congresos del Centro Médico, Siglo XXI, México.
 98. Rothenberg, A. (1994), Studies in the creative process: an empirical investigation. In: *Empirical perspectives on object relations theory*. American Psychological Association, Washington, D.C., U.S.A.
 99. Rothschild, H. (1987), *Factores de riesgo en la edad avanzada*. Prensa Médica Mexicana, México.
 100. Sabines, J. (1950-1991), *Otro recuento de poemas*. Joaquín Mortiz, México.
 101. Santamaría, A. (1997), Cólera y Ternura En: *El amor en los tiempos de cólera de García Márquez*. Departamento de Psicología, Vol.5 No. 2. Universidad Iberoamericana, México.
 102. Schwartz, M. (1997), *Los amores en la Biblia*. Temas de Hoy, España.
 103. Segal, H. (1991), *Sueño, fantasma y arte*. Nueva Visión, Argentina.
 104. Stoller, R.J. (1974), *Facts and Fancies: an Examination of Freud's Concept of Bisexuality*. Women and Analysis. Nueva York, E.U.A.
 105. Tallaferro, A. (1995), *Curso básico de Psicoanálisis*. Paidós, México.
 106. Thompson, M.G. (1994), *The Truth About Freud's Technique*. The Encounter with the Real. New York University Press, U.S.A.
 107. Wallace, I. (1975), *Los siete minutos*, Diana, México.

108. Winnicott, D. W. (1992), *Realidad y juego*. En: *Exploraciones psicoanalíticas II*. Paidós, México.
109. Winnicott, D. W. (1965), *El Proceso de maduración en el niño*. Laia, Barcelona, España.
110. Winnicott, D.W. (1960), *La familia y el desarrollo del individuo*. Hormé, Argentina.
111. Zarco, S. (1996), *Dependencia materna y sexualidad*. En: *Alêtheia*, núm. 15, IIPCS, México.
112. Zweig, S. (1972), *La Curación por el espíritu*. Espasa Calpe, Argentina.

Impreso en los Talleres Gráficos de la
Dirección de Publicaciones del
Instituto Politécnico Nacional
Tresguerras 27, Centro Histórico, México, DF
Julio de 2005. Edición: 1000 ejemplares

CORRECCIÓN: MGO
FORMACIÓN: Armando Acosta Alavez
DISEÑO DE PORTADA: Griselda Solís Noriega
SUPERVISIÓN: Manuel Toral Azuela
PROCESOS EDITORIALES: Manuel Gutiérrez Oropeza
DIVISIÓN EDITORIAL: Jesús Espinosa Morales
DIRECTOR: Arturo Salcido Beltrán